

¡OH, MUZZA! ÉPICA DE CLASES

ADAPTACIONES Y REESCRITURAS
DE *ILÍADA*, *ODISEA* Y *ENEIDA*



Gabriela Andrea Marrón
(compiladora)

TRÁMITACIÓN DE ISBN PENDIENTE



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-
NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional.

Diagramación: Gabriela Andrea Marrón

Ilustración de portada, de las páginas 19 a 26 y de la página 142: Gabriel Carrasco

Ilustración de las páginas 32, 66, 76, 132 y 137: Gabriela Andrea Marrón

Ilustración de la página 51: Melisa Fernández Bugarini

Las demás ilustraciones e imágenes incluidas en esta obra son de dominio público.

Corrección de originales: Gabriela Andrea Marrón

DEDICATORIA

A NECHA GIORGETTI DE RÁBANO

Pido perdón a las alumnas y alumnos por haber dedicado este libro a una profesora de literatura. Tengo una seria excusa: esa profesora de literatura fue la clasicista más entusiasta que he conocido en el mundo. Tengo otra excusa: esa profesora de literatura podía comprender todo; hasta el *desafío* implícito en la inevitable existencia de este libro. Hay una tercera excusa: esa profesora de literatura se murió hace apenas tres años, y yo todavía tengo necesidad de consuelo. Si todas estas excusas no fueran suficientes, quiero dedicar este libro a la alumna que esta profesora de literatura fue en otro tiempo. Todas las personas que enseñan literatura han sido primero estudiantes. (Pero pocas lo recuerdan). Corrijo, pues, mi dedicatoria:

*A NECHA GIORGETTI DE RÁBANO,
CUANDO ERA ALUMNA*

El desafío, en una situación de escritura, puede plantearse tanto desde el contenido (una consigna que demanda un cruce inesperado de textos o de conceptos) como desde las restricciones retóricas o discursivas (la exigencia de producir un texto que se encuadre en un género distinto a los habituales o se dirija a un auditorio nuevo). En estos casos, se plantea un problema retórico al alumno, y esa restricción lo obliga a buscar recursos, modos de decir, que inciden en el contenido, transformándolo. [...] Está claro que el lugar que se concede a la escritura como producción de textos significativos y exigentes es correlativo del tipo de relación que se propicia con el conocimiento y, en última instancia, del perfil de profesional que se privilegia: más o menos reflexivo, más o menos autónomo, más o menos crítico.

Maite ALVARADO y Marina CORTÉS
La escritura en la universidad. Repetir o transformar, 2001

Comenzando por el lienzo blanco
que nos provoca morosas evocaciones
sueños que alguna vez fueron pensamientos
y siguiendo por la palabra
que nos conduce a palabras anteriores
(escribo hacia el pasado):
el que inventa
sólo descubre una tradición.

Cristina PERI ROSSI
Poética, 1979

Quizá los clásicos están allí, esos inadaptados de siempre, para permitirnos hacernos preguntas como éstas, para demostrarnos que en definitiva tantas certezas sobre lo que “debe ser” un libro para niños, sobre lo que un niño puede o debe leer, no son sino representaciones ancladas en nuestro presente histórico y cultural. Relativas y discutibles, en definitiva.

Marcela CARRANZA
Los clásicos infantiles, esos inadaptados de siempre, 2012

ÍNDICE

Breves palabras liminares	pág. 009
La consigna en cuestión.....	pág. 011
BETTUCCI, Santiago <i>Epos o pathos</i>	pág. 013
CARRASCO, Gabriel <i>Eneas en Cartago</i>	pág. 017
CASPE, Dolores <i>Dolonia: Las correrías de Ulises y Diomedes</i>	pág. 027
CASTILLO, Ailén <i>La muerte de Héctor</i>	pág. 035
CENTURIÓN, María Victoria <i>Héctor, el insensato</i>	pág. 043
FERNÁNDEZ BUGARINI, Melisa <i>Ilión: La caída</i>	pág. 047
GALLARDO SCHILL, Ana Gabriela <i>Cólera sin fin</i>	pág. 053
GRAELLS, Iara <i>Mirá quién habla</i>	pág. 059
GUIDI, Ana Karla <i>Aquiles, el de los pies tangueros</i>	pág. 063
MARCONATO, Ariel Santiago <i>Insultos van, insultos vienen, los aqueos se entretienen</i>	pág. 067
MARRÓN, Gabriela Andrea <i>Consternados, rabiosos</i>	pág. 073

MATAMALA, Rocío <i>La muerte de Patroclo</i>	pág. 077
MITRE, Aurelia <i>Los Aqueos (Box Club)</i>	pág. 085
MOYANO, Ailén <i>La Ilíada en tres actos</i>	pág. 089
MUSSIO, Valeria <i>El combate de Paris (O cómo ser el banana más grande de Troya)</i>	pág. 101
NAZAREVICH, Jonatan <i>El nacimiento de la parodia</i>	pág. 107
NIETO, Melisa <i>La caída de Troya</i>	pág. 111
PLATZ, Valentina <i>Juegos fúnebres en honor de Patroclo</i>	pág. 117
SCABUZZO, Santo <i>Superclásico</i>	pág. 125
SEGUROLA, Facundo <i>El Argonauta</i>	pág. 133
SIMONETTI, Gonzalo & LO PRESTI, Jorge <i>Fragmento</i>	pág. 143
VALDERRAMA, Lorena Fernanda <i>Helena sublime</i>	pág. 147
VAZQUEZ, Carla Sofía <i>Héctor muere el polvo</i>	pág. 151
ZICKERT, Stefanía <i>Chats clásicos: Odiseo y Penélope</i>	pág. 155
Todo preso es político (y este libro también)	pág. 167

BREVES PALABRAS LIMINARES

Por lo general, las propuestas didácticas que planteamos al desarrollar las clases se relacionan estrechamente con nuestras propias biografías escolares y universitarias: intentamos repetir aquello que nos gustó, procuramos evitar lo padecido, y nos ocupamos tanto de incluir lo ausente, como de excluir lo que consideramos haber recibido en exceso.

Cuando cursé las asignaturas del área de Estudios Clásicos Grecolatinos –que por aquel entonces, en la Universidad Nacional del Sur, representaban nueve materias sobre un total de treinta espacios curriculares obligatorios– la impronta predominante de las actividades propuestas en clase parecía más bien orientada a nuestra formación como eventuales investigadores, y no a la mucho más certera dimensión de nuestra labor futura en el ámbito de la docencia. Ello no significa que la situación descripta siga siendo así ahora, ni en la UNS, ni en las restantes universidades argentinas. Simplemente, me pareció adecuado tomar como referencia esa experiencia personal, que forma parte de mi propio pasado como estudiante, para explicar por qué, desde hace algunos años, decidí comenzar a pensar también las clases prácticas –ámbito en el que me desempeño como asistente de docencia– como un espacio propicio para la inclusión de actividades orientadas al futuro ejercicio de la enseñanza.

Me he preocupado, por ejemplo, por poner a los y las estudiantes en contacto no sólo con la lectura de *Ilíada*, *Odisea* y *Eneida*, sino también con las distintas adaptaciones y reescrituras de esas obras disponibles en el mercado editorial argentino. Mi objetivo ha sido siempre fomentar el desarrollo de una mirada crítica a partir de la reflexión sobre esos materiales existentes y, particularmente, propiciar la creación de otros nuevos, que acaso alguna vez pudieran llegar a ser utilizados como insumos para la enseñanza en diversos niveles educativos, o bien simplemente como objeto de lecturas recreativas. Como es lógico, para poder llevar adelante esta propuesta didáctica, también trabajamos algunas cuestiones teóricas vinculadas con los conceptos de “adaptación” y “reescritura”, tomando como marco general nociones pertenecientes al campo de la literatura infantil y juvenil, para permitirles comprender las características específicas del universo genérico en que circulan esas mismas obras clásicas, abordadas en clase desde el contexto histórico y cultural de la épica grecolatina.

La actividad orientada a verificar el conocimiento de los contenidos trabajados en las clases prácticas consiste en escribir una adaptación o reescritura propia de algún personaje, episodio o canto de las obras épicas estudiadas. Deben entregar, inicialmente, un primer borrador obligatorio, a partir del que reciben distintas indicaciones y correcciones. Una vez realizados los cambios sugeridos, vuelven a presentar esas mismas producciones escritas, en sus versiones definitivas e impresas, para obtener la correspondiente calificación final.

Transcurridos ya cuatro años desde la planificación inicial de esta propuesta didáctica –cuyos incipientes resultados pude socializar durante el mismo cuatrimestre en que había comenzado a implementarla, en el marco de la *Primera Jornada El Toldo de Astier. Propuestas y estudios sobre enseñanza de la lengua y la literatura*, que tuvo lugar el 6 de junio de 2015, en la Universidad Nacional de La Plata– considero que esta actividad nunca constituyó una práctica solamente orientada al desarrollo de competencias profesionales vinculadas con la docencia. Prefiero pensarla, en cambio, como una propuesta integral, de naturaleza híbrida, que no sólo supone la articulación de saberes disciplinares, reflexiones teóricas y lecturas críticas, sino que también involucra una significativa dosis de rigor científico, y promueve distintas instancias de planificación, revisión y corrección de la propia escritura, contribuyendo a que los y las estudiantes la internalicen como un proceso de carácter progresivo.

A continuación de estas palabras liminares, encontrarán ustedes la reproducción de la consigna en cuestión; y, al contrastarla con las producciones literarias reunidas en este libro –que constituyen una selección de los trabajos presentados para aprobar las clases prácticas de Cultura Clásica durante los años 2015, 2016 y 2017– podrán observar cuán poco ha podido sostenerse en pie esa consigna, ante los divinos y divinas estudiantes de pies ligeros, que siempre la corren por izquierda, le cantan *quiero vale cuatro*, y terminan haciéndole dar infinitas vueltas en torno a las murallas de Ilión.

Gabriela Andrea Marrón
Bahía Blanca, abril de 2018

LA CONSIGNA EN CUESTIÓN

Cultura Clásica - Universidad Nacional del Sur **Trabajo Práctico Escrito Obligatorio: Breve producción de escritura creativa**

- :: El trabajo deberá ser individual, y producto de un proceso de redacción propio.
- :: Tanto la entrega del borrador preliminar, como la de la versión final son obligatorias.
- :: Para aprobar el cursado y rendir el examen final, la nota mínima de aprobación es 6 (seis).
- :: Para acceder a la promoción sin examen final, la nota mínima de aprobación es 8 (ocho).

1) Elegir una de las siguientes opciones, para luego realizar una adaptación o reescritura literaria, mediante la presentación de un texto que deberá tener una extensión no inferior a 500 (quinientas) palabras ni superior a 800 (ochocientas) palabras.

- a) Seleccionar un canto completo de la *Ilíada*, de la *Odisea* o de la *Eneida*;
- b) Seleccionar un episodio puntual de algún canto de la *Ilíada*, de la *Odisea* o de la *Eneida*; o
- c) Seleccionar un personaje de la *Ilíada*, de la *Odisea* o de la *Eneida*

2) Determinar a qué tipo de público lector se destinará la adaptación o reescritura del canto, del episodio o de la historia de los acontecimientos de la *Ilíada*, de la *Odisea* o de la *Eneida* relacionados con el personaje seleccionado para realizar el trabajo

Fecha de entrega de la versión preliminar: XX / XX / XX (hasta las 23:59hs)

:: El trabajo se enviará en un archivo de Word a la siguiente dirección de correo electrónico: culturaclasicauns@gmail.com

Fecha de entrega de la versión final: XX / XX / XX (hasta las 18:00hs)

:: El trabajo se entregará impreso, adentro de un folio, en el aula 1 del edificio de Humanidades, ubicado en el 1er piso de 12 de Octubre y San Juan; o bien en el Box N° 17 ubicado en el 5to piso del mismo edificio.

Tanto en la modalidad digital, como en la modalidad impresa, el trabajo incluirá siempre una hoja inicial, en la que se consignará:

- a) Nombre completo, dirección de correo electrónico y carrera del estudiante
- b) Datos del canto, episodio o personaje sobre el que se ha realizado el trabajo
- c) Especificación del tipo de público lector al que se destina la adaptación

Es intención de la cátedra que los materiales generados a partir de este trabajo práctico puedan luego ser socializados para su eventual uso en el ámbito áulico de distintos niveles educativos.

EPOS O PATHOS

SANTIAGO BETTUCCI

sbettucci@gmail.com

Nací en Bahía Blanca, un veintinueve de mayo. Vivo con María –mi compañera– y mis hijos: Camilo y Canela. Curso actualmente las carreras de Profesorado y de Licenciatura en Letras.

Para quienes tuvimos un amigo imaginario como “Paminondas”, la incontinencia no termina en el colchón. Sin embargo, a los cinco años, las manchas de Rorschach se ventilaban día por medio. Veinte años más tarde, mis compañeros de militancia advertirían dificultades asociadas con los cierres. Sus caras reprimían el gesto de posible aprobación cargado de un hasta ahí y, en ocasiones, el índice de los más lúdicos ensayaba un movimiento circular y urgente. Digo incontinencia y pienso en el espacio necesario para que nos encontremos. A los tres años escapé en colectivo por una ciudad desconocida, mi madre y mi tía aseguran que me hallaron. En el setenta y siete, un hombre de verde le dice a otro que no dispare, que soy un niño –en el balcón y con un arma de juguete–. El vicio de la palabra inaprensible tendría su correlato secundario: “te iba a aprobar pero sos muy inquieto” –así me llevaba Lengua–. A los diecisiete un espejo del tamaño de un cuerpo estalló en mi espalda. La cara de mi padre se desdibuja entre trebejos de plástico. Ocurrencia de rostros en los umbrales de las casas. Piedra libre. Obsesiones numéricas, series, baldosas y recorridos aceptables. El azar es voraz. Veo a mis amigos con el dedo circulante, a mi madre de sábanas escondidas, a un diciembre caluroso y gramatical. Tal vez, escribir sea un poco eso: ventilar un colchón deshabitado.

El texto que leerán a continuación fue escrito durante el primer cuatrimestre del año 2017, cuando cursé la materia Cultura Clásica.

Literatura y Violencia

Epos o Pathos

Mucho se ha dicho acerca de la relación entre los medios masivos de comunicación, los dispositivos de entretenimiento y la violencia. Hoy proponemos a nuestros lectores un fragmento del texto* de Roberto Giglioli, incluido en el libro *Ombligos sobre el tablado*, editado por El Cuenco. Un texto para un debate necesario: la vinculación entre ficción y realidad. Una realidad cada vez más compleja, atenazada por el éxito y el miedo.



–Disculpá que te moleste pero no podía esperar hasta mañana. Además, los jueves estamos todos... Es por el gordo, está complicado.

–Que deje un poco la joda, vas a ver como se le terminan las complicaciones.

–Pasó por casa. Era un solo llanto.

–...

–Desde que la vieja se le fue viene en picada.

–Hablando de eso, ¿qué pasa que no viene Cachito con las frescas?

–Lloraba y puteaba. Media hora hasta que le pude sacar una palabra. Parece que la mina se le fue.

–¿Qué mina?

–La mina. Brisa, Brisita, al menos así le decía él. Encima se las tomó con un tipo que era el dueño de la competencia.

–¿Qué competencia?

–Viste que el gordo puso una carnicería.

–Sí.

–Bueno, el flaco es el dueño de una cadena de carnicerías.

–¡Ah! Le saca la comida de la boca.

–¿Podés creer que iba todos los viernes a ver cómo andaba el negocio? Justo los viernes, el día que salgo con la chata a hacer los repartos. Me recagó, el hijo de puta. Así me decía.

–¡Qué boludo!

–Esto fue hace dos meses.

–...

–Pasa que anduve con algunos problemas. La semana pasada lo fuimos a ver, al negocio: Osvaldo, Alejandro y yo. Le cambió el nombre a la carnicería. “Carne cruda”.

–¿Y?

–Está peor. Empezó a leer. Anda para todos lados con unos libros del año del pedo.

–¿No le habrá pegado para el lado de

* Este texto es una adaptación ficcional de los elementos obrantes en la causa conocida como “Carne Cruda”. He trabajado –dice Giglioli– a partir de información suministrada por conocidos del imputado y de la nota escrita con tinta “roja”, en la que el homicida manifiesta toda su voluntad: “Aquí dejo lo necesario para vivir. Ruégoles que efectúen el envío a mi lugar de encierro”.

la religión?

–Ojalá, un “Pare de sufrir” por ahí lo calmaba un poco. Pero no. Literatura griega.

–¡Ah, bueno!

–Le hablás y no te escucha. Mirá que Osvaldo es bicho para eso. Alejandro es amigote y... a mí siempre me escuchó. Cuántas minas hay en el mundo, le decía Alejandro. Ni nos miraba. Afilaba y despostaba. Cuando tuvo toda la carne trozada, la colocó en bandejas. Un corte, un papelito; un corte y otro papelito.

–¿Papelito?

–Son frases. Cuando se descuidó le afané unos cuantos del cajón que tiene debajo de la caja registradora. ¿Te acordás que un jueves, cuando alguien preguntó qué haríamos si no fuéramos lo que somos, dijo que de pibe le daba por escribir?

–Ni idea.

–Escuchá: “Sacerdote hypermorón, se llevaron a Brisita, les espera el paredón”.

–¡Está hecho mierda!

–Qué te dije. Pará, pará que hay más:

“El buey solo, bien se lame”, “Funes el iracundo”, “Ser o No Ser”, “No por mucho madrugar, se ve a Patroclo en pijamas”, “Teníamos una relación sin derecho a roce”, “Cuando un amigo se va, el ego baila la cumbia del mal parido”, “Depongo mis inclinaciones, como un sauce destetado rendido por el viento”, “Dios aprieta y ahorca”, “Depongo mis...” –este está repetido–, “El que a hierro mata, a hierro muere”.

–En diez días se queda sin clientes.

–“Noche ombligo. Vientre que socava la cáscara. Una asamblea de viejos dormidos arruga los terrones. Respira corazón. Madre de mis huesitos abrasados en silencio.”

–Tenemos que hacer algo.

–Para eso te llamé.

–...

–El teléfono, debe ser mi vieja.

–...

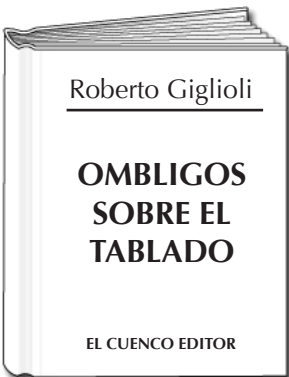
–...

–...

–¿Qué hiciste? Voy para allá.

–¿Quién era? ¿Qué pasó?

–Es el gordo. Dice que mató a Héctor.



**REVISTA
EL TÚMULO DE ORO**

**20% DE DESCUENTO
EN LIBRERÍAS**

**PRESENTANDO ESTE
CUPÓN**

ENEAS EN CARTAGO

GABRIEL CARRASCO

gabrielenriquecarrasco@hotmail.com

Nacido el 18 de septiembre de 1996 en Bahía Blanca. Cursó Bachillerato en Arte en la Escuela Normal Superior, Vicente Fatone. Al egresar comenzó a estudiar ilustración en la Escuela de Artes Visuales de la misma ciudad. Tras encontrarse carente de inspiración y decidir que no quería seguir dibujando comenzó a estudiar Filosofía en la UNS. En el primer año de dicha carrera, en la asignatura de Cultura Clásica, no tuvo mejor idea que hacer una adaptación completa en formato cómic de la Eneida de Virgilio, de lo cual aquí se presenta la primera parte. Continúa sosteniendo que no le gusta dibujar, pero aun así realiza ilustraciones con un sentido del humor sumamente refinado, al punto de ser ininteligibles, en su página de Facebook "Tinta Roja". Considera que escribir sobre sí mismo en tercera persona es un tanto extraño, pero se consuela pensando en que gran parte de la gente prefiere no leer las biografías y saltar directo a los bifés.

El texto que leerán a continuación fue escrito durante el primer cuatrimestre del año 2016, cuando cursé la materia Cultura Clásica.



¡Oh! ¿Es usted el rey Eneas?

Sí. Así es.

Escuche, rey, esta noche íbamos a hacer la previa en mi palacio. Podría venir y contarme tooodas sus aventuras...

Pero, Eneas, ¿no íbamos a ir a Italia?

Quedate tranquilo, Acates. Nos tomamos algo y nos vamos.

CUATRO LIBROS MÁS TARDE

Jaja... Entonces le dije: "¡Van a tener que decirme 'Tideo' porque te tengo de hijo."

¡Wow! ¿Y qué pasó?

Justo venía mi mami a buscarme y me llevó al templo del dios Apolo.

¿Me podés volver a contar tu viaje otra vez desde el principio?

¿Todo de nuevo?

Sí. Es una excusa para estar abrazada a tus bíceps.

Bueno...

Todo empezó la noche que los griegos nos la agitaron y los dioses me mandaron a que me escapara

Estaba durmiendo y vino el fantasma de Héctor.

Troyano...

Humm... ¿El qué?

Troyano...
"Troya ya no"
Troya caput
rajá e' acá.

Así que, muy obediente, me fui a buscar al viejo para que nos escapáramos.

No voy.

¡No, no, y no!

Porfaaa.

¡Uy! Mirá, se le quema la cabeza al pibe.

Bueno, entonces voy.

Casa de Ac.

Pero me vas a tener que llevar en hombros.

¿Qué? ¿Por?

Porque estoy parafítico.

¿Desde cuándo?

Desde que le falté el respeto a tu madre.

Bueh.

Y así salí, super heroico, con mi viejo al hombro y con el pibe de la mano...

Wiii

Tolo

Y perdí a mi esposa.

Ya no sé cómo llamarla...

48 llamadas perdidas y no me contesta...

Estoy muerta. Seguí y buscate otra.

¡Uy! Ahí me contesta.

Tic Tic Tic

¡Uh, carajo!

Un oráculo me dijo que buscara la tierra de mis ancestros.

Oh, entonces vamos a Creta. De ahí viene el linaje dardanio.

YA EN CRETA...

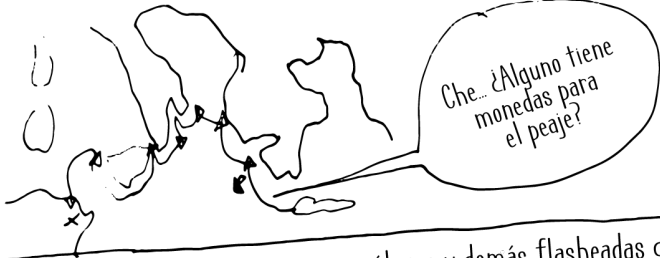
Che, Ene... La gente se nos muere...

Hay una alta peste.

Mecacho... Voy a tener que consultar a los dioses



Y bueno... Después de eso vinieron varios años de viajes que no tienen demasiada importancia argumental, así que los cuento así nomás.



Vimos harpías, cíclopes, monstruos en piélagos y demás flasheadas que uno se cruza cuando está en una épica.











DOLONÍA: LAS CORRERÍAS DE ULISES Y DIOMEDES

DOLORES CASPE

sbettucci@gmail.com

Nací el 25 de marzo de 1998 en Bahía Blanca, y viví algunos años en Santa Fe. Estudié Licenciatura y Profesorado en Letras en la UNS, y es la primera vez que escribo una autobiografía, así que: ¿qué contarles? Me gusta cocinar, componer canciones y hacer disfraces. Me fascina el idioma inglés y también el portugués. En cuanto a esta adaptación, me pareció interesante señalar cómo las aventuras del Canto X de *La Ilíada* podían asemejarse a las correrías de dos figuras icónicas de nuestra cultura: el gaucho Martín Fierro y su leal amigo, Cruz. Para facilitar la inserción de la *Dolonía* en un nuevo ambiente, me resultaron muy útiles tanto el uso de recursos léxicos característicos del género gauchesco, como la construcción de versos octosílabos.

El texto que leerán a continuación fue escrito durante el primer cuatrimestre del año 2016, cuando cursé la materia Cultura Clásica.

Oiga la virgen María;
así me asista esta güelta,
que en esta ocasión de fiesta
ya con Diomedes cantamos
por cuáles correrías nuestras
se han salvao los danáos.

Menelao y Agamenón
temían por la gauchada,
dende el día que un malón
se llevó a la china amada
después de haber irrumpido
en el fuerte a las andadas.

Aquiles, que era el más guapo
de los que allí se encontraban,
miraba pasar los días
sin peliar en la frontera;
y arisco, con la vigüela,
en su cólera insistía.

Ansí como el refucilo
que parte en dos la araucaria
dejando solo en el pago
su figura descarnada;
así Héctor, el cacique,
a los danáos achuraba.

¡Ahijuna, no se veía
salida alguna a ese enriedo!
La noche se avecinaba,
temíamos por nuestro cuero,
y, afuera, la indiada hablaba
sumida en el parlamento.

En eso el patrón reunió
a los gauchos junto a Néstor:
“Sea guapo aquel compañero
–dijo el anciano gerenio–
que en medio de esta desgracia
salga a bombar él primero.

Si el día se ha descarriao
es la noche la que salva.
Naides teme ni se espanta,
si en el santo Dios confía;
pues con la virgen María
hoy ya al infiel le echa manta.

Cualquiera que sea el paisano,
compensarán su bravura
una vaca y una mula
por cada patrón danáo.
Y en las grandes comilonas
será siempre un invitao.”

Así Néstor hubo hablaó,
Diomedes dijo primero:
“Súmesese otro compañero
y salgamos de inmediato,
es sabido que de a dos
sale mejor cualquier fato.”

Saltaron los dos Ayantes,
el Atrida Menelao,
Meriones el cimarrón...
Y yo mismito esperaba
que Diomedes precisara
de mi astucia en la ocasión.

El tipo me conocía:
no sólo soy avispaó,
corro como endemoniao
y lanzo muy bien las bolas
(el mismo Aquiles demora
si corro ligero al lao).

Entonces, ¿cuál aparzero
podía ser mejor que yo?
Diomedes me señaló
y partimos bien armaos:
tenso en los hombros el arco,
listo en el cinto el facón.

Sobre las nubes más bajas,
la luna sonsa reía.
Yo en plena noche temía
cruzarme con la luz mala:
me persignaba al momento
a cada paso que daba.

Mientras esto sucedía,
del otro lao conspiraban;
y Héctor mismo prometía,
gritando frente a la indiada,
a su bombero entregarle
nuestros pingos como paga.

Dolón, muy poco agraciao,
cobarde como ninguno,
buscaba un lugar seguro
pa' despuntar su vagancia:
ni bien salió, en lontananza
ya lo habíamos divisao.

Agazapaos en los yuyos
seguimos todos sus pasos;
la luna mostró sus rayos
y así, llegado el momento,
en cuanto estuvo dispuesto
el camino le cortamos.

¡El chucho que se agarró!
Alguna luz le faltaba.
Como si yo fuera un indio,
quiso medirse conmigo.
Puse el facón en su ombligo:
no le hizo falta más nada.

Lloró Dolón desdichao,
dijo "piedad" y "rescate",
pero no hay ley que yo acate
cuando proviene de un indio.
Quise saber en qué andaba
y contó lo de los pingos.

También supe que el cacique,
tan mamao como el resto,
muy lejos de nuestro puesto,
más allá de la alabrada
sin guardias que vigilaran
la Frontera descuidaba.

Útil fue la información.
Aunque insistiera con ruegos,
Diomedes, que es una tapia,
le hundió en el cuello el facón
y espichó entonces Dolón,
último de su prosapia.

Ansina fue que dejamos
en tierra sus grandes brazos.
Enllegando al campamento,
después del primer intento,
ya habían muerto doce tracios
y sus pingos eran nuestros.

Diomedes parecía un toro:
estaba envalentonao;
sin haberse contentao,
insistía en la correría.
Y la noche transcurría
con sus últimos presagios.

Ya era tiempo de volver,
se lo avisé a mi aparcerero;
y como no me escuchaba,
dijo un santo desde el Cielo:
“Ahora deben retirarse;
no sea que vuelvan huyendo”.

Montamos con el paisano,
baguales como la guerra.
Las patas sobre la tierra
dejaron escrito un puente:
por allí avanza la muerte,
más acá, la salvación.

Néstor ya se impacientaba
y esperaba lo peor.
¡Si vieran con qué clamor
nos recibió a nuestra güelta!
Peló una sonrisa suelta,
más joven que la anterior.



Me esperaba el contrapunto,
pero antes pedí un minuto
pa'l santo Dios, nuestro rey.
Y así que hube agradecido,
canté juerte como un buey.

En buena hora volvimos;
fuimos y somos bien guapos.
Confió el patrón y el paisano,
tenemos manos bien diestras.
Por estas correrías nuestras
se han salvao a los danáos.

LA MUERTE DE HÉCTOR

AILÉN CASTILLO

ailen.castillo@hotmail.com

Me llamo Ailén Castillo, nací en la ciudad de Bahía Blanca un día de noviembre de 1996.

Estudio en la Universidad Nacional del Sur, todavía no sé muy bien qué, pero entre las Letras y la Filosofía. Milito en la corriente universitaria del PTS: Tesis XI - Pan y Rosas. Escribo muchos poemas, me gusta recitarlos cuando estoy con amigos. Tengo un blog donde subo algunas de mis erupciones verbales sin sentido: <http://ailencastillo.blogspot.com.ar>.

Hago un intento enorme por aprender a tocar el piano, pero no soy muy buena para la música. Dibujo bastante cuando estoy aburrida, que es la mayor parte del tiempo. No puedo mantener la concentración mucho rato en algo, creo que es por eso que me atrae tanto la poesía.

El texto que leerán a continuación fue escrito durante el primer cuatrimestre del año 2015, cuando cursé la materia Cultura Clásica.

PERSONAJES

Héctor, hijo de Príamo

Príamo, rey de Troya

Hécabe, esposa de Príamo y madre de Héctor

Aquiles

Voz en off (Murallas de Troya)

Voz en off 1 (Zeus)

Voz en off 2 (Atenea)

Apolo

Deífobo, hermano de Héctor

(Atenea cuando desciende transfigurada)

PRIMER ACTO

En un lado del escenario se encuentra Héctor, fuera de las murallas de Troya, y, sobre ellas, su padre y su madre. En el lado opuesto, se encuentra, en el campo de batalla, Aquiles, siendo demorado por Apolo para que los troyanos puedan entrar a Ilión.

Se ilumina el sector de las murallas de Troya; quedan en trasfondo Aquiles y el dios.

Escena 1

PRÍAMO: —¡Héctor, querido hijo! Ven dentro del muro para que salves a los troyanos y troyanas. Y no quieras procurar inmensa gloria al Pélida y perder tú mismo la existencia. Compadécete también de mí, de este infeliz y desgraciado que aún conserva la razón. No aguardes, lejos y solo de los amigos, para que no mueras a manos de Aquiles, que es mucho más vigoroso.

HÉCABE: —¡Hijo mío! Por estas entrañas que te dieron a luz, entra a las murallas. No sea que perezcas y luego la gran Ilión sea tomada y quemada, ya que eres quien la mantiene a salvo.

(PAUSA)

Sin lograr persuadir a Héctor, quien seguía aguardando a Aquiles.

HÉCTOR: —¡Ay de mí! Si me atrevo a volver detrás de las murallas, el primero en dirigirme baldones será Polidamante, quien me aconsejó que volviera el ejército a la ciudad la noche que el divino Aquileo decidió regresar a la lucha. Pero no me dejé persuadir, y ahora, que he causado la ruina del ejército, temo que los troyanos y troyanas, e incluso alguien menos valiente que yo, exclamen que he perdido las tropas a causa de la excesiva confianza en mí mismo. Preferible sea volver a la población cuando haya matado al Pélida, o morir gloriosamente delante de ella. Mejor sea ver a quién el Olímpico concede la victoria.

Escena 2

Se mantiene ahora en trasfondo la escena del héroe teucro y se ilumina la escena del Pélida con Apolo.

APOLO: —¿Por qué persigues en veloz carrera a un dios inmortal siendo tú mortal? El hado no me condenó a morir.

AQUILES: —¡Oh, tú, que hieres de lejos, el más funesto de todos los dioses! Me engañaste, trayéndome hasta acá, cuando hubieran muerto muchos todavía antes de llegar a Ilión. Me has privado de pequeña gloria y has ayudado a los teucros porque pensaste que no me vengaría. Mas lo haría si mis fuerzas lo permitieran. *(Volteándose, comienza a ir hacia la ciudad).*

El dios se va de escena y se cierra el telón.

SEGUNDO ACTO

Se abre el telón.

Sólo queda en escena la muralla de Troya, y participan las voces en off.

Escena 1

MURALLAS DE TROYA (VOCES EN OFF): –Diez años han pasado, hemos sido bendición para algunos y sostén de lamentos para otros. Hay quienes nos quieren ver caer y quienes pelean por mantenernos en pie. Hemos visto innumerables muertes, valientes guerreros mordiendo el polvo para cumplir con el destino. A veces pesa a favor, a veces en contra. Teucros y aqueos, ¡que los dioses se apiaden de vosotros!, ¡que la balanza del gran Zeus pese, con justicia, una vez más!

(PAUSA)

Se comienza a escuchar un murmullo que se disipa cuando habla Zeus.

VOZ EN OFF 1 (ZEUS): –¡Oh, dioses! Con mis ojos veo un caro héroe perseguido alrededor de las murallas. Mi corazón se compadece de Héctor, que siempre nos ha ofrecido sacrificios y nos ha tenido en su memoria. Ea, deliberemos y decidamos si le libramos de la muerte o, si a pesar de ser honrado con nosotros, dejaremos que sucumba a manos de Aquileo.

VOZ EN OFF 2 (ATENEA): –¡Oh, padre, gran Zeus! ¿Qué dijiste? ¿Acaso piensas salvar a un hombre cuyo destino fue marcado hace tiempo? ¿De nuevo querrás ayudar a ese mortal a quien el hado ya ha condenado? Haz lo que quieras, pero no todos apoyaremos tus actos.

VOZ EN OFF 1 (ZEUS): –Tranquilízate, Atenea, hija querida. Contigo quiero ser complaciente. Obra según tus deseos y no desistas.

VOZ EN OFF 2 (ATENEA): –Iré, pues, con los hombres, para poder ayudar a quien favorezca el destino. Pesa a ambos, para no contradecir al hado y su orden.

(PAUSA)

Por delante de la muralla aparece la balanza de Zeus para pesar el destino de ambos hombres; mientras pesa, las murallas vuelven a decir a coro un texto.

MURALLAS DE TROYA (VOCES EN OFF): –Podemos sentir el miedo de los hombres, el temblar de sus pies. Podemos oír el grito de sus silencios, el temor de sus pensamientos... Sabemos lo que murmuran, desde lo alto, los dioses. Tenemos la visión del destino. ¡Pobres hombres aquellos que luchan sólo por el honor! ¡Pobres los que creen que se salvarán por servir e invocar a los dioses!

Se va de escena la balanza de Zeus y se cierra el telón.

TERCER ACTO

Se abre el telón.

En escena se presenta nuevamente Héctor, fuera de las puertas de Ilión, y Aquiles yendo a su encuentro. Cuando Héctor lo ve, demuestra temor y comienza a huir, pero al darse vuelta para marchar ve a su hermano, en la otra esquina del escenario, y va hacia él feliz de no estar solo.

Escena 1

DÉÍFOBO (ATENEA TRANSFIGURADA): –¡Héctor, mi gran y buen hermano! Deten-

gamos y rechazamos el ataque de Aquileo que te persigue.

HÉCTOR: –¡Deífobo! De todos mis hermanos fuiste el único que, al verme, salió de la ciudad amurallada para venir en mi ayuda, ¡cuánto te aprecio!

DEÍFOBO (ATENEA TRANSFIGURADA): –¡Vamos, hermano! Vayamos junto al Péli-da, para que podamos enfrentarlo y morir en sus manos, o que muera él por tu lanza.

(PAUSA)

Comienzan a caminar hasta que ambos guerreros se hallan frente a frente.

HÉCTOR: –¡No huiré más delante de ti! Ya no tengo temor, sea que venzas tú o que lo haga yo. Pero hagamos un acuerdo, con los dioses de testigos para que se cumpla lo prometido: quien venza no profanará el cuerpo del vencido, mas luego de despojarlo de sus armas, devolverá el cadáver, para que puedan rendírsele los honores merecidos.

AQUILES: –No me hables de hacer acuerdos, no podemos trazar amistad ni pactos. Ármate de valor, ahora que no puedes escapar y que Atenea, hija de Zeus, te hará sucumbir pronto herido por mi lanza. Así se cumplirá el destino y yo vengaré con tu sangre el derramamiento de la de mis amigos, acometidos por ti en batalla.

En ese momento, mientras Aquiles arroja la lanza y Héctor esquiva el golpe, Atenea se quita el casco de lucha y, sin que se dé cuenta Héctor, le devuelve la lanza a Aquiles, mientras Héctor dice sus líneas.

HÉCTOR: –¡Oh, has errado el tiro! (Tono burlesco) No era cierto que un dios te acompañaba, lo has dicho para morir en mis manos. Sería un gran alivio para los teucros que ya no estuvieras en la batalla, ya que eres su peor azote!

(PAUSA)

Héctor arroja su lanza, que da contra el escudo de Aquiles; y, al ver Héctor que el tiro es en vano, se voltea para pedirle a su hermano que le alcance su lanza y seguir el combate.

HÉCTOR: –¡Deífobo, alcánzame otra lanza! (Al ver que su hermano no está, se da cuenta de que ha sido engañado por los dioses para que se cumpla el destino) ¡Oh, los dioses ya me llaman a la muerte! Creía que el héroe Deífobo se hallaba conmigo, pero estaba tras el muro, y fue Atenea quien me engañó. ¿Ya me recibe la muerte? Pero no quiero morir cobardemente, sino realizando algo grande que quede en la memoria de los venideros.

(PAUSA)

Al decir esto, con mucha valentía, desenvaina la espada y se arroja contra Aquiles, quien lo hiere en un lugar donde la armadura no lo cubre. Héctor cae al polvo.

AQUILES: –¡Héctor! ¿Ya no te jactas como lo hacías cuando despojabas el cuerpo de mi amado Patroclo? Ahora será a ti a quien los perros desgarran la piel para alimentarse con ella, mientras él recibirá sus bien merecidos honores.

HÉCTOR: –¡Te lo ruego por tu alma: no dejes que los perros me devoren junto a las naves aqueas! Acepta el rescate de mi padre, permite que me lleven a la ciudad y allá me entreguen al fuego.

AQUILES: –¡No me ruegues! Ojalá el furor y el coraje me incitaran a cortar tus carnes y a comérmelas crudas ¡Gran agravio me has inferido al matar a mi querido amigo! Nadie podrá separar a los perros de tu cuerpo, hasta que ya no quede nada.

HÉCTOR: –Sabía que era inútil tratar de suplicarte, tienes un corazón de hierro. Cuídate, no sea que tu odio despierte el de los dioses. Ya lo verás el día de tu muerte, que está pronto a llegar, cuando mi hermano Paris, junto con Apolo, despoje el alma de tu cuerpo y descendas al hades, al igual que yo hoy.

AQUILES: –¡Muere! Y yo recibiré la Parca cuando Zeus y los demás dioses inmortales dispongan que se cumpla mi destino.

Aquiles quita la lanza del cuerpo de Héctor y este muere. Se cierra el telón.

FIN DE LA OBRA

El público tira rosas al escenario, ovacionando a los actores y a los participantes de la obra detrás de escena.

HÉCTOR, EL INSENSATO

MARÍA VICTORIA CENTURIÓN

mariavictoriac7@gmail.com

Me llamo María Victoria Centurión. Nací en 1999 en Río Gallegos, Santa Cruz, y estoy cursando la carrera de Licenciatura en Letras.

No tengo mucho para decir acerca de mí, pero creo que merece la pena mencionar que este trabajo lo terminé a último momento... en cuatro horas... de madrugada. Lo había empezado una semana antes del día de entrega, pero llegó un momento en el que ya no sabía qué estaba haciendo: mis ideas cambiaban conforme escribía, hasta que se volvieron impresentables todas juntas. Por ello decidí reescribirlo todo desde el principio, incluso con el tiempo encima, pero alejándome de mi idea original. Este fue el resultado. Quedé mucho más satisfecha con este trabajo, hecho en solo cuatro horas, que con lo que llevaba escrito en una semana. Sorprendentemente, también fue del agrado de la profesora.

El texto que leerán a continuación fue escrito durante el primer cuatrimestre del año 2017, cuando cursé la materia Cultura Clásica.

Más allá de los mortales y de los propios dioses, en la mitología griega había algo llamado Moira (“destino”, en griego). Este representaba un orden. Y los dioses se encargaban del cumplimiento de ese orden o, mejor dicho, de supervisar el guión enviado por ese orden. Básicamente, los dioses habían autorizado a la Moira para que escribiera guiones y los mortales los representasen, con el objetivo de que luego los aedos le cantaran esas “proezas” a las futuras generaciones, inspirándolos con el ejemplo y logrando que la Moira no se sintiera mal por ser alguien incorpóreo, hecho que no impedía que su arte fuera apreciado. Al menos eso decían los dioses. Creerles o no queda sujeto a libre interpretación.

Uno de sus guiones más destacados (y sangrientos) fue el de la Guerra de Troya.

Los dioses también se hacían presentes de vez en cuando en las obras para ayudar a los mortales (cuando faltaba utilería, o a algún personaje no se le escuchaba bien, por ejemplo) y se encargaban de asignarle los papeles a cada uno; siempre y cuando los designados los aceptasen, claro está. Aunque a veces no fuera tan así. Recordemos a Ganimedes, sin ir más lejos. Cuando le ofrecieron un papel no tan importante y fuera de la guerra, como no lo aceptó, Zeus le mandó un águila gigante para llevarse al Olimpo, arruinándole su cortísima carrera de... mortal.

Respecto a los troyanos, el dios Apolo se encargó de ir con los hijos del rey Príamo, pues necesitaba que dos de ellos cumplieren un papel importante: uno sería el secuestrador de la mismísima Helena, físicamente atractivo, con una personalidad cobarde y gran manejo del arco; el otro sería el guerrero más fuerte de los troyanos, con una imponente presencia en la batalla, que le daría mucha ventaja a los suyos. Alejandro, apenas escuchó “físicamente atractivo”, se ofreció a representar el papel del secuestrador, sin prestar atención a las demás especificaciones. Para el otro papel vacante fueron varios los que se ofrecieron, sin embargo, Héctor les lanzó a todos una mirada dirigida directamente a sus almas y, acto seguido, retrocedieron temblando, para dejarle a su queridísimo hermano dicho papel.

Héctor, sumamente comprometido con su papel, leía el guión día y noche, repasando sus diálogos y acciones para cada escena. Primero, lucharía contra el personaje de Ayante Telamoníada, sin que surgiera un vencedor del enfrentamiento; luego, vendría el coloquio con su esposa y su hijo; después, mataría al compañero del héroe de los griegos. Él intuía que el papel de héroe lo interpretaría Aquiles, no por nada era el hijo de una diosa, siempre se llevaba los mejores papeles; el otro ignoraba quién sería y no le importaba. Finalmente, tendría que refugiarse en Troya, para luego matar al héroe griego desde la muralla, logrando así la victoria para los troyanos. La guerra tendría lugar durante un período de nueve años (aunque después, debido a la falta de presupuesto, la tuvieron que acortar a nueve días), y Héctor debía entrar a escena en el noveno.

Se lució con cada una de sus interpretaciones, hasta que llegó la escena en la que asesinó a Patroclo. Para su sorpresa, este llevaba puesta la armadura de Aquiles, cosa que no estaba en el guión. Decidió hacer caso omiso de ello y se preparó para atacarlo, sin embargo, Apolo se le adelantó, acometiéndolo por la espalda y quitándole la armadura. Patroclo cayó, debilitado, y el dios le hizo una seña para que lo atacase. Héctor obedeció y lo atravesó con la lanza. Entonces Patroclo, moribundo, le dijo al troyano: “¿Por qué lo hiciste? No se suponía que me mataras. Si esto quiso

la Moira, entonces tú morirás también llegado el momento... y será a manos de Aquiles..."

Al escuchar esto, Héctor vaciló sobre el cadáver, pero finalmente le quitó la armadura y se la quedó. ¡Insensato! Patroclo no había hecho más que advertirle lo que le deparaba el destino.

A Héctor ya le tocaba huir hacia la ciudad y refugiarse allí, sin embargo, al llegar a las puertas Esceas se quedó inmóvil, como retenido por una fuerza mayor. Era la Moira, que estaba un poco indecisa: no sabía cómo continuar la historia. Su idea inicial era que los troyanos tendrían la victoria, pero conforme la guerra avanzó, había cambiado de opinión y la historia se le estaba yendo de las manos.

Pasaban las horas y Héctor seguía allí, sin ver a Apolo por ninguna parte, hasta que finalmente algo sucedió. Aquiles apareció a lo lejos, mientras iba acercándose cada vez más hacia él. Héctor no temió al verlo, pues en su guión estaba escrito que debía matar al héroe... aunque en condiciones diferentes.

La diosa Atenea ya le había informado acerca de los cambios a Aquiles: este debía matar a Héctor, impulsado por el arduo deseo de vengar la muerte de su más querido compañero (aunque apenas llevara nueve días de conocerlo). Cuando ya estuvo peligrosamente cerca de Héctor, entró en pánico y empezó a correr alrededor de la muralla. "¡¡¡¡ESTO NO ESTABA EN EL GUIÓÓÓÓÓÓÓÓN!!!!", exclamó mientras se veía perseguido por Aquiles.

Entretanto, los dioses se cuestionaban por qué los mortales insistían en no contemplar el hecho de que los guiones estuvieran sujetos a eventuales modificaciones todo el tiempo, pues no era la primera vez que la Moira decidía matar a un personaje simplemente porque no sabía bien qué hacer con él. En el Olimpo, en cambio, ya estaban acostumbrados.

ILIÓN: LA CAÍDA

MELISA FERNÁNDEZ BUGARINI

fernandezbugarini@gmail.com

Nací en Bahía Blanca, provincia de Buenos Aires, en 1991. Me encuentro cursando la carrera de Licenciatura y Profesorado en Letras en la Universidad Nacional del Sur. Considero que participar en este proyecto de adaptaciones de los clásicos ha sido una gran experiencia de aprendizaje y una oportunidad motivadora para escribir fuera de los exámenes parciales. Permitirme, como alumna, ser creadora y tener un equipo docente que me acompañe en el proceso de aprendizaje es mi modelo a seguir en mi futuro ejercicio de docencia e investigación. Agradezco enormemente a todas las docentes que confiaron en sus alumnos.

El texto que leerán a continuación fue escrito durante el primer cuatrimestre del año 2017, cuando cursé la materia Cultura Clásica.

ESCENA 1

ZEUS: –¡Desdichada! Siempre con sospechas... ¿Hasta cuándo vas a seguir así?

HERA: –¡Así que ahora me engañás con esa! Despreocupate, andate adonde quieras, ¡ahora la convierto en vaca!

ESCENA 2

DEMÉTER: –Tranquila, hermana, sabemos que es un despiadado... Iris anda diciendo por el Olimpo que ahora Zeus está conquistando a una muchachita virgen... ¿sabés qué le está diciendo?

HERA: –No. ¿Qué le dijo el desacatado?

DEMÉTER: –¡Le dijo que no se preocupe porque... es ESTÉRIL!

HERA: –¿¿¿¿¿¿Que es estéeeeril????? Por favor... De ésta me vengo, Deméter, ya no lo soporto más. Me miente en la cara, me dice que se va al Ida a reflexionar sobre el destino de los pobres mortaluchos que pelean en Ilión y en realidad se está revolcando con otras infelices... ¡Qué distinta hubiese sido mi dicha de aceptar la cita de Poseidón! Esos bucles azules que se mueven al son del viento siguen enloqueciéndome...

DEMÉTER: –¿Nunca pensaste en divorciarte? Tus chicos ya están grandes... Nos vamos con Hestia, las tres juntas, a la Isla de Creta.. Sol, playa, néctar y... bueno, vemos qué más encontramos en esa isla afrodisíaca...

HERA: –Sí, nos vendría bien un poco de sol, porque Aurora está de vacaciones hasta el mes que viene y ya estoy perdiendo el color del verano. Por desgracia, debo recordarte que este acumulador de nubes y de mujeres que tengo de marido es el soberano de todo el Cielo. Si huyéramos del Olimpo, nos buscaría. Y vaya a saber qué castigo nos daría a cada una. Ese desdichado... ¡Ojalá se hubiese unido con la pobre Tetis!

DEMÉTER: –Dejá a Tetis en paz, bastante tiene aguantando a un marido mortal y consolando al llorón de su hijo. Si lo decís por el oráculo ese que anunciaba que si Zeus tuviera un hijo con Tetis ese descendiente lo destronaría, no te hagás la cabeza. Yo ya no sé qué pensar, siempre son tan ambiguos los oráculos, que no sabés como interpretarlos. El otro día estaba aburrída y me fui hasta Delfos. Quería preguntarle al oráculo si iba a llegar al verano con mis medidas en 60-90-60. ¿Y sabés que me dijo? ¡QUE DESCONFÍE DEL 60! Me tiene harta, nunca anuncia algo claro, conciso. Pobre pitonisa, qué trabajo andar aguantándolo. Siempre complicado, se cree el ombligo del mundo. Deberíamos hablar con Apolo, ¿no?, como para que le ponga un poco los puntos.

HERA: –Sí, aunque últimamente Apolo anda preocupado por la afinación de su lira, pronto tiene un certamen musical. Además estuvo un poco alterado porque les mandó una peste a los aqueos. Al parecer, Agamenón le faltó el respeto a él, a Crises y a Aquiles. Está un poco intenso.

DEMÉTER: –¿Por? ¿Qué le pasa Agamenón? ¿No se da cuenta de que está ofendiendo a su mejor guerrero?

HERA: –No, su ego siempre fue más grande. Y lo peor es que el pobre Aquiles se recontra enojó, con toda la razón, y se alejó del combate. Ni él, ni ninguno de los mirmidones está luchando.

DEMÉTER: –¿Y vas a hacer algo con el pobre Aquiles?

HERA: –No puedo estar en todo, Deméter, mañana tengo que salir a convertir a unas infelices en vacas... Seguro que Tetis nos tira alguna idea.

DEMÉTER: –Sí, hay que tener ideas para consolar a ese niño llorón.

ESCENA 3

ZEUS: –Bracitos blancos... Cuchi-cuchi... ¿Dónde estás?

HERA: –¿Qué querés, Zeus? No te hagas el dulce conmigo. Mirá que estos bracitos blancos se enteraron de que andás engañando a pobres vírgenes y diciéndoles que sos estéril. ¿Ya no se te ocurre algo mejor para seducir? ¡Qué básico te han vuelto los años!

ZEUS: –Hera, no me hagas enojar. Te dije cientos de veces que no andes ventilando intimidades nuestras por el Olimpo. ¡Están todos escuchando! Dale, relajá un poco. Vayamos a pasar el finde al Ida, solos... vos y yo... sin preocupaciones. Unámonos con la intensidad de esa pasión que solo nosotros dos conocemos.

HERA: –Ay, Croni... Siempre igual... No quiero enojarme con vos, lo sabés. Vayámonos al Ida, ¿dale? Pero mañana, porque ahora está por llegar Atenea. ¿Te acordás que se fue a hacer un Seminario de Tácticas y Estrategias de Combate? También invité a Tetis, espero que no te moleste.

ZEUS: –Oh, sí, Vayamos a preparar el banquete para recibir a mis ojos de lechuga preferidos.

ESCENA 4

Terminado el banquete, los dioses discuten y se ponen al día sobre los últimos sucesos del combate en Ilión. Atenea, aburrida de que los banquetes de los últimos nueve años sean siempre iguales, les muestra, entusiasmada, un juego de estrategia que inventó en el Seminario.

ATENEA: –Este juego se llama *Ilión: La caída*. En él se propone una heroica y gloriosa batalla que se desarrolla sobre nuestra conocida Ilión. Cada uno de ustedes tendrá su personaje con su objetivo a cumplir. El primero que lo cumpla gana la partida.

ZEUS: –Queridos dioses, yo no participaré, me dedicaré a impartir justicia y a velar por el cumplimiento de las reglas del juego.

ATENEA: –Ahora voy a repartirles un personaje a cada uno. Hera, te toca Aquiles; Hermes, a vos Agamenón; Apolo, a vos te toca Príamo; Ares, tenés a Héctor; Afrodita, jugás con Paris; Deméter, a vos te toca Patroclo; y a mí, Odiseo.

Los dioses comienzan a jugar, mientras Zeus le guiña un ojo a la diosa Tetis.

ODISEO
Volver a Ítaca lo antes posible

AGAMENÓN
Aumentar el territorio de su reinado

MENELAO
Recuperar a Helena.
Matar a Paris



ILIÓN LA CAÍDA

EL SUEÑO DE DOMINAR ILIÓN SE RENUEVA EN ESTA HEROICA Y GLORIOSA BATALLA

Mapa de Grecia

TRACIA
MACEDONIA
ABANTE, Otranto
TESALIA
Lampusako
DENSOS
Mar Egeo
Termopilas
Delos
ATICA
Eretria
Atanatia
Tebis
SALAMINA
PELOPONESO
Olimpia
Corinto
Miconas
Epidauro
Esparta
LYDIA
Eleso
Mene
Mileto
EUROPA
AFRICA
SANTORIN
COS
JUVIAS
Creta
Mar Mediterraneo

Decorative elements: owl, helmet, laurel wreath, temple icon.

PARIS
Ser Miss. Ilión
IV Edición

AQUILES
Tener gloria eterna.
Recuperar a Briseida

PATROCLO
Ser admirado por Aquiles

HELENA
Enamorar a Héctor

HÉCTOR
Salvar Troya

PRÍAMO
Salvar a Héctor

CÓLERA SIN FIN

ANA GABRIELA GALLARDO SCHILL

gallardoschillgabriela@hotmail.com

Mi nombre es Ana Gabriela Gallardo Schill, soy estudiante de la Licenciatura en Letras, hermana mayor de dos pequeñitas, madre de un gato llamado Fellini y de una perrita dachshund llamada Mabel.

Soy de Médanos, partido bonaerense de Villarino, nací en el año 1996, un 5 de agosto. Nada más lindo que los años noventa. Viví ocho años en Buenos Aires, después volví a mi pueblo natal y, cuando comencé a estudiar, me mudé a Bahía Blanca, con una idea distinta a la de estudiar Letras: me inscribí en la Licenciatura en Turismo; después, como sentía que no encajaba del todo en esa carrera, opté por cambiarme a esta otra.

Desde mis doce años escribo composiciones sobre diversos temas, que originalmente siempre eran trabajos para mi profesora de inglés, Silvia. Ella siempre me incentivó a estudiar literatura. Y hoy, cada vez que me siento a escribir, pienso en ella y la tengo muy presente, aunque ya no esté.

El texto que leerán a continuación fue escrito durante el primer cuatrimestre del año 2017, cuando cursé la materia Cultura Clásica.

“Consultorio del psicólogo Buddy Rydell, especialista en tratamientos de la ira”, dice un cartel en la entrada del edificio.

Suenan los teléfonos simultáneamente. La secretaria del doctor Rydell trabaja a gran velocidad, atendiendo todos a la vez y haciendo pasar a los pacientes. Aquiles se impacienta, agarra una revista del revistero y lee los títulos: “50 enfermedades que se contraen debido a las emociones”, “El yoga y sus beneficios con los problemas de ira”, “Ira, una de las principales causas de las separaciones”. Deja la revista, mira el resto, las relojea y todas tienen títulos similares; cosa que lo impacienta más.

En eso, la secretaria lo desconcentra.

–Aquiles, ¿Pélida Aquiles?!

–Sí, ¡yo!

–Tesoro, hace cinco minutos que te estoy llamando.

–Sí, perdón.

Aquiles respira profundo y entra por la puerta al consultorio donde se encuentra el doctor, tratando de ignorar a la secretaria y de no cabrearse antes de tiempo. Rydell es bastante canoso. A sus cincuenta y cinco o sesenta y cinco años de edad, tiene cara de simpático. Ve entrar a Aquiles y sonrío al instante, deja su libreta a un costado, y se para a estrecharle la mano.

–Rydell, Buddy.

–Aquiles. Un gusto, doctor Rydell.

–No, por favor, el gusto es mío. Decime “Buddy”. Para que haya un ambiente más amistoso, es necesario que te sientas cómodo al charlar conmigo. Ayuda mucho en estos casos, y más cuando uno necesita desahogarse un poco.

–Buddy, entonces. Yo, por mi parte, prefiero que me diga Aquiles, los diminutivos me molestan mucho.

–Ajah, interesante.

Rydell hace un ademán para indicarle que se siente, vuelve a agarrar su libreta y comienza a escribir

–¿Qué escribís?

–Cosas.

Aquiles se impacienta.

–¿Qué cosas?

–Ah, imposible que te lo diga, ¡secreto profesional

Rydell sonrío, pero cuando ve la cara de pocos amigos de Aquiles se da cuenta de que se trata de un paciente con poco sentido del humor; y entonces le aclara.

–Como tu doctor, todo lo que me cuentes lo voy a ir analizando acá. Iré tomando notas, para estudiar tu caso y así poder ayudarte. Anoto todo lo relevante, para que me sirva de ayuda memoria, así cuando vengas la próxima vez no tengo que preguntarte siempre lo mismo, ¿te parece bien?

–Sí, ahora sí.

–Bien, Aquiles, estas acá por tus ataques de ira repentinos, ¿verdad?

–Sí, no los puedo controlar. Una vez murió un amigo por mi culpa... Bah, no fue mi culpa, pero contribuí con las Moiras para que eso pasara. Él fue a luchar en mi lugar, con mis armas, porque yo me enojé cuando me robaron mi botín, y les dije a los aqueos: “¡Ahora que vaya a pelear por ustedes Mengueche!”. Y... Nada, íbamos perdiendo, y el papafrita de Néstor le dijo a Patroclo, mi amigo: “Andá vos a convencer a Aquiles, porque a todos los otros que intentaron persuadirlo no les dio ni tronco de bola. Si a vos también te dice que no, pedile las armas y la armadura, así te hacemos pasar por él, y ahí los troyanos van a decir ‘Chau, abandonemos acá, porque si no *siamo fuori della copa*, Aquiles nos destripa a todos y a él nosotros le hacemos menos que un mosquito’. Entonces ganamos.” Y el banana de Patroclo le hizo caso. Y yo... Nada, otro banana más, le di las armas y le dije: “No te metas tanto en la lucha. Desde lejos tirales un par de cuchillazos, pero no te hagas el *superman*, si no te matan. No te quedes todo el día, andá un rato nomás, ni bien los troyanos se empiecen a ir, te venís.” ¿Usted piensa que me hizo caso? No, flasheó colores, arrancó a los espadachinazos, y duró menos que mi aguinaldo, un banana mal.

–Ajah.

Rydell sigue escribiendo. Aquiles lo mira. El doctor no acota nada, entonces sigue.

–Y... Nada, murió. Y ahora yo no tengo con quien tomar birras en la vereda, voy a los cumpleaños solo, no tengo nadie que me acompañe a comprar ropa. Mi mamá, por ahí, viene conmigo, pero es insoportable, piensa que tengo cinco años. El otro día me quiso comprar un jardinerito. Me iban a gritar de todo en la lucha: “Ehhh, cogote.” Ridículo, yo no lo usaba ni en joda. Y... Nada, lo extraño. Era como un hermano para mí, y me quedé solo.

Aquiles moquea y mira para otro lado, para disimular delante de Rydell. El doctor saca un tarro con pañuelitos.

–Llorá todo lo que necesites, para eso están los pañuelos. Todos en la primera sesión lloran, es normal, recién en la quinta o sexta sesión el llanto cesa, así que no te inhibas. Hace bien llorar, no está mal, al contrario, no llorar es una de las principales causas de la ira, porque se va acumulando demasiado; así que largá todo.

–Lloro porque me entró una basurita en el ojo, doctor. ¿Quién soy si no? ¿Mi tía? Ya estoy bien, creo que se me fue la basurita.

–Sí, la basurita. Bueno. Interesante.

– ¿Qué está escribiendo?

–No te puedo decir, es para mí esto. Pero, básicamente, para que no te enojés, estoy escribiendo acerca de tu alergia a las “basuritas”.

–Primero, que yo no me enojo; y segundo, que no tengo alergia, fue una sola vez.

–Primer síntoma de la ira: la negación.

–Bue, ponele... “Primir síntimi di li iri, nigiciín.”

– ¿Aquiles, te estás burlando?

–Nooooo, doc, para nada.

Aquiles revolea los ojos y trata de no enojarse con el doctor. Rydell ve este gesto y

vuelve a anotar.

–Va a seguir escribiendo todo.

–Sí, Aquiles.

–Es incómodo.

–Es necesario.

–Bue, ¿qué más quiere que le diga? Sigamos.

–¿Qué querés contarme?

–Ah, qué se yo, no se me ocurre nada.

–Bueno, vamos a hacer un ejercicio bastante fácil, que capaz te ayude a ir pensando algo, ¿te parece?

–Lo que diga, jefecito, ¿se puede fumar acá?

–¿Eh? No, Aquiles.

–Uh, ya lo prendí.

–Bueno, Aquiles, fumá en la ventana. Abrí bien, que no entre el humo, pero primera y última vez, ¿tamos?

–Sí, doc.

Rydell busca en una carpeta unas láminas, las pone arriba de la mesa y se las va señalando una por una a Aquiles.

–¿Qué ves acá?



–Agamenón, vestido de mina.

–Ajah, ¿y en esta?



–Agamenón, crucificado, y también vestido de mina.

–Bueno, está bien. ¿Y en esta?



–Agamenón, en el Hades, finado, duro como pan de un mes.

–Ehhhh, bueno, vamos a terminar con las imágenes.

–Pero era divertido.

–Sí, pero no veo que nos funcione con lo de tu ira. De todas formas, es un gran progreso, ¿que tal si la semana que viene venís otra vez? Una hora más, ¿qué te parece?

–¿Otra vez? Pensé que venía una vez y se me iba la ira, usted es una moneda de tres pesos, un beso de suegra. ¡Trucho! Yo me voy, esto es cualquiera.

–Aquiles, no. ¡Pará!

Portazo. La secretaria lo quiere frenar, pero Aquiles se va sin pagar. Rydell lo mira por la ventana y le grita.

–Pero andáááá. Sos insoportable, ya te van a matar a vos también.

MIRÁ QUIÉN HABLA

IARA GRAELLS

iaragraells@gmail.com

Me llamo Iara Graells (mi segundo nombre es Andrea pero nadie me dice Andrea), nací en Buenos Aires el 27 de Octubre de 1996 y crecí en Coronel Pringles. Soy estudiante del Profesorado y de la Licenciatura en Letras. Actualmente resido en Bahía Blanca.

El texto que leerán a continuación fue escrito durante el primer cuatrimestre del año 2015, cuando cursé la materia Cultura Clásica.

Reinaba un clima tenso, los troyanos se acercaban rápidamente a las naves aqueas, y a los guerreros les estaba resultando difícil detenerlos. Mi amo, el gran Aquiles, se encontraba junto a mí en la tienda, cuando Patroclo irrumpió dentro de ella bañado en lágrimas, alarmado (y con razón) por la situación de la guerra; los más fuertes habían sido heridos y no se encontraban en condiciones de pelear, dejando a los aqueos en una compleja situación. Acusó atrevidamente a mi dueño de implacable, despiadado y cruel, por negarse a combatir. Notablemente, este joven no tenía noción de la gravedad del ultraje que Agamenón le había inferido a mi buen señor. Luego de esta recriminación, Patroclo le pidió sus armas para combatir contra los troyanos. Armas entre las que me encontraba yo, por un lado en desacuerdo, ya que nunca había protegido a ningún guerrero que no fuera Aquiles, pero al mismo tiempo deseoso de guerra y de combate. Estaba seguro de que mi dueño iba a negarse rotundamente al pedido, pero, para mi sorpresa, aceptó con la condición de que el joven regresara luego de alejar a los troyanos de las cóncavas naves. Lo ayudó a vestir su armadura, y me acomodó para que no me cayera de su cabeza, a la que me costaba acostumbrarme. Acto seguido, Patroclo se dirigió al combate.

Orgullosa, vi cómo los enemigos huían de terror al verme a mí y al resto de la armadura en el cuerpo de Patroclo. Esta reacción de los troyanos me llenó de valor y de ansias por verlos derrotados. Vi de cerca la muerte de muchos de nuestros rivales a manos del joven aqueo, que insaciable de gloria se creyó capaz de tomar Troya con sus propias manos, convicción que lo condujo a su propia derrota. Vi claramente cómo fue detenido por el dios Apolo ante sus tres intentos de atravesar la muralla. En ese momento sentí que el guerrero estaba yendo más allá de sus límites, ignorando las recomendaciones del buen Aquiles, y quise que se detuviera y volviera a las naves. Pero fue imposible, ya que el muchacho estaba eufórico, asesinando a muchos de los troyanos, sin detenerse. En cierto modo, su manera de actuar me recordó mucho a mi original dueño, aunque, claramente, no era un accionar propio del joven Patroclo. En un momento, mientras el muchacho seguía atacando a los rivales, sentí un fuerte golpe, que me hizo salir expulsado de su cabeza. El impacto me dejó aturdido por un instante. Me encontraba desplomado en el suelo. Nunca me había sucedido tal cosa, Aquiles jamás me había perdido en combate, no conocía la tierra y la suciedad que ahora me cubrían. A pesar de mi escaso ángulo de visión, logré reconocer el cuerpo agonizante de mi reciente portador tendido en la tierra, y también a Héctor, a punto de matarlo, no sin que antes Patroclo le profetizara su próxima muerte a manos de mi amo. Después de esto, el guerrero troyano me levantó del suelo, llevándome consigo mientras avanzaba entre los suyos, alejándome del inmóvil cuerpo aqueo caído en combate, y dejándome con la certeza de que el gran Aquiles volvería a luchar para recuperarme, para matar al insensato troyano y, de ese modo, poder vengar la muerte de su amigo.

AQUILES, EL DE LOS PIES TANGUEROS

ANA KARLA GUIDI

anakarla.guidi@gmail.com

Nacida en la ciudad de Bahía Blanca. Hija mayor de cinco hermanas mujeres. Desde su infancia, el arte la música y el baile eran sus pasiones. Estudió danza clásica en la Escuela de Danza de Bahía Blanca desde sus siete años hasta los dieciséis, cuando un accidente de factura expuesta le impidió continuar sus estudios como bailarina. Ese año, entre muletas, terminó el secundario en el Colegio Claret, y decidió continuar por el lado artístico. Esta vez, estudiando Arquitectura. En el año 2000, ya era egresada de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Ciudad de Mar del Plata. Ella siempre respondía a la pregunta: ¿Qué deseás ser cuando seas grande?, ¡¡¡ACTRIZ!!! Por esa razón, siempre estuvo entre bambalinas, estudiando teatro en el Rectorado de Mar del Plata y en la Escuela de Provincial de Teatro de Bahía Blanca. Comenzó la Tecnicatura en Interpretación Coreográfica de Tango, en la misma Escuela de Danza que la recibió en sus inicios. Estudió en el Conservatorio de Música de Bahía Blanca. Y también tomó clases particulares de varios instrumentos, como violín y batería. Sus ansias y pasión por el saber la llevaron a inscribirse en la carrera de Licenciatura en Letras, y es allí donde pudo vivir la experiencia de escribir este trabajo que hoy, con mucho amor, está en tus manos.

El texto que leerán a continuación fue escrito durante el primer cuatrimestre del año 2017, cuando cursé la materia Cultura Clásica.

Los inmigrantes guardaban los conventillos. De Los compadritos porteños se había enseñoreado el monstruo Pánico, y los más valientes estaban agobiados por insufrible pesar; así como el viento Sur y las negruzcas olas del Río de la Plata se levantan y arrojan algas, de igual modo les palpita a los bravucones el corazón en el pecho.

El cafisho Agamenón se levantó llorando y, despidiendo hondos suspiros, habló así a los demás: “¡Amigos, compadres! En grave infortunio me envolvió el espíritu milonguero. ¡Cruel! Me prometió que tomaríamos el territorio porteño, sus callecitas, sus tres esquinas, sus salones de café, su *qué sé yo, viste...* Y todo ha sido un funesto engaño, pues ahora me manda regresar al cabaret, donde debemos permanecer escondidos.”

El Anciano Néstor, cuya opinión era considerada siempre la mejor, decidió aconsejarlo y, arengándolo con benevolencia, así le habló: “¡Maipiolo Agamenón! ¡Proxeneta Padrote! Por ti empezaré y por ti acabaré, ya que dominas sobre muchos hombres, y el espíritu milonguero te ha dado cetro y leyes para que mires por los súbditos. Te diré lo que considero mejor. ¡Oh, vástago del espíritu milonguero! Desde que, contra mi parecer, te llevaste a la joven Briseida de la casona del Guapo y Malevo Aquiles, el de los pies tangueros, gran empeño puse en disuadirte, pero venció tu ánimo fogoso, y menospreciaste a un fortísimo varón, honrado por los Dioses del tango, arrebatándole la recompensa que todavía retienes. Veamos ahora si podemos aplacarlo con grandes presentes y dulces palabras.”

Le respondió el cafisho Agamenón: “No has mentido, anciano. Obré mal. Ya que le falté el respeto, dejándome llevar por la funesta pasión, quiero aplacarlo, y le ofrezco la siguiente multitud de espléndidos presentes que voy a enumerar. Siete asadores no puestos aún al fuego, diez Rolex de Oro, veinte salamandras de hierro fundido, y doce yeguas preñadas por sementales árabes puros. Le daré también siete mujeres lesbianas, hábiles en hacer ‘cosas de esas’. Con ellas le entregaré a su Madama Briseida, la que le he quitado, y juraré solemnemente que jamás la incité a obtener beneficios económicos mediante el ejercicio de la prostitución. Todo esto se lo daré enseguida, mas si los Dioses del Tango nos permiten tomar la porteña Buenos Aires, también cargaré adoquines para el umbral de su porche, y que elija para sí a las veinte inmigrantes más hermosas que haya, después de la Chiqui Legrand. Y ya que estoy bondadoso, también le entregaré a una de mis tres hijas. Ofrezco darle, además, siete partidos del conurbano bonaerense: Adolfo Gonzales Chaves, Alberti, Almirante Brown, Arrecifes, Avellaneda, Campana y Bragado, la poblada de gauchos y ganado Hereford, de Aberdeen Angus y de vacas Holando argentinas. Todo esto haría yo, con tal que él depusiera la cólera.”

Contestó entonces Néstor: “¡Glorioso Proxeneta! ¡Cafisho Agamenón! No son despreciables los regalos que le ofreces al Guapo y Malevo Aquiles, el de los pies tangueros. ¡Ea!, elijamos varones que vayan a la casona de Périda para convencerlo. A Fénix, amigote del espíritu milonguero, que será el jefe; al Altillero Ayax y al chambón de Odiseo, acompañados por los Agalludos Odio y Euríbrates. ¡Que el espíritu milonguero se apiade de nosotros!”

Cuando hubieron llegado a la casona del Guapo y Malevo Aquiles, lo encontraron cantando tangos frente a Patroclo, con su guitarra. Entraron aquellos, precedidos por Odiseo, y se detuvieron delante de él. Boquiabierto se alzó Aquiles del asiento

sin quitarse el sombrero. Y Patroclo, al verlos, se levantó también, pero sin dejar su guitarra. Aquiles, el de los pies tangueros, les tendió la mano y así les habló: “¡Ah, la pucha!! ¿Qué los trae por estos lares? Aunque esté mufado, siempre me son queridos mis compadres todos.”

En un santiamén, se organizó un asado. Aquiles cortó la carne, la clavó en el asador y le ordenó a su amigo Patroclo que hiciera las ofrendas a los Dioses del tango. Una vez concluido el asado, cuando hubieron satisfecho el deseo de comer y de beber, Áyax le hizo una seña a Fénix, y Odiseo, al advertirlo, llenó su copa y así brindó por el guapo y malevo Aquiles, el de los pies tangueros: “¡Salud, malevo! Hemos venido a suplicarte que te presentes en la porteña ciudad, a fin de que te revistas de valor y luchemos por avanzar sobre el territorio porteño, sus callecitas, sus tres esquinas, sus salones de café y su *qué sé yo, viste...* El Espíritu milonguero relampaguea, haciéndoles favorables señales a los inmigrantes. Mucho teme mi alma que los dioses cumplan sus amenazas, y nuestro tango se nos muera en el cabaret.”

Le respondió entonces Aquiles, el de los pies tangueros: “Creo que ni el cafisho Agamenón, ni los compadritos porteños lograrán convencerme, ya que para nada se agradece el combatir siempre y sin descanso contra el enemigo. Les canto mi respuesta: *Que el mundo fue y será una porquería, ya lo sé, / en el quinientos seis y en el dos mil, también. / Que siempre ha habido chorros, maquiavelos y estafaos, / contentos y amargaos, valores y doblés. / Lo mismo recompensan ser derecho que traidor, / ignorante, sabio o chorro, generoso o estafador... / ¡Todo es igual!, ¡Nada es mejor!, Lo mismo un burro que un gran profesor. / Díganselo públicamente a Agamenón: Sus presentes me son odiosos. No voy ni mamao”.*



INSULTOS VAN, INSULTOS VIENEN, LOS AQUEOS SE ENTRETENEN

ARIEL SANTIAGO MARCONATO

arielmarconato1984@hotmail.com

Nací el 10 de abril de 1984, o eso me han dicho. Ese día, o cualquier otro, me dieron el nombre de Ariel Santiago Marconato. El lugar donde ocurrieron estos eventos fue la provincia de Buenos Aires. Mi familia se mudó a la ciudad de Bahía Blanca cuando tenía yo catorce años. Desde entonces, he realizado un sinfín de trabajos, entre los cuales el de estudiante es, con toda certeza, el único que ha demostrado tener algo para ofrecer en el campo de la propia felicidad. Llevo a cabo el ejercicio de tan grato derecho cursando el Profesorado en Letras que ofrece la Universidad Nacional del Sur.

El texto que leerán a continuación fue escrito durante el primer cuatrimestre del año 2015, cuando asistí a las clases de la materia Cultura Clásica.

Hacía ya casi nueve años contados
que los troyanos estaban sitiados.
Nueve años hacía que, buscando a Helena,
acampaban los griegos en la arena.
Aburridos como estaban, los guerreros
asaltaban, de pronto, un pueblo entero.
Buscando riquezas, honor y placeres
a punta de espada robaban mujeres.
Y llevándolas, llorando, al campamento,
se las repartían según el estamento.
“¡Qué calamidad!”, gritaban las damas,
mientras que los griegos armaban las camas.
Entre todas ellas, había una esclava
que alzaba las manos y al cielo clamaba:
“No me alejen de papi, que soy hipertensa.
¿No ven que no sirvo como recompensa?”
Se llamaba Criseida y estaba aterrada
porque a Agamenón había sido entregada.
Su terror estaba más que bien fundado:
aquel rey era un soberano malvado.
No alcanzarían todos nuestros versos
para ir describiendo sus rasgos perversos.
Solo un par de cosas les voy a contar,
porque hablar de más me haría ruborizar.
Su principal defecto era el orgullo,
metía la mano en todo chanchullo.
Sin preocuparse por quiénes hería,
insultaba y maltrataba al que quería.
No sabía entonces, aún, el muy ruin,
que iba a sufrir tanto por ese botín.
A poco de haber secuestrado a la chica,
ya tiene ante sí al padre que suplica:
“Gran rey, noble aqueo, mira te he traído
regalos, dinero... Serás complacido.
Acepta la generosa recompensa
y podrás vulnerar la troyana defensa.
Pido solamente, rey Agamenón,
volver con Criseida, cara a mi corazón.”
Pero era tan cruel aquel rey de reyes,
que no le importaban ni un poco las leyes.
Y así fue como, escupiéndolo al anciano,
exclamó sin piedad aquel ruin soberano:
“Mira, estoy de humor, viejo maloliente,
que, si no, te bajaba hasta el último diente.
Vuélvete a tu casa, viejo y solitario,
porque de tu hija soy el propietario.”

Para darme placer vivirá de hoy en más,
pertenece a mi casa y ya no la verás.”
Solo un rey tan malvado y arrogante
le daría a un pobre viejo trato semejante.
Sin duda fue triste, triste y lamentable
verlo maltratado siendo venerable.
Pero es también importante que noten
que además de viejo era sacerdote.
Ejerciendo afanos, robos y acomodados,
servía en el templo del terrible Apolo:
ese mismo dios al que llaman los viejos
sin vacilación “el que hiere de lejos.”
Un día tras otro, nueve días seguidos,
los llantos y gritos fueron sostenidos,
pues sobrevolaba las tropas deshechas,
la furia implacable del dios con sus flechas.
Apolo, ofendido, esparcía enfermedades
llenando de almas las profundidades.
Más que preocupado ante tantas muertes,
Aquiles, de todos, sin duda, el más fuerte
a los héroes griegos reúne en asamblea
donde se dialoga, comenta y matea,
para resolver, cueste lo que cueste,
cómo deshacerse de esa aciaga peste.

Aquí, de la vida del guerrero Aquiles
las musas me insisten: “Homero, deciles,
cómo por ser hijo diosa y de humano,
su doble destino fue profetizado:
o moriría anciano, rodeado de hijos,
(pensaríamos todos, ¡vaya regocijo!)
o, en cambio, marchar a la guerra podría
y, al morirse joven, fama ganaría.”
Inútil será que entonces les cuente
cuál de ambas opciones fue la preferente.
Muchos siglos lleva Aquiles ya muerto,
y su nombre vive aún en este cuento.

Sabios y adivinos la asamblea consulta,
por la voluntad de los dioses oculta.
Sostiene Calcante, de pie y temeroso,
ante el auditorio griego silencioso:
“No se encuentra ofuscado el dios Apolo
por un sacrificio, rezo o protocolo.
Ha sido la injuria al viejo sacerdote
la razón que trajo tan terrible azote.

Oye atentamente, rey Agamenón,
ya es hora de hacer la restitución.
Cuando la hija sea al padre entregada,
verás cómo el dios se nos desenfada.”
No le gustó esto al rey, que veía
nacer el comienzo de una rebeldía.
¿Dónde habrás visto tamaño descaro?
¡¡Irrle justo a él con ese reclamo!
Se indigna y entonces, con furia sin par,
al pobre Calcante le empieza a gritar:
“Preparadme, vamos, pronto otra mujer,
pues si algo no puede jamás suceder
es que, entre todos los griegos, yo solo
me vaya a quedar sin ningún tesoro.”
Entonces Aquiles, con una sonrisa,
dice: “Gran rey, mira, se siente en la brisa,
que no falta mucho para la victoria
y que tu riqueza ya es más que notoria.”
Tras tan largos años intensos de lucha,
suena hasta gracioso lo que ahora se escucha.
Harto ya de tantas bromas a su cuenta,
dice Agamenón, que está que revienta:
“¡Cansado me tienen ya con ese tema
llévense a Criseida y fin del problema!
Tomaré a cambio, Aquiles, tu recompensa
para que así aprendan todos de tu ofensa.
Briseida, la esclava que espera en tu tienda
será mi trofeo en esta contienda.”
Entonces, al ver cómo viene la mano,
se levanta, raudó, Néstor el anciano,
locuaz guerrero al que incluso los viejos
llaman hace rato “el que aburre de lejos.”
Generando diversos bostezos constantes,
les dice que hombres eran los de antes,
que el clima, a su vez, ha cambiado mucho,
que Aquiles se abrigue y que están muy flacuchos.
Ya medio cansados de oír el sermón,
llevan, con respeto, al viejo a un rincón.
Se debatía Aquiles, en el entretiem po,
para ver si su actuar sería o no cruento.
Y hubiera perdido el rey la cabeza,
de no haber salvado Atenea a su alteza.
La diosa, con un certero chancletazo,
lo frenó a Aquiles de un topetazo:
“Calmate, campeón, te pasás de violento.
Y si lo matás, no hay más argumento.

Mejor consejo que el que ahora te doy
no creo que encuentres el día de hoy.
Relájalo a insultos de arriba hasta abajo,
mas no lo revientes todavía de un tajo.
Niégate a pelear hasta que veas
peligroso fuego en las naves aqueas.
Entonces verás cómo viene a buscarte
el ejército griego listo para honrarte.”
Así lo hizo Aquiles, dejando el combate,
hasta que rogaron por que los rescate.

CONSTERNADOS, RABIOSOS

GABRIELA ANDREA MARRÓN

marron.gabriela@gmail.com

Nací un 25 de febrero de 1981, en la ciudad de Bahía Blanca. Realicé el Profesorado, la Licenciatura y el Doctorado en Letras en la Universidad Nacional del Sur, la misma institución en la que, desde el año 2011, doy clases como auxiliar docente en las cátedras de Lengua y Cultura Latina I y de Cultura Clásica. Me gusta mucho traducir, me pasaría la vida traduciendo, aunque no cualquier cosa, claro, lo que más disfruto es traducir textos que por alguna razón me conmueven y deseo compartir con aquellos que no pueden leerlos en la lengua en la que originalmente fueron escritos. También me apasiona la docencia: estoy convencida de que intentar preparar una buena clase es la mejor manera de estudiar y de aprender algo, porque no se puede enseñar lo que no se conoce. Desde hace algunos años, el CONICET me paga por investigar las obras de un autor latino llamado Draconcio, que escribió en el norte de África durante la dominación de los vándalos, en el siglo V de nuestra era. Una de sus composiciones poéticas, titulada *El rapto de Helena*, podría haber formado parte, tranquilamente, de esta antología. Algunos críticos dicen que las obras de Draconcio son ejercicios retóricos de aprendizaje, propios de la formación escolástica; otros sostienen que son, simplemente, obras literarias tan válidas como cualquier otras. ¿Adivinen con quiénes estoy de acuerdo yo?

El texto que leerán a continuación fue escrito durante el primer cuatrimestre del año 1999, cuando cursé la materia Cultura Clásica. No respondía a ninguna consigna propuesta por la cátedra. Lo escribí porque tenía ganas nomás.

*aunque esta muerte sea
uno de los absurdos previsibles*

Mario Benedetti

Aprendimos a quererte
desde la histórica *Iliá-da*
donde tu cólera brava
le puso precio a la muerte.

*Aquí-les, queda bien clara,
la terrible consecuencia,
de la areté despreciada,
comandante, que vengaras.*

Tu mano gloriosa y fuerte
ante Agamenón se frena,
cuando Palas Atenea
baja del Olimpo a verte.

*Aquí-les, queda bien clara,
la terrible consecuencia,
de la areté despreciada,
comandante, que vengaras.*

Viene Patroclo con prisa,
te enternece su bravura,
y se lleva tu armadura
con la luz de su sonrisa.

*Aquí-les, queda bien clara,
la terrible consecuencia,
de la areté despreciada,
comandante, que vengaras.*

Su amor revolucionario
conduce fallida empresa
y cae bajo la firmeza
de Héctor, el mejor contrario.

*Aquí-les, queda bien clara,
la terrible consecuencia,
de la areté despreciada,
comandante, que vengaras.*

Se acercan los funerales,
tu Patroclo amado ha muerto,
y vas arrastrando el cuerpo
de Héctor por los arenales.

*Aquí-les, queda bien clara,
la terrible consecuencia,
de la areté despreciada,
comandante, que vengaras.*

La guerra sigue adelante,
flecha el talón tu destino...
Y con Áyax te decimos:
Hasta siempre, comandante.

*Aquí-les, queda bien clara,
la terrible consecuencia,
de la areté despreciada,
comandante, que vengaras.*



LA MUERTE DE PATROCLO

ROCÍO MELISA MATAMALA

rossio2010_mp@hotmail.com

Rocío Melisa Matamala nació en Bahía Blanca, provincia de Buenos Aires, en 1994. Actualmente cursa la carrera de Profesorado en Letras en la Universidad Nacional del Sur. Es lectora aficionada de las historias de terror y fantasía. Ha participado con sus escritos en las antologías *Mal criados* (2015) y *Peste rosa* (2016), publicadas por la editorial Bonaerense Pelos de Punta.

El texto que leerán a continuación fue escrito durante el primer cuatrimestre del año 2016, cuando cursé la materia Cultura Clásica.

Ante todo existió el Caos
Hesíodo

1. Previo a la muerte

Cuando Héctor advirtió que el magnánimo Patroclo se alejaba herido por el agudo bronce, fue en su búsqueda. Al alcanzarlo, le clavó en el bajo vientre la brillante lanza, que pasó de lado a lado; y el héroe cayó con estrépito.

—¡Patroclo! Sin duda esperabas destruir nuestra ciudad, llevarte a nuestras mujeres como esclavas y despojar a nuestros hijos de sus padres. ¡Infeliz! Ahora serás alimento de aves carroñeras y hambrientos perros. Ni siquiera el divino Aquiles, que se jacta de su valentía, ha venido a socorrerte, aunque debería estar en tu lugar muriendo, herido por mi lanza. —Lo injurió el héroe troyano.

—¡Héctor! Habla ahora que los dioses te han ayudado, quitándome la armadura de los hombros después de que me hiriera primero Euforbo; de otra manera no te hubiera sido fácil derrotarme. Otra cosa voy a decirte, que guardarás en tu memoria. Tú también morirás pronto, la parca lo anuncia, morirás a manos de Aquiles. —Respondió Patroclo en un último esfuerzo. Y la muerte lo cubrió con su oscuro manto y el alma se le escapó por la herida y descendió al Hades.

2. Del otro lado

Primero lo invadió un sopor tan poderoso que creyó caer para siempre en la oscuridad. Luego la muerte lo sorprendió, despertándose del otro lado, en medio de la niebla, con un segundo cuerpo, más liviano y perfecto que el que acababa de dejar. Se incorporó y caminó sin prisa por una superficie plana, rodeado por la espesura del nuboso ambiente.

Ya no existía el ruido de la guerra, ni el brillante sol, ni la luz de los astros que iluminan la noche, ni el latido de su corazón. No existía en él nada de lo que una vez fue su vida. El fragor de un río, que se hacía cada vez más presente, lo acompañaba. Y pronto llegó a sus oídos el rumor de sollozos intermitentes. La neblina se dispersaba a su paso, permitiéndole ver unos metros más allá de sus ojos y distinguir algunas figuras atenuadas que se movían, inquietas, detrás de ese manto blanco, húmedo e ingrátido.

Muchas almas había en ese lugar, y rondaban siempre a orillas del río. La ligereza de sus espectros, imitando los cuerpos que una vez ocuparon, provocaba movimientos gráciles y siniestros.

No sabía a dónde se dirigía, pero el ahogado sonar de sus pisadas lo guiaba con el mismo instinto que una vez lo invadió durante la funesta guerra.

3. La cueva

Casi de inmediato, llegó al pie de un acantilado, dónde una grieta dejaba paso al caudaloso río. Se asomó y vio que el agua se estancaba en una especie de bóveda, formando una laguna interna; la quietud reinante la hacía parecer un gran espejo. La luz de un fuego inextinguible, proveniente de una abertura en una de las paredes, apenas iluminaba la entrada de la cueva.

Sentía una necesidad indecible de seguir adelante.

Apenas pisó el agua, recordó el hambre, el sueño, el frío, la fatiga, el dolor punzante e interminable que le causó la afilada punta de bronce que lo mató, los sonidos horrendos de la guerra, el dolor de ver morir a los que amaba, sin poder ayudarlos y... a Aquiles. Entonces fue consciente de que nunca más volvería a verlo, ya no entrenarían juntos y nunca más escucharía su voz exhortándolo a ser valiente en los momentos justos, ni escucharía tampoco el eco de sus palabras, pidiéndole que, una vez que los troyanos retrocedieran, regresara a las naves a ponerse a salvo. Retiró el pie del agua, que quemaba como si fuera fuego.

4. Caronte

Patroclo descubrió que no podía llorar, pero la amarga tristeza que sentía era muy real.

–Al menos fuiste útil en tu primera y última aventura. –Dijo una voz profunda e inquietante.

Una pequeña balsa surgió de la profundidad, transportando una figura que quizás fuera humana. La barca se acercó hasta la orilla, y Patroclo pudo observar el horrible rostro de Caronte.

–¿Te inquieta mi aspecto, querido huésped? Quizás preferirías verme con un rostro poco más... familiar. –Entonces, el barquero levantó una mano gris y huesuda, con largos dedos y afiladas uñas, la apoyó en su cara y, cuando la retiró, se había transformado en una imagen perfecta de Aquiles, tan perfecta que resultaba casi perversa.

–Tu cuerpo aún está del lado de los vivos. No traes el pago para mí y no puedes pasar. – Le dijo.

–Déjame pasar, barquero. Muchas almas han ganado el inframundo por mi causa y muchas otras lo ganarán porque aquí me encuentro. Aquiles, el de los pies ligeros, vengará mi muerte muy pronto. –Rogó Patroclo.

–Un óbolo es lo que vales para mí, no importa quién hayas sido, llegaste al inframundo sin el pago que debes a quien transporta las almas a través del río. –Le respondió el barquero.

Patroclo, que no aceptaba un no por respuesta, intentó subirse a la pequeña balsa, pero Caronte, enfurecido por su descaro, adoptó la forma de un gigantesco y feroz monstruo con cuernos en sus sienes y lo expulsó, con fuerza, fuera de la cueva.

5. Hermes

Las turbulentas aguas del río hubieran sumido al héroe aqueo en el horror de los pesares humanos, si en pleno vuelo no lo hubiera atrapado Hermes, el mensajero de los dioses.

Sobrevolaron la superficie. El resplandor y la velocidad del dios dispersaron la densa niebla y, así, Patroclo pudo ver la cantidad de almas que vagaban sin rumbo.

–Las almas que ves están condenadas a cien años de espera por haberse encontrado una vez en tu situación. –Explicó el dios de los ladrones, al mismo tiempo que am-

bos descendían y aterrizaban junto al árbol de cenizas, cuyas raíces se nutrían del eterno sufrimiento de los que no lograron pasar la antesala del inframundo.

–No quiero quedarme en este lugar... –Dijo Patroclo, muy conmovido, y después preguntó: –¿Se está solo por toda la eternidad?

El dios, que intuyó sus pensamientos, le respondió: –Si los huesos de dos almas diferentes son enterrados juntos, una vez muerto el primero de ellos, el segundo se reencontrará con él de inmediato cuando también muera. –Sus palabras encendieron la esperanza del héroe. Aunque era prematuro pensar en volver a ver a su queridísimo compañero, porque él aún era un alma errante y Aquiles no había muerto.

El dios mensajero continuó: –La única entrada y salida de este mundo se encuentra río arriba, un poco más allá. No recuerdas haber pasado el túnel porque aún estabas dormido. Si logras pasar a Cerbero, si bien tu alma no sobrevivirá mucho en el mundo de los vivos, porque ya no pertenece allí; te irás desvaneciendo y pronto estarás de regreso. Una vez que hayas pasado la entrada, aparecerás en el mismo lugar en el que dejaste de existir. Encuentra a Aquiles, él tiene tu cuerpo. Yo no puedo ayudarte a atravesar la puerta de bronce que separa ambos mundos, pero sí puedo hacer que Aquiles pueda verte y escucharte. –Así dijo, y desapareció.

Patroclo no esperó un segundo más y comenzó a caminar en la dirección indicada. Después de unos metros, comenzó a ver las almas que recién despertaban, en dirección a la cueva de Caronte.

El camino se volvía más claro con cada paso, hasta que la niebla desapareció y reveló el túnel que comunicaba ambos mundos. Una sensación de temor lo invadió, al contemplar la oscuridad que reinaba dentro.

6. El túnel

Con la oscuridad en los ojos y la sensación de estar siendo observado, Patroclo avanzaba por el túnel con paso dudoso. El brillo de su espectro se iba apagando a medida que se adentraba más y más.

Escuchó una serie de gruñidos provenientes de todas partes, lo invadió el frío y avanzaba con temor, porque en el túnel aún estaban mezcladas las sensaciones de los mortales hombres.

De pronto, comenzaron a aflorar centenares de almas, portando un atenuado brillo que iluminaba el túnel, entre las que reconoció a varios guerreros troyanos, por las armaduras que vestían.

Iban dormidos.

7. Cerbero

Patroclo sintió detrás el agitado respirar de alguna criatura. Se dio vuelta, con el miedo apoderándose de toda su alma, y sintió en su rostro el tibio aliento de Cerbero, cuyas tres cabezas custodiaban el túnel. Sus patas tenían el tamaño de la cabeza de un hombre, poseía marcados músculos, sus rabiosos hocicos mostraban afilados dientes, y sus ojos parecían carbones encendidos. Sin tardar, comenzó a correr a gran velocidad, esquivando almas.

El gigantesco animal, de pelaje negro como la noche, desapareció de su vista. Cuando creyó que ya no lo perseguía, se detuvo y observó con horror cómo Cerbero se dividía en tres feroces perros. Dos se apostaron a ambos lados de Patroclo, y el tercero lo corría por detrás, obligándolo a seguir su camino en línea recta, cosa que se hacía difícil porque también debía cuidarse de no importunar el sueño de los recién llegados. Patroclo corría casi sin poder esquivar las almas. El perro a su derecha trepó por una de las paredes y corrió, sin dificultad, cabeza abajo por el techo del túnel, adelantándose a Patroclo, cayó frente a él y apenas pudo detenerse. Los otros dos perros se unieron al primero y Cerbero volvió a ser uno, amenazando al héroe ante cada paso.

Un alma pasaba dormida a su lado en ese momento, vistiendo una armadura con su espada: era el alma del príncipe de Troya, Héctor.

No lo pensó dos veces y le quitó la espada, despertando violentamente al alma del hijo de Príamo, que dio un alarido aterrador. Su apacible espectro plateado devino de un furioso color naranja, y en seguida desapareció tras una llama de fuego azul. Varias almas se perturbaron y se revolvían nerviosas. Antes de que Cerbero se ocupara nuevamente de él, Patroclo lo hirió con la espada en una de las patas, pasó por debajo del gigantesco can y logró atravesar la puerta de bronce casi volando.

8. Mientras tanto, en el mundo de los vivos

Los reyes aqueos llevaron a Aquiles, que tenía el corazón afligido por la muerte de su compañero, a la tienda de Agamenón, rey de Argos, quién envió a algunos heraldos a poner un trípode al fuego, por si el héroe quería limpiarse la sangre y el polvo que traía de la guerra. Pero Aquiles se negó y dijo: –¡No, por Zeus! No es justo que mi cuerpo goce del agua tibia, hasta que haya puesto el cadáver de Patroclo en la pira y le rinda las honras fúnebres que se merece; porque nunca más mi corazón sentirá un pesar tan grande, mientras me encuentre entre los vivos. Ahora continuemos con el triste banquete. Al amanecer, recolectaremos leña y pondremos el cadáver de Patroclo en la cima, para que el fuego infatigable lo consuma por completo. –Así dijo. Y en las próximas horas, todos saciaron su apetito con carne y bebida. Los soldados se dirigieron a sus tiendas a descansar, pero Aquiles se quedó en la orilla del mar dando lastimeros suspiros, acompañado por algunos mirmidones, hasta que pronto el sueño lo venció.

Mientras Aquiles dormía, Hermes, el que posee aladas sandalias, quitó de sus ojos la niebla que le impedía ver las almas del reino de Hades, y le concedió el don, efímero, de poder comunicarse con ellas.

–¿Duermes, Aquiles, te has olvidado de mí? Me cuidabas tanto cuando me encontraba vivo y ahora que he muerto me abandonas. Entiérrame cuanto antes, para que pueda atravesar las puertas del Hades, pues Caronte no me ha dejado cruzar el río para recibir mi juicio, y me encuentro vagando en los alrededores, en la antesala del inframundo. Te suplico que me des tu mano, pues ya no volveré del Hades una vez que hayas quemado mi cuerpo y enterrado mis huesos. El hado ha deparado para ti un final, y te diré otra cosa: si quieres complacerme, encarga que entierren tus huesos junto a los míos, para que no nos separemos en la muerte, pues nos criamos juntos y no quisiera distanciarme de ti.

–Cumpliré de inmediato lo que me pides. Ahora ven y abrázame por un instante, para saciar mi tristeza... –Pero el alma de Patroclo se desvaneció, descendiendo de nuevo al Hades, y dejando al divino Aquiles con los brazos tendidos.

9. Segundo descenso al Hades

Al descender Patroclo a la antesala del inframundo, se encontró con una atmósfera terrible. El caos reinaba.

La puerta de bronce yacía destruida, el río Aqueronte estaba desbordado y las almas solitarias y vagabundas proferían terribles gritos al ser alcanzadas por el agua del río. Las imágenes de los difuntos que recién ingresaban se encontraban sumidas en las más terribles pesadillas. Cerca de la cueva estaba Caronte, luchando contra Cerbero que, herido en una de sus patas, se encontraba fuera de control.

LOS AQUEOS (BOX CLUB)

AURELIA MITRE

aure_226@hotmail.com

Soy Aurelia Mitre, nací en Bahía Blanca el 12 de enero de 1997, y viví en Salliqueló hasta los 17 años, cuando me mudé a La Plata, donde estudié Artes Audiovisuales en la Universidad Nacional de La Plata, para especializarme en fotografía. En el año 2016 decidí volver a mi lugar de nacimiento, y la Universidad Nacional del Sur me abrió las puertas. Allí curso actualmente la Licenciatura y el Profesorado en Letras.

El texto que leerán a continuación fue escrito durante el primer cuatrimestre del año 2016, cuando cursé la materia Cultura Clásica.

Febo asomaba aquella tarde, tímido entre las rejas negras, dejando entrever pequeñas roturas y grietas en las paredes sin revocar, además de alguna que otra tela de araña en los rincones.

“Los Aqueos”, club y escuela de boxeo, conservaba aún una vitrina que orgullosa exhibía, además de polvillo, algunos trofeos. Frente a ella, una pared sostenía fotos en blanco y negro de esbeltos boxeadores que habían logrado títulos y reconocimientos importantes representando al club, llevándolo a la gloria en otros tiempos.

Desde el pasillo llegaban voces roncadas. Era una conversación proveniente del área donde estaba ubicado el ring. Se trataba de Néstor, boxeador retirado y jubilado, discutiendo con el entrenador y manager del club, Agamenón.

Néstor: –Vos haceme caso... Escuchá lo que te digo, mirá que yo tengo experiencia. Este club se viene abajo y ese chico es la única oportunidad que tenemos para conseguir un título, ¿No vas a dar el brazo a torcer?

Agamenón: –No te la agarrés conmigo, viejo... Yo no hice nada. El pibe se hace rogar como si fuese el único boxeador del barrio. ¿Vos qué proponés? Yo no voy a andar chupándole las medias, eh...

Néstor: –Yo te aconsejo que mandés a los compañeros a buscarlo, que le ofrezcas unos pesos para que se compre guantes nuevos, o algún regalo, qué se yo. Hay que convencerlo de que pelee otra vez para el club. Sin Aquiles, esto se viene abajo. Vos ya sabés, en estos tiempos no abundan buenos boxeadores jóvenes, y el chico este tiene algo especial, recordá lo que digo...

Agamenón: –Te voy a hacer caso, está bien... Pero es el último intento. Si no quiere, él se lo pierde.

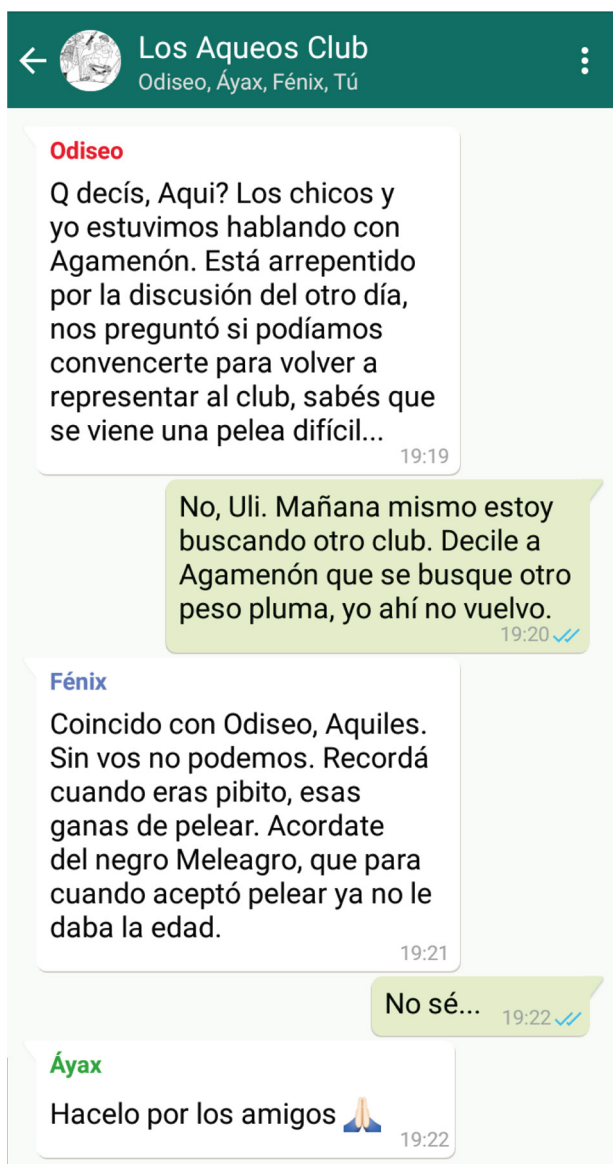
Con los pies cansados, Agamenón camina hasta la cocina del club, pone la pava en el fuego y repasa la conversación que recién tuvo con Néstor. El viejo tiene razón, piensa para adentro. Si el pibe no pelea, el club se viene abajo. Los demás boxeadores son buenos, sí... Odiseo es inteligente, es astuto, pero no se le compara... Ni siquiera Patroclo le llega a los talones, y mirá que pone huevo. No. Nadie tiene la fuerza, ni la velocidad de Aquiles. No de gusto lleva como apodo “El de los pies sobre el ring ligeros”.

Sin percatarse de que el agua ya arañaba el punto de ebullición, sacó el celular, lo llamó a Odiseo, y le pidió que se acercara al club porque que tenía que hablar con él. Además, le dijo que, si podía, les avisara también a Fénix y Áyax.

Pasado un rato, los tres convocados se presentaron en el club, acatando las órdenes del entrenador.

Agamenón les comentó la situación, y también lo charlado con Néstor. Les aclaró que sin Aquiles no iban a ganar ningún título, ni mucho menos la pelea de fin de año, que era la más importante. Que sí, claro que él estaba enojado. ¿Quién se cree ese pibe, Muhammad Ali? Pero bueno, que lo necesitaban y punto.

Así que, después de cebarles algunos mates con la yerba quemada, les pidió que hablaran con él, porque con la excusa de que eran sus compañeros, seguro Aquiles les iba a hacer más caso a ellos. Y los tres se fueron del club, prometiendo que se iban a ocupar de escribirle a Aquiles.



Dos días después, se hallaba el entrenador, impaciente, recorriendo el club, preocupado, con la mirada al piso y una actitud reflexiva; como quien ya ha perdido todas las esperanzas y no encuentra salida alguna a la situación. Cuando, de repente, un ruido lo hizo levantar la vista, la puerta se abrió, y allí estaba él. El Périda, el de los pies sobre el ring ligeros, ingresando lentamente por la puerta principal.

La salvación de Los Aqueos había llegado.

LA *ILÍADA* EN TRES ACTOS

AILÉN MOYANO

ailu.moyano@hotmail.com

Mi nombre es Ailén Moyano, tengo 19 años y nací en Bahía Blanca. Estoy inscripta en el Profesorado y la Licenciatura en Letras, y actualmente me encuentro terminando la Formación Básica en el Conservatorio de Música, siendo mi instrumento de estudio el piano.

En mi último año de secundaria, descubrí que me gusta adaptar los textos clásicos de diferentes maneras, para que sea más fácil la lectura de aquellos adolescentes que tienen que leerlos en clase y no les gusta demasiado hacerlo. Quisiera que la literatura los atrape, como a mí me atrapó hace años.

El texto que leerán a continuación fue escrito durante el primer cuatrimestre del año 2017, cuando cursé la materia Cultura Clásica.

PERSONAJES

Aqueos:

Aquiles
Agamenón
Menelao
Patroclo
Calcante
Néstor
Odiseo
Áyax
Telamonio
Diomedes

Troyanos:

Héctor
París
Pándaro
Príamo

Dioses:

Zeus
Hera
Atenea
Afrodita
Tetis
Apolo
Iris

Otros:

Aedo
Crises

PRIMER ACTO

Una playa. Hay hombres por todos lados. Sentados y parados, limpiando armas. Se apagan todas las luces y alumbran al aedo que aparece en escena.

ESCENA 1

AEDO: –Canta, diosa, la cólera del Périda Aquiles; cólera funesta que causó infinitos males a los aqueos y precipitó al Hades muchas almas valerosas de héroes, a quienes hizo presa de perros y aves cuando, cumpliéndose la voluntad de Zeus, se alzó una disputa entre el rey de hombres Agamenón y el divino Aquiles.

CRISES: –¡Atridas y demás aqueos! Espero que los dioses del Olimpo les permitan destruir la ciudad del rey Príamo y que puedan volver felizmente a su patria. Por favor, pongan en libertad a mi hija y, a cambio, reciban este hermoso rescate, respetando al dios Apolo, que hiere de lejos.

AGAMENÓN: –Que yo no te vea, anciano, cerca de nuestras naves. No te devolveré a tu hija, ella se irá conmigo y trabajará hasta la vejez en el telar, allá en Argos.

El anciano se aleja con miedo. Queda solo, lejos de las naves. Las luces bajan. En la escena, sólo está él.

CRISES: –¡Óyeme tú, que llevas arco de plata! Si alguna vez adorné tu templo o realicé sacrificios en tu honor, cúmpleme este deseo: que los aqueos paguen mis lágrimas con tus flechas.

ESCENA 2

Aparece Febo Apolo enojado, con su arco y sus flechas. Empieza a dispararles a los hombres que están en la playa.

ESCENA 3

Entran los hombres y se sientan en ronda. Hay murmullo, pero cuando aparece Aquiles, todos callan.

AQUILES: –¡Atrida! A mi parecer tenemos que volver atrás, porque estamos yendo errantes. Pero mejor consultemos a un adivino sacerdote o a un intérprete de sueños para que nos diga porqué se enojó tanto Febo Apolo.

Se sienta. Se levanta, a su vez, Calcante.

CALCANTE: –Aquiles, me mandas explicar la cólera de Apolo. Voy a hacerlo; pero antes, jura que me defenderás, ya que temo ofender a un varón que tiene gran poder entre todos los aqueos.

AQUILES (*asintiendo*): –Hazlo, pues, ninguno de los aqueos, ni siquiera el Atrida Agamenón, que se jacta de ser el más poderoso de todos, se atreverá a poner sus manos sobre ti mientras yo viva.

CALCANTE: –El dios está quejoso a causa de la ofensa de Agamenón al sacerdote Crises, a quien no le aceptó el rescate ni le devolvió a su hija. Por esto Apolo nos causó estos males y nos causará otros, si los aqueos no devuelven a la joven Cri-

seida, ya sin premio ni rescate, y si no llevamos a Crisa un sagrado sacrificio para aplacarlo.

Se sienta. Se levanta, a su vez, el rey Agamenón.

AGAMENÓN: –¡Adivino de males! Jamás me dices nada bueno. Aun así, accedo a devolverla a su padre, si esto es lo mejor para nosotros. Pero prepárenme pronto otra recompensa, para que no sea yo el único que se quede sin su parte.

AQUILES (*levantándose*): –¡Atrida gloriosísimo, el más codicioso de todos! ¿Cómo podrían los aqueos darte otra recompensa? Ya no queda nada del saqueo a las ciudades, pues todo fue dividido y repartido. Entrega ahora la joven al dios y, si podemos tomar la ciudad de Troya, los aqueos te prometemos el cuádruple de la recompensa.

AGAMENÓN: –¿Acaso quieres conservar tu recompensa mientras yo me quedo sin la mía? Si los aqueos no quieren darme otra que sea equivalente, yo mismo la tomaré. Pero de esto hablaremos otro día. Ahora, tiren la nave al mar divino, embarquen a la joven Criseida y todo lo necesario para la hecatombe.

AQUILES (*enojado*): –¡Imprudente y codicioso! Jamás el botín que recibo se iguala al tuyo, cuando yo mismo soy el que sostiene la lucha. Volveré ya mismo a mi patria, pues no pienso quedarme sin honra para procurarte ganancias y riquezas.

AGAMENÓN: –¡Márchate! A mi lado tengo a otros que me honrarán. Pero te hago una amenaza: si Febo Apolo me quita a Criseida, yo mismo iré a tu nave y te sacaré a Briseida, tu recompensa, para que sepas bien quién es más poderoso.

Bajan las luces. Un reflector alumbr a Atenea, que entra por detrás de Aquiles. Lo toma del pelo y le habla sólo a él. Los otros hombres se quedan quietos.

ATENEA: –¡Aquiles! Me envía Hera, la diosa de los blancos brazos, para que calme tu cólera. Deja de discutir y no saques tu espada, insúltalo como quieras, pues lo que te diré se cumplirá: por este ultraje un día se te ofrecerá el triple de lo que te han quitado.

AQUILES (*guardando la espada*): –Preciso es que les haga caso.

Atenea, sonriendo, sale por el mismo lugar por donde entró. Las luces se prenden y los hombres se mueven.

AQUILES (*enojado, a Agamenón*): –¡Cobarde! ¡Tú, que nunca te atreviste a tomar las armas y pelear junto con el pueblo! Te parece mejor arrebatar el botín de quien te contradiga. Te voy a decir algo y prestaré juramento de ello: algún día todos los aqueos me necesitarán y tú, aunque lo intentes, no podrás ayudarlos cuando muchos mueran en manos de Héctor. Entonces destrozará tu corazón, lamentándote por no haber honrado al mejor de tus guerreros.

Aquiles tira el cetro al suelo y se retira.

ESCENA 4

Orillas del mar. Tiendas de los mirmidones. Aquiles está fuera de la suya junto con Patroclo. Entran dos heraldos.

AQUILES: –¡Salud, heraldos! Acérquense sin miedo, para mí no son ustedes los que me ofenden, sino el rey Agamenón. Patroclo, trae a la joven Briseida para que estos hombres se la lleven a Agamenón.

Patroclo toma a la prisionera y se la entrega a los heraldos. Parten los tres.

ESCENA 5

Aquiles se encuentra en una playa, llorando. Aparece Tetis.

TETIS: –¡Hijo! ¿Por qué lloras?

AQUILES: –Bien lo sabes, madre. El rey de hombres Agamenón me ha ofendido quitándome a Briseida.

TETIS (*llorando*): –Yo misma iré al Olimpo y hablaré con Zeus. Ayer los dioses se fueron a un banquete y volverán en doce días. Mientras tanto, tú quédate en tu nave.

Sale por la derecha. El reflector la sigue.

ESCENA 6

Zeus sentado sobre una montaña, mirando el mundo. Aparece Tetis, se sienta a sus pies y le abraza las rodillas.

TETIS: –¡Padre Zeus! Si alguna vez te fui útil entre los dioses todos, te pido por favor que me cumplas este deseo: honra a mi hijo Aquiles, pues el rey Agamenón le ha ultrajado, sacándole su recompensa. Concede a los troyanos la victoria, para que los aqueos comprendan su falta y colmen de honores a mi hijo.

Zeus asiente.

Telón.

SEGUNDO ACTO

Ejército troyano listo y formado. A su cabeza, Héctor y Paris. Se acerca el ejército aqueo, encabezado por Agamenón y Menelao.

ESCENA 1

Paris se adelanta y observa a todos los guerreros. Al ver a Menelao, se asusta y retrocede.

HÉCTOR (*tomando a Paris del hombro*): –¡Cobarde! ¿Acaso te asustaste al ver a Atrida? Los aqueos se te ríen al verte actuando de tal manera. Reuniste a tus amigos, hiciste que muchos abandonaran su patria para acompañarte en esta batalla, pero al momento de enfrentarlos, te echas atrás.

PARIS: –¡Hermano! Con buen motivo me reprendes. Si quieres que luche ahora, detén a todos los guerreros y deja que Menelao y yo peleemos por Helena y sus riquezas: el que venza, por ser más valiente, lleve a su casa mujer y riquezas; y después de jurar paz y amistad, vuelvan los aqueos a su patria y dejen la fértil Troya.

HÉCTOR (*asintiendo y gritando*): –¡Deténganse! Oigan de mis labios el ofrecimiento de Paris: propone que todos los guerreros dejemos las armas en el suelo, y que él

y Menelao peleen en el centro por Helena y sus riquezas: el que venza se llevará mujer y riquezas, se jurará paz y amistad y cada guerrero volverá a su patria.

Menelao acepta y estrecha la mano de Paris, realizando el juramento. Luego de esto, se ubican en el centro del campo de batalla. Cada guerrero anima a su líder. Pelean varios minutos, consiguiendo ventaja Menelao. Las luces bajan y un reflector marca la entrada de Afrodita. Se dirige detrás de Paris, nubla la vista de Menelao y se lo lleva. Cuando salen, el reflector desaparece y las luces suben nuevamente. Todos los guerreros buscan con la mirada a Paris.

AGAMENÓN (*gritando*): ¡Escuchen todos! Es evidente que la batalla quedó a favor de Menelao, ya que Paris se ha ido. Entreguen a Helena junto con sus riquezas.

Todos los aqueos aplauden.

ESCENA 2

En el Olimpo, Zeus está mirando lo que sucede en Troya. Aparecen Atenea y Hera por la derecha.

ZEUS: –La victoria pertenece a Menelao, indudablemente. Deliberemos si la ciudad de Príamo debe quedar poblada y los aqueos llevarse a Helena, o si corresponde promover la contienda nuevamente.

HERA (*enojada*): –¿Qué palabras has proferido? Mucho trabajo me costó reunir a todos los guerreros aqueos. ¿Acaso quieres que mi trabajo sea en vano?

ZEUS: –¡Desdichada! ¿Qué te han hecho Príamo y sus hijos para que quieras destruirlos? Haz lo que quieras, no sea que esta guerra genere una pelea entre los dioses.

HERA: –El día que quieras destruir alguna de las ciudades que más quiero, no te detendré, pues no podría contra tu enorme poder. Pero es preciso que no me menosprecies; yo también soy una deidad y esposa tuya. Trabajemos juntos y los demás dioses nos seguirán. Manda a Atenea a que promueva la batalla.

Silencio.

ZEUS (*dirigiéndose a Atenea*): –Dirígete al campo de batalla y procura que los troyanos empiecen a ofender a los aqueos.

ESCENA 3

Campo de batalla. Las luces bajan y un reflector sigue a Atenea que, transfigurada en un varón guerrero, camina entre los troyanos. Se acerca a Pándaro y le habla a él.

ATENEA: –¡Hijo de Licaón! ¿Te atreverías a lanzarle una flecha al Atrida? Alcanzarías la gloria entre los troyanos y todos te lo agradeceríamos, especialmente el príncipe Paris, que te daría múltiples presentes.

Las luces suben. Pándaro sonríe y dispara una flecha a Menelao. Agamenón corre hacia él y lo sostiene en el suelo. Levantan a Menelao, y mientras lo sacan de la escena, los troyanos se preparan para el combate.

ESCENA 4

Nuevamente, se encuentran ambos ejércitos enfrentados, pero ahora, los que están

a la cabeza son únicamente Agamenón y Héctor. Se renueva la pelea durante varios minutos. Van cayendo soldados de ambos bandos.

ESCENA 5

Agamenón y los demás príncipes reunidos en su tienda. Están en un banquete. Cuando terminan, se levanta Néstor.

NÉSTOR: —¡Rey de hombres Agamenón! Te diré lo que creo más conveniente y verás que nadie se opondrá a mi idea. Gran esfuerzo puse en persuadirte para que cambiaras de opinión, pero tu ira venció, y menospreciaste a un varón fuertísimo, cuando le arrebataste su recompensa. Veamos si todavía podemos convencerle de que vuelva a la batalla, ofreciéndole múltiples y valerosos regalos.

AGAMENÓN: —No has mentido, anciano, al enumerar mis faltas. Ya que le falté dejándome llevar por mi enojo, quiero aplacarlo con múltiples presentes, que voy a enumerar: siete trípodes sin usar, diez talentos de oro, veinte calderas relucientes, doce grandes caballos, siete mujeres hábiles en labores, y con ellas entregaré a la joven Briseida; y si los dioses nos permiten destruir la sagrada ciudad de Troya, lo dejaré a él primero que elija a las doce troyanas más hermosas después de Helena. Y si conseguimos volver sanos a nuestra patria, le daré también para que elija a cualquiera de mis tres hijas para que la tome como esposa, la cual tendrá buena dote, y finalmente, le ofreceré siete ciudades. Que se deje ablandar y ceda ante mí, que en poder y edad soy mayor.

NÉSTOR: —¡Atrida! No son despreciables los regalos que ofreces a Aquiles. Irán a proponerle esto Fénix, Odiseo y el gran Áyax Telamonio. Que nos den agua para las manos y roguemos al padre Zeus.

Se acercan dos heraldos con vasijas de agua. Se limpian y oran a Zeus. Salen todos.

ESCENA 6

Aquiles sentado fuera de su tienda, con Patroclo a su lado. Entran Fénix, Odiseo, Áyax Telamonio y los dos heraldos.

AQUILES (*levantando los brazos, alegre*): —¡Salud, amigos!

Luego de saludarse todos, se sientan. Patroclo acerca algunas canastillas con pan y copas con vino.

ODISEO (*levantando la copa llena de vino*): —¡Salud, Aquiles! De un festín igual participamos en la tienda de Agamenón; pero no tenemos nada para festejar, porque tememos que nos suceda una gran desgracia: dudamos poder ganar la guerra sin tu participación. Los troyanos amenazan con incendiar nuestras naves. Olvida tu cólera, y levántate si deseas salvar a los aqueos. Agamenón te ofrece dignos presentes si renuncias a ella: siete trípodes sin usar, diez talentos de oro, veinte calderas relucientes, doce grandes caballos, siete mujeres hábiles en labores, y con ellas te entregará a la joven Briseida; y si los dioses nos permiten destruir la sagrada ciudad de Troya, te dejará que elijas a las doce troyanas más hermosas después de Helena. Y si conseguimos volver sanos a nuestra patria, te dará también para que elijas a cualquiera de sus tres hijas y la tomes como esposa, la cual tendrá buena dote; y,

finalmente, te ofrecerá siete ciudades.

AQUILES: –Odiseo, fecundo en ardides. Es preciso que te diga todo cuanto pienso. Nadie logrará convencerme ni quitarme la cólera. Siempre he luchado sin descanso, nunca reconocieron mi esfuerzo. Y Agamenón, que nunca toma las armas ni lucha junto con el pueblo, es el que se queda con el botín más grande. Lo conozco y no me persuadirá.

ÁYAX TELAMONIO: –¡Odiseo, fecundo en ardides! ¡Vámonos! No lograremos que cambie de opinión. Comunicemos su respuesta, aunque sea desfavorable, a los aqueos, que están esperando.

AQUILES: –Vayan y hagan pública mi respuesta: no entraré en la batalla hasta que el mismo Héctor venga matando hombres e intente incendiar mis naves. Y creo que Héctor, aunque estuviera enojado, no se atrevería a hacerlo.

Cada uno toma una copa, hacen las ofrendas a los dioses, y se marchan.

ESCENA 7

Agamenón, Diomedes y Héctor esperando. Cuando ven que se acercan los demás, corren a su encuentro.

ODISEO: –¡Atrida Agamenón! Aquiles no quiere olvidar su cólera, sino que la alimenta más y desprecia tus presentes. Dijo que él no entraría en la lucha a menos que el mismo Héctor llegara a sus naves matando hombres y con la antorcha en su mano, sabiendo que este no se atreverá.

DIOMEDES: –Rey Agamenón, no debiste haber rogado al Périda Aquiles, ni ofrecerle numerosos regalos. Dejémoslo, volverá a combatir a nuestro lado cuando su corazón se lo dicte.

Todos aplauden. Realizan las ofrendas a los dioses y se retiran.

Telón.

TERCER ACTO

Los ejércitos enfrentados nuevamente. Comienza la batalla y muchos griegos van cayendo.

ESCENA 1

Aquiles, desde lejos, observa la lucha. Llama a Patroclo y le dice algo al oído. Este sale corriendo.

NÉSTOR: –¡Patroclo! Siéntate, por favor.

PATROCLO: –No puedo sentarme, anciano. Aquiles me manda preguntarte qué guerrero traes herido; pero ya sé quién es.

NÉSTOR: –¿Cómo Aquiles se compadece de los aqueos heridos? ¡No sabe la amargura que estamos viviendo! Si se va a negar a combatir, que al menos te envíe con los demás mirmidones, y te permita llevar al combate su magnífica armadura; para que, de esta manera, engañes a los troyanos y los alejes de las naves aqueas.

Patroclo asiente y sale corriendo. Néstor sonríe.

ESCENA 2

Aquiles sigue observando la batalla. Entra Patroclo corriendo.

PATROCLO (*casi llorando*): –¡Aquiles, hijo de Peleo! Es muy grande el pesar que envuelve a los aqueos. Los que antes eran los más fuertes son ahora los que están vencidos, metidos dentro de sus tiendas con grandes heridas. Si te abstienes de combatir, permíteme que participe en la guerra con los demás mirmidones y, usando tu armadura, espante de las naves aqueas a los troyanos.

AQUILES: –¡Ay, Patroclo! No me abstengo de luchar porque quiera, sino porque un dolor profundo me oprime el pecho: la ofensa del rey Agamenón. Mas, por eso, no impediré que ustedes participen. Cúbrete con mi armadura, dile a los hombres que se preparen y vayan todos al campo de batalla.

Aquiles entra a la tienda y vuelve con su armadura, su escudo y su espada.

ESCENA 3

Campamento de los aqueos. Los troyanos entran corriendo y empieza un duro combate. Ingresa Patroclo con los mirmidones. Los troyanos se asustan y huyen despavoridos. Patroclo los persigue.

ESCENA 4

Patroclo corriendo a los troyanos y matando hombres. Las luces bajan, un reflector indica la entrada de Apolo.

APOLO (*irritado*): –¡Retírate, Patroclo! El destino no ha dispuesto que la ciudad de Troya sea destruida por tu lanza ni por la de Aquiles.

Apolo sale. Las luces suben. Patroclo retrocede y se enfrenta a los troyanos que tenía detrás. Héctor empieza a acercarse a Patroclo y él hace lo mismo.

Las luces vuelven a bajar y el reflector indica la entrada de Apolo por detrás de Patroclo. Le saca la armadura y lo ciega. Héctor le clava la espada en el vientre.

HÉCTOR: –¡Patroclo! Sin duda pensabas destruir nuestra ciudad, ¡insensato!

PATROCLO: –¡Héctor! Ríete ahora todo lo que quieras, pero tú no vivirás mucho tiempo más, ya que morirás a mano de Aquiles.

Luego de decir eso, muere. Héctor y los demás troyanos le sacan la armadura de Aquiles.

ESCENA 5

Aquiles observando la guerra nuevamente. Un heraldo se le acerca y le anuncia la muerte de Patroclo. Grita, se cae al piso y lo golpea.

ESCENA 6

Aquiles, enojado, se pone una armadura y entra a la batalla. Todos los troyanos se asustan y huyen de él, mientras mata a los que se cruzan en su camino. Los sobrevi-

vientes salen de escena, menos Héctor.

HÉCTOR: –Aquiles, no huiré más de ti. Pongamos a los dioses como testigos: no te insultaré si Zeus me concede la victoria; y luego de quitarte las armas, entregaré tu cuerpo a tus compañeros. Pórtate conmigo de la misma manera.

AQUILES (*enojado*): –Héctor, no me hables de convenios. No es posible que haya entre nosotros ni amistad ni pactos. Revístete de valor y lucha.

Aquiles toma la lanza y se la arroja a Héctor, errando el tiro. Héctor se ríe, pero Aquiles le clava la espada. Aunque herido, Héctor saca la espada e intenta lastimar a Aquiles, pero no lo consigue.

HÉCTOR (*agonizando*): –¡Ya los dioses me llaman a la muerte! ¡Te lo ruego por tu alma, no permitas que los perros despedacen mi cuerpo! Acepta todos los presentes que mi padre te ofrecerá por mi cuerpo.

AQUILES: –¡No me supliques, infeliz! Nadie podrá apartar tu cabeza de los perros, aunque me traigan veinte veces el debido rescate.

HÉCTOR (*moribundo*): –Sabía que no sería posible persuadirte. No hagas que los dioses se enojen contigo. Febo Apolo y París te darán la muerte.

Aquiles toma el cuerpo de Héctor y lo saca de escena arrastrándolo.

ESCENA 7

El Olimpo. Los dioses están sentados en sus tronos. Entra Tetis con su vestidura de duelo.

ZEUS: –Vienes, diosa Tetis, afligida y con pesar. Aun así, necesito que vayas al campamento aqueo y le digas a Aquiles que los dioses estamos muy irritados con él por retener el cuerpo de Héctor. Que olvide su cólera, y entregue el cadáver de Héctor al rey Príamo, a quien le indicaré cuáles son los presentes que deberá llevarle.

Tetis sale en silencio.

ZEUS: –¡Diosa Iris! Ve rápido hasta Troya y háblale al rey Príamo. Dile que yo lo mando a las naves aqueas para recuperar el cuerpo de su hijo amado, pero que tiene que cumplir con estas condiciones: vaya solo y acompañe un heraldo mucho más viejo que él, para que conduzca el carro que debe estar lleno de dones para aplacar el enojo del Périda.

Iris sale.

ESCENA 8

Ciudad de Troya. Todos están llorando, doloridos por la muerte de Héctor. Iris entra por detrás del rey Príamo y le habla al oído.

IRIS: –Cobra ánimo, Príamo. El dios Zeus me manda con un buen mensaje. Él te manda a rescatar el cadáver de tu hijo, que está en la tienda del Périda Aquiles. Pide que lleves un carro lleno de dones para aplacar el enojo del guerrero, y que sólo te acompañe un heraldo mucho más viejo que tú.

Iris se retira por donde entró.

PRÍAMO: –¡Rápido! ¡Alguien que me prepare un carro! El Olímpico Zeus me manda al rescate de Héctor.

Sale velozmente.

ESCENA 9

Naves aqueas. Aquiles está sentado fuera de su tienda. Se levanta rápido al ver llegar al viejo Príamo. Príamo se acerca a Aquiles, le besa la mano, se arrodilla en el suelo y le abraza las rodillas.

PRÍAMO: –Respeto a los dioses y apiádate de mí, Aquiles, acordándote de tu padre; que yo soy todavía más digno de piedad, ya que me atreví a lo que ningún otro mortal se ha atrevido: a suplicar y a besar la mano del asesino de mi hijo.

AQUILES (*apartándolo suavemente*): –¿Cómo te atreviste a venir hasta las naves aqueas? Toma asiento (*se sientan*). Tu hijo, anciano, yace en un lecho.

PRÍAMO: –Si accedieras a que yo pueda celebrar los actos fúnebres de mi hijo, me dejarías complacido. Durante nueve días lo lloraremos en el palacio, el décimo lo sepultaremos y el pueblo celebrará el banquete fúnebre; el undécimo día lo enterraremos y el duodécimo volveremos a pelear, si fuera necesario.

AQUILES: –Se hará como dices, anciano. Suspenderé la guerra por tanto tiempo como me pides.

Estrechan sus manos. Traen el cadáver de Héctor, lo depositan en el carro y el anciano se va.

Telón.

EL COMBATE DE PARIS (O CÓMO SER EL BANANA MÁS GRANDE DE TROYA)

VALERIA MUSSIO

valeria.mussio@hotmail.com

Me llamo Valeria María Mussio, nací en Tres Arroyos el 11 de diciembre de 1996. Hoy vivo en Bahía Blanca, y estudio la Licenciatura en Letras en la Universidad Nacional del Sur.

Empecé escribiendo cuentos. En el año 2014 gané el concurso “La ciencia en los cuentos”, con un relato breve llamado “El gato no entra en el tostador”, publicado por CONICET en una antología. Cuando empecé la carrera, y sobre todo tras descubrir a los *beat*, comencé a escribir sobre todo poesía. Este año participé de la Escuela Argentina de Producción Poética (EAPP). También leí por primera vez mis textos en Casa Golondrina, durante la jornada “Nubosidad Variable”, organizada por Nexo Artes y Culturas, pero no con mis poemas, sino con un cuento.

Escribir teatro es algo que me encanta, y que la universidad me permitió experimentar. Este trabajo y la obra de Literatura Latina del año 2017 (junto con grandes compañeros) fueron mis incursiones oficiales en el género.

El texto que leerán a continuación fue escrito durante el primer cuatrimestre del año 2015, cuando cursé la materia Cultura Clásica.

PERSONAJES

Paris
Menelao
Héctor
Iris
Helena
Docella 1
Doncella 2
Anciano 1
Anciano 2
Anciano 3
Príamo
Afrodita

ACTO PRIMERO

Campo de batalla frente a la ciudad de Troya. Los teucros gritan vigorosamente y chillan como aves. Los aqueos marchan silenciosos, respirando valor. En las primeras filas de guerreros troyanos se encuentra Paris, muy ufano de sí mismo, con una piel de leopardo en los hombros, cargando un corvo arco y una espada. Mientras blande dos lanzas, llama a los aqueos más valientes a luchar contra él. Entre los aqueos se encuentra Menelao, pero Paris aún no lo distingue. Se escuchan ruidos de metales chocando y alaridos de guerra. Polvo flota alrededor de los pies de los guerreros.

Se adelanta Paris frente a los demás.

PARIS (*con voz burlona*): –¡He aquí yo, Paris, hijo de Príamo! No sólo poseo a la hermosa Helena como esposa, sino que me glorío de ser un buen luchador. ¡Acérquese el más valiente de los aqueos a luchar conmigo, si es que alguno se atreve!

MENELAO (*desde el carro*): –¿Ese es el inútil de Paris?! ¡El malnacido no solo me hizo cornudo sino que se robó a mi esposa! (*se baja del carro, empieza a correr*). ¡Dale, Paris, si te bancás arrancar la guerra y sacarme a mi mujer, vas a tener que bancarte una lucha conmigo, animal!

PARIS (*astudadísimo*): –¡AY, NO! ¡Chau, chicos, nos vemos en algún banquete!

Héctor lo ve huir. Enojado lo agarra del brazo y lo hace caer.

HÉCTOR: –¡Un perfecto idiota! Tanta facha y tanto don de Afrodita no te sirven para un carajo. ¡Se te están riendo en la cara, imbécil! Despavorido saliste volando para el otro lado, eh. Bien que te atreviste a hacerte el lindo con la esposa de Menelao, sabiendo que se te iba armar una podrida tremenda. Y ahora, cuando tenés que pelear con él, te agarra miedo. Sos una deshonra para la familia, para toda la ciudad incluso. ¡Vení y arreglá las boludeces que te mandás, idiota!

PARIS (*levantándose, limpiándose el polvo de la ropa*): –¡Bueno, bueno! ¡Pará un poco, che! Ya sé, tenés razón, me debería haber quedado, pero tampoco seas tan bruto e inflexible. No me echés en cara los dones de Afrodita, que están buenos, y aparte tampoco es como si los hubiera elegido, me los dieron porque soy hermoso, cosas que pasan. Ahora, haceme un favor, detené la batalla, que yo me voy a poner a luchar solo con Menelao. Que el que gane se quede con Helena, y que el otro bando jure la paz, así nos volvemos todos a nuestras casas. ¿Te parece bien, hermano?

HÉCTOR (*a su hermano*): –Me parece muy bien, nene. (*Al ejército*) ¡Paren de revolver cosas, caramba! Tengo que hablar con los aqueos, a Paris por fin se le prendió la lamparita.

Los aqueos no escuchan y siguen tirando piedras. Agamenón les llama la atención.

AGAMENÓN: –¡Valientes soldados aqueos, paren un poco! El magnánimo Héctor nos quiere decir algo

HÉCTOR (*en medio de ambos ejércitos*): –Escuchen de mi boca las palabras de mi hermano Paris, quien propuso un combate singular entre él y Menelao: el que gane se llevará a Helena, y los vencidos jurarán la paz.

MENELAO: –Me parece muy bien, ya no soporto ver a mis soldados perecer combatiendo contra los tuyos por esta contienda que generó Paris. Pido entonces que

tanto teucros como aqueos sacrifiquemos dos corderos a los dioses, de modo que el juramento no se rompa. Agamenón, mandá a un heraldo a que traiga uno, y ustedes pídasle a Príamo que traiga otro: que lo haga él el sacrificio, que es viejo y de confianza, porque este pibe Paris no da pie con bola, y la mayor parte de las veces la juventud le nubla la razón. ¡Comencemos a pelear entonces!

ACTO SEGUNDO

Iris, mensajera de los dioses, va a buscar a Helena para que presencie la batalla. La encuentra tejiendo un enorme manto purpúreo, donde estaba representada la guerra entre los aqueos y los troyanos. La habitación es hermosa, adornada con cortinas y sábanas de colores. Dos doncellas la ayudan a tejer, sentadas a su alrededor.

HELENA (*susurrando para sí misma*): –Punto derecho, punto revés, punto derecho, punto revés... Pero qué porquería, se me salió un punto. (*Las doncellas ríen*). Búrlense todo lo que quieran, chicas, que después caro la van a pagar, eh.

IRIS: –Helena querida, ven a presenciar la lucha singular entre Paris y Menelao, quienes pelearán por vos; y el vencedor ha de llamarte amada esposa.

HELENA (*con lágrimas en los ojos*): –¡Menelao, mi anterior marido! Tan valeroso, tan fuerte, tan bueno, tan lindo, tan... ¡tan Rey de Esparta! Acompañenme, chicas, hacia la muralla. Vamos a ver al fortísimo Menelao en acción.

DONCELLAS (*con admiración*): –¡Sí, queridísima Helena!

Helena se desplaza por el escenario. Las luces dejan de iluminar su habitación y pasan a enfocar la muralla de Troya junto al campo de batalla. Allí se encuentran Príamo y otros ancianos, que, ni bien la ven, empiezan a hablar.

ANCIANO 1: –No puede ser que por esta mujer se peleen los grandes troyanos y los aqueos.

ANCIANO 2: –Y sólo porque en semblante se parece al de una diosa.

ANCIANO 3: –Mah sí, que se peleen y que se vaya, si nadie la quiere a esta.

PRÍAMO (*mirando mal a los ancianos*): –¡Que la lengua se las muerda un cuervo, vejestorios! (*se dirige a Helena, con dulzura*) Ven, hija querida, que yo no te culpo de nada, fueron los dioses. Ya que estás acá, ¿por qué no me decís los nombres de los valientes jefes aqueos? No los reconozco y, además, mi vista no es aguda como la de Iris, veloz mensajera de los dioses. Lo que quiero decir es que no veo un pomo.

HELENA: –Suegro, yo a usted lo quiero y le temo, y ojalá la muerte me hubiera llegado cuando su hijo me secuestró, causando así las más terribles desgracias. ¿Ve ese de ahí? Es Odiseo. De movida parece tarado, pero cuando empieza a hablar, es tremendo, no hay nadie mejor en el discurso. El de allá es Áyax, uno de los mejores en el combate. No dice mucho, pero al ser tan bueno peleando, pasa. ¡Eh, mire! ¡Ahí empezaron a pelear Menelao y Paris!

Aparecen Menelao y Paris en escena, frente a la muralla.

MENELAO: –¡Te voy a reventar, devolveme a mi mujer!

PARIS: –¡Ja! ¡Intentaaaaaalo, animal!

Se produce la pelea entre ambos. Menelao lo supera con creces, y cuando está a punto de arremeter contra Paris, este desaparece: sólo Menelao queda iluminado, y Paris sale de escena. Se produce un desconcierto general.

AQUEOS: –¡Paris se fue! ¡Helena y sus riquezas son nuestras!

HELENA (*esforzando la vista*): –¿Y Paris? ¡Desapareció! (*Una anciana, que nadie parece ver, le toca el hombro a Helena, que se da vuelta bruscamente*) ¡¿Quién anda ahí?!

ACTO TERCERO

En escena sólo aparecen Helena, rodeada de sus doncellas, y Afrodita.

AFRODITA: –Ven, Helena, a unirme con tu esposo Paris, a quien retiré de la guerra para evitar que muriera. Te espera en el tálamo, todo bañado y lindo para vos.

HELENA (*con odio contenido*): –¡Diosa cruel! ¡No quiero estar con el cobarde de Paris mientras pienso en Menelao y su valentía! Si tantas ganas tenés de que tu favorito se acueste con una mujer como recompensa de... de nada, unite vos a él.

DONCELLAS (*horrorizadas*): –¡Aaaah!

AFRODITA: –¡No te hagás la viva, zorra! Te aborrezco, y más vale que no me irrites, porque si te desamparo, se te va poner negra la cosa.

DONCELLAS: –¡Ooooooh!

HELENA: –¡Ay de mí, que he de obedecerte contra mi voluntad para premiar a un hombre, que nada vale en este momento para mí, por acciones que lo dejan como cobarde!

Helena se cubre con el velo y sale silenciosamente de escena. Ninguna de las doncellas le presta atención. Lo siguiente se escucha desde detrás del escenario.

PARIS: –Hola, linda, tanto tiempo.

HELENA (*con asco*): –¡Cobarde, canalla! Debías haber perecido en las manos del esforzado varón que fue mi anterior marido.

PARIS: –Bueno, bueno. Calmate un poco. Ciertamente no es culpa mía que Atenea lo haya favorecido tanto a Menelao, y es el azar y el designio de los dioses la razón de que la batalla hoy se haya inclinado a favor de ellos. Ahora vení a la cama, y unámonos con nuestro amor.

HELENA (*suspira, habla para sí*): –Bueh, al menos es lindo.

En el escenario aparecen los aqueos. Están allí Agamenón y Menelao, hecho una furia contra Paris, reclamando a su esposa.

AGAMENÓN: –¡Entreguen a Helena, ya que es obvio que mi hermano ganó la lucha! Queremos que nos den sus riquezas y una indemnización justa, para que llegue al conocimiento de hombres venideros.

Los hombres festejan las palabras del Atrida, y aplauden al grito de “¡Agamenón, Agamenón!”

EL NACIMIENTO DE LA PARODIA

JONATAN NAZAREVICH

jonatan.naza@gmail.com

Soy Jonatan, nací en Bahía Blanca el 7 de Junio de 1991 –lo que para la mayoría de la gente significa que “soy de géminis”– curso la carrera de Licenciatura en Letras en la UNS desde hace dos años. Si pudiera dar alguna información extra, sería un pequeño secreto: me fascina pensar.

Dicho aquello, hay que señalar el lado negativo de la cuestión: hoy en día, el pensamiento no garpa. Así que si estás por ahí leyendo esto, quizás años después de su publicación, en un libro o sitio que encuentre por casualidad, entregate a un momento de reflexión en honor a este niño proletario. Pensá en lo que sea, el mundo es vasto y sus posibilidades infinitas, aunque nos quieran hacer creer lo contrario.

P.D.: Aguante la tarta de atún.

El texto que leerán a continuación fue escrito durante el primer cuatrimestre del año 2017, cuando cursé la materia Cultura Clásica.

Camerino de Quirón. Ipiretio sale, entra Apolonio, golpeando la puerta; Quirón, sumamente ofuscado, lo atiende.

–¡Gloriosísimo Apolonio! Agraciado por las nueve musas de Zeus, el que se complace en arrojar rayos, ¿acaso vienes a persuadirme para que cese en la cólera que me atormenta?

–Quirón, único entre los centauros, me complacería que no estuvieras en absoluto errado, pero, creyendo lo contrario, temo decirte que esas son, en buena medida, las intenciones de mi visita.

–De antemano debo entonces aplicarme a que desistas de tal empresa. La cólera que se ha apoderado de mi pecho, más dulce que la miel se ha introducido y crece como el humo que exhala la pira fúnebre de un rey amado y reconocido. No pienso volver a trabajar para aquel poeta, ¡cruel!, quien me ha confinado al margen de su obra, sólo porque no encajo con sus pretensiones estéticas.

–Hijo de la oceánide Fílira! No escatimo en recursos a la hora de describir la importancia de tu presencia en la obra y comprendo mejor que nadie la naturaleza de tu enojo. Aunque tampoco sería errado reconocer que, para un centauro, raza de seres de aguerrida naturaleza, tus acciones se asemejan más a las de una niña que, perdida entre la multitud, solloza en busca de la mano de su madre.

Ipiretio empolva la cara de Quirón; este lo aparta con desdén. La indignación e impotencia enmarcan su faz de severidad.

–¿Qué ha escapado del cerco de tus dientes, deiforme Apolonio, de gracioso linaje? ¿Será que debo, con la ayuda de mis habilidosas manos, enseñarte cómo se dirige uno a un centauro? ¡Mi cólera es tan válida como la de cualquiera de aquellos aqueos, de hermosas grebas, que compiten hasta que sus extremidades cesan de responder por un poco de honor! Después de todo, no lo olvides, yo también soy mitad hombre, y merezco todas las consideraciones de tal.

Una lágrima recorre el rostro afligido del centauro.

–Ahora, deberé pedirte que te retires, ya que me es tan odioso como las puertas del Hades quien piensa una cosa y expone otra.

–No te ofusques, gracioso Quirón, de ecuestre linaje! También debes entender que aquel a quien tú llamas cruel es, aún a nuestro pesar, Homero, poeta similar a un dios, el más lírico épico aedo que han tenido el honor de escuchar los hombres de voz articulada. No nos quedará más remedio que esperar que las Erinias, ejecutoras de las leyes, hagan su trabajo.

El semblante de Quirón cambia dramáticamente.

–No me dejas más remedio que preguntarme, venerable Apolonio, ¿no sería lamentable que, por un mandato divino, la vida de aquel glorioso aedo, semejante a Febo Apolo en el tañido de la lira, llegara de estrepitosa manera a su fin? Quizás, continuo preguntándome, de existir un poeta, de excelso talento, quien pudiera tomar su lugar, un poeta que le diera a la épica un carácter más híbrido, en el que el mundo fantástico y el mundo de los hombres conviva en armonía...

–¡Habilidoso Quirón! Temo que Ate ha llegado por ti. Lo que propones es tan inhumano como las pezuñas que llevas por pies. ¿Acaso oigo una proposición detrás de

tu discurso? ¿Será la cólera la que te ha llevado a tejer tan oscuras imprecaciones? ¿Debo recordarte, acaso, el destino de Edipo, quien tras una cólera semejante a la tuya dio muerte a su padre, sin saber de quién se trataba, y terminó tocando las puertas del Hades ciego y habiendo cometido incesto? Pero, ¡que el Crónida me arroje un rayo de estar equivocado! ¿No podríamos recurrir a una solución acaso más civilizada? Conozco a un grupo de pescadores, sus días transcurren quitándose los piojos para matar el aburrimiento y planteándole acertijos a los que al río se acercan. Quizás si lográramos que Homero los encuentre, y que estos le propongan un certero enigma, dejándolo sin palabras, Homero, el que se complace en rimar versos, perdería aquel título del cual se jacta sin pudor ni mesura. Finalmente, ¿será peor castigo tocar antes de tiempo las puertas del Hades o experimentar en vida la muerte representada por la pérdida de semejante honor?

—Audaz Apolonio, tus aladas palabras iluminan mi nublado juicio. No me cabe duda de que tus ideas se propagarán por Grecia más rápido que un resfriado. ¡Que la batracomiomaquia comience!

LA CAÍDA DE TROYA

MELISA BELÉN NIETO

melisanieto@hotmail.com

Mi nombre es Melisa Belén Nieto y tengo 26 años. Nací el 14 de marzo de 1991 en la ciudad de Bahía Blanca, provincia de Buenos Aires. Al finalizar la escuela, me inscribí en varias carreras al mismo tiempo porque no estaba segura de lo que quería. Me gustaba todo y no me gustaba nada al mismo tiempo. En 2011 empecé a cursar Psicopedagogía y en marzo de 2015 obtuve el título, pero todavía me seguía faltando algo. Un año más tarde, comencé a cursar la carrera de Licenciatura en Letras en la Universidad Nacional del Sur y, actualmente, ya realicé las materias correspondientes a los primeros dos años del plan.

El texto que leerán a continuación fue escrito durante el primer cuatrimestre del año 2016, cuando cursé la materia Cultura Clásica.

PERSONAJES

Eneas
Dido
Sinón
Prámo
Anquises
Creúsa
Fenicio 1
Fenicio 2

PRIMER ACTO

Recién llegados a Cartago, Eneas y sus acompañantes son recibidos por la reina Dido, quien le solicita que le relate las tretas de los dánaos, los infortunios de los troyanos, y sus andanzas errantes por tierras y mares.

ENEAS (a Dido): –Se está haciendo de noche, estamos cansados... Es un bajón recordar lo que pasó y hablar de todo eso, pero si insistís... preparate unos mates que te cuento. Resulta que los jefes dánaos construyeron, con la ayuda de Palas Atenea, un caballo de madera. Fingieron que era una ofrenda votiva y empezó a correr ese rumor. Lo vimos porque salimos a chusmear el campamento de los dánaos cuando creíamos que se habían ido. Pero algunos guerreros estaban escondidos en la panza del caballo y otros en la isla de Ténedos, que queda en frente de Troya.

FENICIO 1: –Naaaa, qué desgraciados.

ENEAS: –Sí, entonces empezamos a discutir si lo entrábamos o no. Laoconte, como no quería que lo entrásemos, nos decía que no nos fiáramos del caballo. Desconfiado, le tiró un lanzazo que le impactó en el flanco. Y al toque llegó un aqueo, gritando y con las manos atadas en la espalda, diciendo que los griegos lo habían mandado a morir.

DIDO: –¿Quién era?

ENEAS: –Dijo que se llama Sinón. Príamo le preguntó qué hacía allá, y nos re verseó. *Otro grupo de alumnos ingresa para representar los eventos ocurridos en Troya, mientras se retiran los que estaban en escena.*

SINÓN: –Yo estaba re manija con Ulises, porque un amigo mío murió por su culpa. Entonces la boiqué, diciendo que lo iba a reventar cuando terminara la guerra. Se enteró y empezó a hacer correr rumores rosqueando en contra mía. (*Finge tener miedo y llorar*) ¡¡¡Castíguenme ya!!!

PRÍAMO: –No seas dramático, seguí.

SINÓN: –Entonces mandaron a Eurípilo a consultar el oráculo de Febo Apolo. Y cuando volvió dijo que, para poder volver a Micenas, había que sacrificar a alguien de la ciudad de Argos. El gato de Ulises apretó a Calcante para que dijera que había que sacrificarme a mí. Me querían hacer arder como un asado, pero alcancé a escaparme y rajé hasta donde pude. (*Llora*) ¡No podré ver de nuevo a mi familia! ¡Piedad!

PRÍAMO: –Ok, estás perdonado. (*A sus heraldos*) Desátlenlo. Pero vos ahora contame si el caballo es un regalito o si pretenden usarlo para seguir de alguna manera la guerra.

SINÓN: –Quedate tranquilo, lo tuvieron que hacer porque armaron lío en el templo de Palas. Como se robaron el Paladio, lo construyeron para expiar el sacrilegio que ofendió a la diosa.

Se retiran los actores y regresan los troyanos y los fenicios.

ENEAS: –Como unos salames, le creímos las lágrimas de cocodrilo y el versito. Entonces abrimos las puertas, le calzamos rodillos corredizos a los pies del caballo, y le pusimos sogas de cáñamo en el cuello para llevarlo al centro de la ciudad. Ese fue el último día, porque a la noche, mientras dormíamos, los mirmidones volvieron

en silencio a la ribera y Sinón descorrió las compuertas para que el caballo pariera a los dánaos que estaban en su vientre y se ventilara el tufo que había. Empezaron a matar y a formar tropas.

FENICIO 1(a *Fenicio* 2): –Parece de película lo que está contando este tipo.

ENEAS: –Entonces se me aparece Héctor en sueños. Estaba todo roto, lleno de sangre, cortado por todos lados. Y me dice que me las tome porque los griegos habían entrado a Troya y estaban destruyendo todo, hasta los objetos de culto. “Vas a andar un tiempo errante por el mar, pero llévate los penates, que al final les vas a encontrar un recinto adecuado”. Me despiertan los gritos y las armas, subo al techo y veo las casas incendiadas y a mis compañeros muertos. Así que junté unos soldados y les dije “síguenme los buenos”, porque vamos hacia la muerte. Fuimos para el centro de la ciudad y nos cruzamos con un griego que no nos reconoció. Lo hicimos pelota y nos disfrazamos con sus armas para camuflarnos. Pero nos descubrieron cuando vimos que se llevaban a Casandra y saltamos como leche hervida.

SEGUNDO ACTO

ENEAS: –Llegamos a lo de Príamo, estaba todo el palacio destruido y lleno de cadáveres.

DIDO: –¿Y Príamo dónde estaba?

ENEAS: –Lo mató Pirro después de matar a su hijo. (*Se le corta la voz y se le empañan los ojos*) Ahí se me vino la imagen de mi viejo, de mi mujer y de Juló; y la quise reventar a Helena por lo que provocó. Entonces se me apareció mi vieja y me dijo que la culpa era de los dioses, que yo tenía que hacer lo que ella me dijera. Así que rajé con mi familia.

TERCER ACTO

Se retiran los fenicios e ingresan nuevos actores.

ENEAS: –Vamos al Monte Ida, pá.

ANQUISES: –No me voy nada, Troya no existe más... Y además me duele el ciático.

ENEAS: –Viejo, no te ortivés. ¿Cómo se te ocurre que te voy a dejar en banda? Subite a caballito.

CREÚSA: –Si te lo llevás a él, a nosotros también.

ENEAS: –Bueno, seguime. (*a Juló*) Agarrame la mano, hijo.

ANQUISES: –¡Júpiter, tírame un centro! (*Se extiende un trueno hasta el Ida mostrando el camino*). ¡Vamos!

ENEAS (*a los criados*): –Nos encontramos donde acordamos.

Parten, se escuchan ruidos. Eneas voltea y Creúsa no está más. Vuelve a buscarla. Se le aparece el espíritu de Creúsa.

ENEAS: –¡Ay, boluda, qué cagazo! Vamos.

CREÚSA: –El guacho de Júpiter no me deja ir. Hasta los dioses son machistas. Andate

que tenés que llegar a Hesperia. ¡Qué casualidad! Te esperan un reino y una reina.
(*Eneas llora*) Dejá de llorar por mí, ¡pero más te vale que cuides a Julio porque te castro!

Se retiran los actores, ingresan los fenicios y los troyanos.

ENEAS (a *Dido*): –Intenté abrazarla, pero se desvaneció. Así que me fui al ida con los que me esperaban. Y bueno, acá estamos.

JUEGOS FÚNEBRES EN HONOR DE PATROCLO

VALENTINA PLATZ

platzvalentina@gmail.com

Mi nombre es Valentina Platz y nací en la ciudad de Pigüé, provincia de Buenos Aires, el 18 de junio de 1997, después de haber hecho correr a mis papás a la clínica abajo del aguanieve. Me pasé toda la secundaria en una escuela técnica estudiando para recibirme de “Maestro mayor de obras”, para por fin, más tarde, inscribirme en la carrera que quise seguir desde el principio: Licenciatura en Letras. Cuando no estoy estudiando, me dedico a buscar el cuerpo de agua más cercano para poder nadar, a inventar excusas para visitar a mi familia, a tomar mate mientras dibujo y escucho música, o a leer en el sillón acompañada de la mascota más cercana.

El texto que leerán a continuación fue escrito durante el primer cuatrimestre del año 2016, cuando cursé la materia Cultura Clásica.

Tras haber muerto Patroclo
luchando con los troyanos,
los aqueos, muy humanos,
decidieron enterrarlo,
y con los juegos honrarlo
muy unidos, como hermanos.

El que ganara los juegos
quejarse no debería,
ya que de premio tendría
caballos, bueyes y mulas.
Las desventajas son nulas
en situación tan sombría.

El primer juego comienza,
los gauchos ya se acomodan,
las botas se desenlodan,
y se larga la carrera.
Los fletes se desesperan,
los jinetes se descodan.

Tan ruda fue la partida,
que del polvo que volaba
ver algo se complicaba.
Ni el camino distinguían.
De tanto furor, rugían,
la tierra se calentaba.

Antíloco, el muy sotreta,
aprovecha la revuelta,
y d'entre el polvo se suelta
esquivando así el sendero,
pues como buen patrañero
sabe buscarle la vuelta.

Entre medio del barullo
lo divisa Menelao.
Al verlo tan apurao
y sabiendo su intención
aprovecha la ocasión
y suelta un grito pelao:

“¡Pucha, que es retobao!
No es de sabio, ni criollo
hacer semejante embrollo.”
Dice, viéndolo de reajo:
“No te tenía, che, tan flojo,
¡Vos no te me hagás el pollo!”

De lejos los ve la chusma
que trata de adivinar
quién es el que va a ganar.
Porque afirma Idomeneo
que es el hijo de Tideo,
y Áyax lo quiere achurar.

Le contesta Áyax, furioso:
“No charles sin fundamento
y escuchame bien atento.
Los fletes son los de Eumelo
de lejos se ven primero.”
Y lo dejó sin aliento.

Le hace frente al desafío
Idomeneo, muy sañudo,
que exclama: “¡Si sos tan rudo,
no le temas a apostar,
que si te llevo a ganar
señal que has hablado al ñudo!”

Y antes de que contestara
le gritó Aquiles, furioso,
“¡Pucha! Che, no es decoroso
apotrarse sin sentido.
Sientensé, yo se los pido.
No hay por qué ser tan ansioso.”

Diomedes llegó primero
al terminar la carrera.
Antíloco, por ajuera,
viene llegando segundo
al galope y errabundo,
levantando polvareda.

Y, sin aflojar manija,
ya se acerca Menelao,
con su caballo aplastao
ya cansao de galopar.
Avanza en tercer lugar,
con cara de retobao.

Terminada la carrera,
y después de algún lamento,
entre tanto descontento,
los premios se distribuyen,
las peleas disminuyen,
nadie parece violento.

Ya para el segundo juego
se da como recompensa
una gran mula indefensa
sufrida para el trabajo.
Pues con tamaño agasajo,
el esfuerzo se compensa.

Al comenzar el visteo,
con Epeo hay que pelear.
Todos lo quieren cuerpiar
por su fama de ladino.
Habrá que ver si un vecino
al fin lo quiere enfrentar.

Más, haciendo pata ancha,
Euríalo se decide.
Ningún gaucho se lo impide,
y comienza la pelea.
La cosa se pone fea
antes de que se termine.

Después de varios minutos
Eneo, ya medio muerto,
de sangre el rostro cubierto
se cae al suelo, agotado.
El juego ha finalizado,
el terreno está desierto.

Ya terminado el visteo,
empiezan el tercer juego.
Mas entre mucho reniego,
y aunque Áyax pataleara,
un empate se declara
con el vivo de Odiseo.

Como Aquiles considera
esa lucha muy violenta,
por si alguno no la cuenta
les grita: "¡Paren, aqueos!
repártanse los trofeos,
y acabenlá con la afrenta."

Así se terminó el juego
y pasaron al siguiente.
De premio pa'l más valiente
que lo ganara, impetuoso:
doce bueyes vigorosos.
Recompensa conveniente.

Con Áyax se enfrentaron,
durante el cuarto juego,
Antíloco y Odiseo.
Por un simple tropezón
perdió Áyax la ocasión
de llegar, al fin, primero.

Telamonio y Diomedes
se enfrentan en el quinto,
mas con un final distinto
del que todos esperaban.
Al ver cómo se peleaban
separarlos fue el instinto.

Los premios se repartieron:
sin duda, el facón sería
para Diomedes Tidida.
Y todo lo que sobraba,
aunque mucho no abarcaba,
Áyax lo recibiría.

Como premio para el sexto,
mucho hierro se ofrecía.
Por eso competiría
con Polípetes y Epeo,
también Áyax y Leonteo.
Y el primero ganaría.

Quien mucha fuerza tenía,
Polípetes, el más fiero,
demostró tener güen cuero
al ganarle a los demás.
Y después de eso, además,
sus premios le concedieron.

Empieza otro juego más,
y contra Teucro compite
Meríones, quien permite
al otro tirar primero.
Tiene que ser bien certero
para que el error evite.

Por ser Teucro chapetón,
y sin saber muy bien cómo
Meríones, sin aplomo
con mucha facilidad
a Teucro pudo ganar
acertándole al palomo.

El octavo consistía
en un juego con la taba,
mas sin que se concretara
decidieron cancelarlo,
porque después de pensarlo
Aquiles argumentaba:

“Si ya sabemos quién gana
porque lo vimos jugar
en vez de hacerlo pelear
contra un jugador novato,
parece lo más sensato,
la contienda cancelar.”

Le dieron a Agamenón
como premio, de gauchada,
una pava decorada
con florcitas; y una pica
a Meriones dignifica
después de tal canallada.

Los juegos para Patroclo,
en fin, así concluyeron.
Los premios se repartieron,
y se fue yendo el gauchaje.
Vaciándose así el paisaje,
las estrellas lo cubrieron.

SUPERCLÁSICO

SANTO SCABUZZO

santoscabuzzo@gmail.com

Santo Scabuzzo nació en Coronel Suárez en el año 1996. Actualmente estudia Filosofía en la Universidad Nacional del Sur. Es un apasionado por las artes circenses y por la ciencia en medidas similares.

No tengo mucho más para decir. Me gusta el campo. Cualquier cosa podés escribirme a santoscabuzzo@gmail.com y te cuento un chiste boludo.

El texto que leerán a continuación fue escrito durante el primer cuatrimestre del año 2015, cuando cursé la materia Cultura Clásica.

En el vestuario, durante el entretiempo de un partido de fútbol entre Los Aqueos y Los troyanos, Aquiles y Patroclo, dos de los mejores jugadores de Los Aqueos, pasan el tiempo charlando. Ambos son adolescentes, tienen entre 16 y 17 años.

PATROCLO: –Sos un boludo.

AQUILES: –¿Por qué un boludo? Vos sos un boludo, que querés salir a jugar ahora para ayudar a los que nunca te dan pelota en nada.

PATROCLO: –¡No podés seguir caliente por lo mismo!

AQUILES: –Sí, chabón, sigo caliente por eso y tengo toda la razón. Al equipo le regalaron un par de botines nuevos para darle al mejor jugador, o sea, a mí. ¡Y el otro boludo de Agamenón, como él es el capitán del equipo, se piensa que se lo merece él! ¿Quién se cree que es para sacarme lo que me corresponde? ¡Ese botín nuevo que tiene en el ropero de la casa, que ni siquiera usa, ese es mi botín! ¡Me corresponde a mí!

PATROCLO: –Chabón, ya fue, pensá en el equipo, en tus compañeros. Venimos perdiendo todas las otras fechas porque nadie mete goles. Ayante defiende como ninguno, pero con defender no alcanza.

AQUILES: –¿Por qué voy a pensar en ellos, si lo que yo quiero es que la gente se acuerde de mí? ¿Vos te acordás de los compañeros de Heracles cuando ganó el mundial del '78? No, chabón, nadie se acuerda del compañero, del segundo o del casi mejor. Y puede ser que los sigan cagando a pelotazos como vienen haciendo hasta ahora, que a mí me viene perfecto, así ven que sin mí no juegan, que sin nosotros no juegan. Aparte, mi vieja habló con Zeus, que fue el árbitro en las otras fechas, para que les haga más difícil la victoria, para que favorezca a los otros, aunque sea mínimamente. Si quieren que vuelva, ya sabe Agamenón lo que tiene que hacer. Me tiene que pedir disculpas frente a todos, y me las tiene que pedir ÉL, nada de mandar a ningún otro del equipo, como la otra vez, que acá nadie es gato de nadie, y Agamenón no lo entiende.

PATROCLO: –¿Sabes qué? Hací lo que te pinte. Yo vine a jugar acá para acompañarte a vos, y por eso te hice la segunda en esto no jugar, pero no me gusta ver cómo mis amigos pasan vergüenza, y menos cuando se trata del superclásico contra *Los Troyanos*, porque todo el mundo se va a enterar de lo que pasa. El árbitro de las otras fechas hoy está de línea, y hoy es juez un tal “Apolo nosecuanto”. Así que yo hoy voy a salir a jugar, pero quiero que estés de acuerdo, o por lo menos que entiendas por qué lo hago. No quiero ir en contra tuya, quiero ir con mis compañeros y contra *Los Troyanos*, que andan haciendo alarde por ahí de que a ellos no les gana nadie.

AQUILES: –Bueno, hacé como quieras, tenés razón, vos no tenés por qué no jugar si el caliente soy yo. (Tono de humor) Tomá, llevate mi vincha a ver si ligás algo de mi magia jugando, o por lo menos algo de suerte.

Minutos después, termina el entretiempo.

LOCUTOR: –¡Y entra el equipo de *Los Aqueos* a la cancha! Se siente la tensión en este superclásico. *Los Aqueos* llevan varias fechas sin convertir goles, y se ve a sus dos mejores jugadores en el banco de suplentes, esperemos que ahora entre alguno

para darle emoción al juego. *Los Troyanos* entran y se van desplazando a sus posiciones en el cambio de lado en la cancha. Recordemos que llevan varios puntos arriba, así que sólo tienen que jugar a defender, un empate les es tan eficiente como una victoria. Vemos al capitán y arquero Héctor charlando con Agamenón, del equipo contrario, y salen ambos al campo de juego.

Desde el banco, Aquiles y Patroclo ven a los jugadores salir.

AQUILES: –¿Y? ¿No entrás?

PATROCLO: –Sí, seguro; en quince minutos entro, tampoco me voy a cansar al pedo. Es cosa de meter un gol y listo. Che... ¿Por qué hoy Zeus está de línea? Vos que te conocés a todos los jueces.

AQUILES: –Porque el chabón que juega de 3 para *Los Troyanos* es el hijo, y no daba para que el padre haga de réferi, pero como tampoco había muchos como para cubrir todos los puestos lo tuvieron que mandar de línea. Al pedo igual, yo prefiero que esté él de árbitro y no el chabón que está ahora. Febo Apolo siempre hace pésimos arbitrajes, y se dice que hoy está del lado de *Los Troyanos*. Prefiero jugar con uno que tenga al hijo en juego, pero sea imparcial, y no con un chabón que está de relleno solamente porque otro no podía.

Entran a la cancha Agamenón y Héctor.

AQUILES: –Mirá, ahí lo tenés al pelotudo. (*A Agamenón*) ¡Boludo! (*Héctor piensa que es para él y se da vuelta. A Héctor*) ¡Vos también!

PATROCLO: –Chabón, pará de tirar bronca.

AQUILES: –Fue, si yo no juego. Ahora sí, vos tené cuidado, jugá bien pero de lejos. La defensa que tienen es bastante buena, Héctor ataja muy bien y no le gusta para nada perder. Además, desde que lo conocemos nos tiene bronca. Y como si fuera poco, nos tocó de réferi este que no te tira una ayuda ni ahí. Así que ni te acerques al área, por las dudas.

Minuto 15 del segundo tiempo.

PATROCLO: –Bueno, fue, voy entrando.

AQUILES: –Dale, chabón. ¡Suerte!

PATROCLO: –Ahh, ¡qué pajero! ¡Me dejé la camiseta adentro del bolso, en el vestuario!

AQUILES: –Ya fue, ponete la mía y entrá, dale, así no perdés más tiempo.

LOCUTOR: –¡Y tenemos un cambio de jugadores! Sale Diomedes y entra Aquiles, luciendo la camiseta con el diez en la espalda. El partido sigue cero a cero pero parece que no va a durar mucho. ¡Ah, ah, momento! Acá me informan que no es Aquiles. Y es verdad, porque veo a Aquiles sentado en el banco. Es Patroclo con la camiseta de Aquiles, en lugar de la 9 que usa siempre. ¡Y comienza con todo! Toma la pelota y pasa a todos los jugadores como si nada ¡Y tira al arco! ¡Ataja Héctorr!!! Tiro al centro del arco y Héctor lo frena sin problemas, devolviendo la pelota de una patada al área rival. Patroclo baja corriendo, la toma y pasa a nueve jugadores

del equipo contrario sin mayor dificultad. Nunca había visto a un delantero correrse toda la cancha así, se ve que tiene ganas de jugar acumuladas desde las fechas anteriores en el banco.

AQUILES: –¡Esa! ¡Vamos, Pato, todavía!

LOCUTOR: –¡Tiro al ángulo inferior izquierdo, y vuelve a atajar Héctor! Devuelve la pelota y se repite el proceso. Patroclo la toma y pasa a varios jugadores rivales. Se encuentra con el 3 de *Los Troyanos*, Sarpedón. Se miran cara a cara, enfrentados durante unos segundos. Patroclo comienza a hacer jueguitos y amagues con la pelota. No se lo suele ver en plan estrella, eso es más propio de su compañero Aquiles, pero se ve que, en ausencia de uno, el otro toma el papel. Sarpedón decide encarar, Patroclo le pone el cuerpo y le traba la pelota. Sarpedón se cae y Patroclo sigue avanzando.

ZEUS (*a sí mismo, desde la línea*): –Uff, qué palo se pegó. ¿Qué hago? ¿Le marco la falta? No me gusta que mi hijo quede en ridículo así, y hasta podría decirse que la jugada fue un poco bruta. Como línea, igual tengo la autoridad de marcar jugadas. No, mejor no. Sarpedón está jugando muy bien, prefiero que pierda bien y no que tenga quilombo. Aparte, por algo hoy estoy de línea y no de árbitro.

AQUILES (*a Patroclo*): –¡Dale que va! Vamos, Pato, dale un toque más que ya está.

LOCUTOR: –¡Y adelantándose a uno más, logra pasarse a 9 jugadores de vuelta! Prácticamente el plantel rival completo. Pica la pelota y... ¡Héctor la ataja en el aire! Los dos rivales están tan enérgicos, que parece que el partido fuese sólo entre ellos dos, debido a su forma de opacar a los demás. ¡Patroclo pasó tres veces a nueve jugadores, y Héctor atajó tres tiros al arco de Patroclo! Nada menos que el segundo goleador de *Los Aqueos*.

AQUILES (*gritando desde el banco*): –¡Vamos, la concha de la lora! ¡Qué orgullo!

LOCUTOR: –Se acerca de vuelta, se la pasan, va a patear al arco y... ¿Posición adelantada? Me parece que no, eh. Mal arbitraje.

AQUILES (*al árbitro*): –¡Eh! ¿Qué cobrás?!

PATROCLO: –¿Dónde adelantado? Nada que ver, en todo caso lo dirá el línea.

APOLO: –Adelantado, estabas más cerca que cualquiera del arco, y no discutás que acá de árbitro estoy yo.

PATROCLO: –Bueno, hacé lo que te pinte.

AQUILES (*al árbitro*): –¡Gil!

LOCUTOR: –Luego de la extraña jugada y la posterior discusión se retoma el partido. Patroclo rápidamente recupera la pelota y avanza dirigiéndose al área. Se acerca Euforbo, el 4 de *Los Troyanos*. Lo desestabiliza empujándolo con el cuerpo. Patroclo sigue con la pelota cerca de sus pies, aunque con menos equilibrio.

AQUILES (*al árbitro*): –¡¿Y ahí no cobrás nada?!

LOCUTOR: –¡Logra entrar al área y Héctor lo barre! ¡Uff, una patada en la rodilla!

PATROCLO: –Ahhh ¡La concha de tu hermana, la pierna!

AQUILES: –¡Nooooooooo, forro! Vamos, Pato, arriba, dale que hay que seguir, no pasa nada.

LOCUTOR: –Fue un golpe bastante fuerte, pero seguro se puede seguir el juego. Ah, ah, no. Vemos que Patroclo no se levanta. Repetimos lo que acaba de pasar, Patroclo entró al área y recibió un durísimo golpe en la rodilla de parte de Héctor, cuando lo estaba barriendo. Patroclo no se levanta y comienza a aproximarse la gente. Vemos cómo se acercan los jugadores.

PATROCLO: –Chabón, me hizo mierda, no te das una idea como me duele... ¡No me puedo levantar!

ODISEO: –Pará, flaco, quedate quieto, no te muevas por si estás lastimado. Ahora te llamamos a Macaón para que entre y te revise.

Comienza a armarse un tumulto de gente alrededor de Patroclo. Jugadores de ambos equipos se acercan, discuten y, en medio de todo esto, Héctor le quita a Patroclo la vincha de Aquiles.

LOCUTOR: –El partido se encuentra demorado por la situación de Patroclo. Hay aproximadamente veinte personas alrededor y no llegamos a ver bien qué pasa; esperamos que nos confirmen el estado del jugador. Vemos que entra Aquiles corriendo a la cancha. Hay discusiones fuertes alrededor de Patroclo, los jugadores se empujan y parece que se van a las manos. Entra el árbitro a poner orden.

AQUILES (a Apolo): –Acá estás, pelotudo, te andaba buscando. ¿Acá no cobrás nada? ¿Falta en el área y no cobras nada?

APOLO: –Le trabó la pelota y se cayó por eso, se debe haber lastimado después, pero tenés razón, algo voy a cobrar.

LOCUTOR: –¡Amarilla para Aquiles, por insultar al juez! Qué barbaridad, y no cobró nada por el golpe de Héctor.

Mientras Aquiles insulta y discute con todo el mundo, sus compañeros intentan frenarlo. Afuera de la cancha, Odiseo conversa con Macaón.

ODISEO: –¿Y? ¿Cómo está? ¿Va a poder seguir jugando?

MACAÓN: –No, ni ahí, recibió un golpe fuertísimo debajo de la rodilla. Un tapón del botín le pegó en un ligamento, que se olvide de jugar por varias fechas, no se puede ni parar.

ODISEO: –Uh, la puta madre. ¡Cómo se va a poner Aquiles cuando se entere! (Llama a Antíloco) Escuchame una cosa; anda y decile a Aquiles, con la mayor sutileza posible, que Patroclo no puede jugar más, que venga a hablar conmigo mientras yo trato de ver cómo sigue todo.

Llega Antíloco al otro extremo de la cancha, donde se encuentra Aquiles.

AQUILES: –¿Y? ¿Cómo está? Se hizo mierda, ¿no?

ANTÍLOCO: –Sí, no puede jugar más. Vamos a tratar de seguir jugando igual, pero para que se calme este quilombo va a pasar un rato. Y no queda mucho tiempo.

Aparece Tetis, la madre de Aquiles.

TETIS: –Hijo, calmate. Te estábamos viendo desde la tribuna, no podés putear a todo el mundo.

AQUILES: –¿Vos viste lo que hizo el forro mala leche de Héctor? Ya lo voy a agarrar.

TETIS: –Hijo, eso no importa, concéntrate en que el partido siga.

AQUILES: –¡Pero si no tengo ni camiseta! No puedo entrar a jugar así nomás.

TETIS: –Esperá, si es por eso me voy a lo de Hefesto, acá a tres cuerdas, y te traigo una. Él de chico jugaba, así que seguro tiene alguna del club.

AQUILES: –Dale, mientras tanto yo intento hacer tiempo acá.

Se va Tetis, hablan Agamenón y Aquiles.

AQUILES: –Chabón, olvidate del tema de los botines. Ya mismo entro a jugar, le quiero ganar al forro de Héctor. Mi vieja me fue a buscar una camiseta, hacé cinco minutitos de tiempo y entro. Andá a hablar con todos para avisarles, yo me voy preparando.

AGAMENÓN: –Dale, gracias. Y ya te voy a dar los botines cuando pueda, disculpá. Recién ahora se están llevando a Patroclo en la camilla, así que tenés un rato.

Terminan de sacar a Patroclo de la cancha, llega Tetis con la camiseta. Aquiles se viste y se pone otra vincha, porque si no su pelo no le permite ver. Héctor se pone la vincha de Aquiles que le había quitado a Patroclo.

LOCUTOR: –Bueno, parece que se retoma el partido. Bastante tiempo perdido y sobre la hora del final. Minuto 40 del segundo tiempo. Aún nos queda ver quién entra para reemplazar a Patroclo. ¡Aquiles! ¡Entra a la cancha el goleador de *Los Aqueos*! ¡Qué superclásico estamos viviendo, señores! Va a dar que hablar por bastante tiempo. Entra Aquiles a la cancha, se sigue jugando cerca del área. Sacan *Los Troyanos*, pero Aquiles consigue sin problemas la pelota. El de los pies ligeros pasa a cualquiera se le cruce en frente. Como si tuviese la pelota atada, la mueve de lado a lado y de arriba abajo. Pasa a un defensor con un sombrerito, y a otro con un caño. Como él dice: “tirando magia”. ¡Se patina con un charco de barro! Pierde la pelota pero rápido se levanta. Un poco de agua no lo va a frenar. Recupera la pelota y se acerca al área. Deja atrás a todos y se para como para patear un penal. ¿Qué hace? No le queda mucho tiempo como para andar jugando. Si le erra no creo que vuelva a tener la oportunidad de hacer otro disparo al arco, y el empate les conviene a *Los Troyanos*.

AQUILES: –¿Primero te tirás a barrer a mi amigo y encima después tenés el coraje de ponerte mi vincha?

LOCUTOR: –Aquiles le dice algo a Héctor. Parece que tiene bastante para decirle, pero se acerca un defensor por atrás y no tiene tiempo para seguir charlando. Pateaaaaa. Tiro al ángulo inferior derecho, Héctor la tapa, le rebota, se le escapa, Aquiles patea de vuelta. ¡GOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOL!
¡GOL DE *LOS AQUEOS*! PRIMER GOL EN VARIAS FECHAS Y LO HIZO AQUILES EN EL SUPERCLÁSICO.

AQUILES (a Héctor): –¡Tomá, forro! Pueda ser que el pelotazo que te comiste te quede picando un buen rato. Eso va por dejar a Patroclo sin jugar, ¡gil!

APOLO: –¿Otra vez? ¿Quién te pensás que sos? Segunda amarilla, expulsado.

AQUILES: –¡Pero sí! ¡Mirá, me chupa un huevo! Hací lo que tengas que hacer, yo ya gané. Ahora me voy al banco, ni siquiera me interesa seguir jugando.

LOCUTOR (gritando): –*Los Aqueos* comienzan a correr para saludar a Aquiles. Queda solo un minuto del partido y se está pasando en medio los festejos. Aquiles les choca la mano a un par y se va al banco, sin darle demasiada importancia al asunto. ¿Qué le pasa? Acaba de ganar un clásico. Los demás festejan, mientras Héctor se agarra de un palo del arco y se queda mirando el piso. Minuto 45. ¡Termina el partido! Excelente victoria de *Los Aqueos* sobre *Los Troyanos*. El público comienza a irse. Aquiles se queda sentado en el banco mirando al piso. Uno de los mejores partidos que he visto en el último tiempo, pero no se nota en el estadio la alegría correspondiente. El mejor partido de Aquiles, y Patroclo no estuvo acá para verlo.



EL ARGONAUTA

FACUNDO SEGUROLA CASTIGLIONI

facundo_segurolo@hotmail.com

Nací en Coronel Dorrego, el 7 de junio de 1988. Actualmente estoy terminando de cursar la carrera de Abogacía, y también me encuentro anotado en la Licenciatura en Letras.

Durante el año 2012, en el marco del programa “Educar para reinsertar”, organizado por una agrupación estudiantil del Departamento de Abogacía, le di clases de “Introducción al Derecho” a los internos de la Unidad Penitenciaria N° 4 de Bahía Blanca.

Publiqué algunos ensayos en la página de internet de la señal de radio “La Dorrego” (AM 1470). Y también participé como panelista en la primera feria del libro organizada en la ciudad de Dorrego, bajo la temática “Literatura y profesión”, ocasión en la que diserté acerca del Derecho y la literatura, tomando como base para mi intervención el relato titulado “El pozo y el péndulo”, de Edgar Allan Poe.

El texto que leerán a continuación fue escrito durante el primer cuatrimestre del año 2015, cuando cursé la materia Cultura Clásica.

EL ARGONAUTA

Valor: 15 dracmas
Recargo interior: 0,50 Centauros

CNOSOS DE CRETA
AÑO XV - 1284

LA GUERRA PARECE NO LLEGAR A SU FIN

HORROR EN TROYA AQUILES MATÓ A HÉCTOR



Dijo Aquiles: "Es el fin". Tensión en el Olimpo. Apolo abandonó el recinto. Zeus: "La suerte está echada". Hera: "Es el destino"

PREOCUPACIÓN PARA LOS TROYANOS

¿QUÉ PASARÁ CON EL CUERPO DE HÉCTOR?



Sin piedad. Aquiles arrastra el cadáver de Héctor

JUEGOS OLÍMPICOS



PATROCLO 84'

TODA LA COBERTURA

(pág. 4)

ESPECTÁCULOS

SEPARACIÓN
Y RUPTURA

HELENA Y PARIS
EN CRISIS

(pág. 6)

SCHLIEMANN
LO HIZO
DE NUEVO

(pag. 7)

LA ILÍADA DE AQUILES por Homero

Lo dijo Patroclo, ya casi exánime: “Tampoco tú has de vivir largo tiempo, pues la muerte y la parca cruel se te acercan, y sucumbirás a manos del eximio Aquiles Eácida. Esta predicción se cumplió cual oráculo: murió Héctor, su verdugo, a manos de Aquiles, pues el destino y los hados así lo dispusieron. Pero, para adentrarnos en tema, es menester conocer cómo se suscitaron los hechos que dieron lugar al “combate final”.

Estaban los troyanos refugiados en la ciudad de Ilio, cuando el tropel de los aqueos los acechaba. Héctor, solo, permanecía afuera, en las puertas esneas. A lo lejos, alentado por los suyos, se encaminaba veloz Aquiles. Príamo fue el primero en divisarlo sobre la llanura. Hubiera jurado estar ante la presencia de un astro, ¡cuán resplandeciente era su figura! “Perro de Orión” le llamaban, que es brillante, pero constituye una señal funesta, porque trae excesivo calor a los míseros mortales.

En vano fueron las súplicas de papá Príamo y de mamá Hécuba para que ingresara en la ciudad y huyera del Pélida y de una muerte segura. Héctor, cavilante, reflexionaba para sí. Pensó primero en Polidamante, que le había aconsejado llevar el ejército a la ciudad la misma noche en que Aquiles se reincorporó a las filas de los aqueos, pero él no se había dejado persuadir. Y ahora, que había causado la ruina del ejército troyano por su imprudencia, el valiente guerrero le temía a su propio pueblo. Pensó en salir al paso de Aquiles y suplicarle piedad,

ofreciéndole a cambio devolver a Helena y las riquezas que su hermano Paris había traído a Ilio en las cóncavas naves. Tan pronto como lo pensó, desistió de la idea: “me mataría”, se dijo, y añadió, “lo mejor será empezar el combate cuando antes y que sea el Olímpico quien determine la victoria.”

Tales pensamientos revolvió en la mente, sin moverse de aquel sitio, cuando se le apareció Aquiles. Héctor, al verlo, se puso a temblar y ya no pudo permanecer allí: dejó las puertas de la ciudad y huyó espantado. El Pélida, confiando en sus pies ligeros, corrió tras él.

Tres veces rodearon la ciudad y, al llegar a la cuarta vuelta, Aquiles se detuvo. Lo mismo hizo Héctor, quien dijo a su enemigo: “No huiré más de ti, como hasta ahora. Mas ya mi ánimo me impele a enfrentarte, ora te mate, ora me mates tú.” A lo que respondió Aquiles: “Revístete de valor, porque ahora es preciso obrar como belicoso y esforzado campeón.” Diciendo esto, blandió y arrojó la ingente lanza. Al verla venir, Héctor se inclinó, y el arma se clavó en el suelo.

Llegado su turno, Héctor arrojó la enorme lanza con mejor dirección que su rival, pues fue directo al cuerpo de Aquiles, aunque resultó rechazada por su escudo. Ya sin lanzas, Héctor buscó a su hermano, que creía tener a su lado, para pedirles la suya, pero este no se encontraba allí. Entonces Héctor comprendió todo y exclamó: “Oh, ya la muerte me llama a su morada. Creía que Deífobo se hallaba conmigo, cuando en verdad está

dentro del muro. Ya la Parca me recibe y el destino así lo quiere. Mas no quisiera morir cobardemente y sin gloria, bien lo dijo Ernesto citando al magnánimo Emiliano: “Prefiero morir de pie que vivir arrodillado.” Y, valiéndose de coraje y valor, desvainó la aguda espada que llevaba al costado.

Aquiles lo embistió, a su vez, con el corazón rebosante de feroz cólera. Como el Véspero, que es la estrella más hermosa de cuantas hay en el cielo, se presenta rodeado de astros en la oscuridad de la noche, de tal modo brillaba la pica de larga punta que en su diestra blandía Aquiles, mientras pensaba en causar daño a Héctor y miraba qué parte de su cuerpo ofrecía menor resistencia. Fue en la garganta, que es el sitio por donde más pronto sale el alma, donde el divino Aquiles le hundió la pica a Héctor; y la punta, atravesando el delicado cuello, asomó por la nuca.

Héctor, agonizante, cayó al suelo, pero con lánguida voz pudo pronunciar algunas palabras. Suplicó por su cadáver, para que fuera devuelto a sus padres y así evitar ser despedazado y devorado por los perros, amenazas que constantemente profería su vencedor. Como suele decirse, ya con el último aliento, Héctor vaticinó para Aquiles su muerte, no tan lejana, a manos de Paris. Entonces, Aquiles, ciego de ira, le hundió la espada en el pecho. Un frío de muerte desató los miembros de Héctor, cuyo espíritu, indignado, lanzó un gemido y huyó a la región de las sombras.

CRÓNICA DE UNA MUERTE ANUNCIADA

por **Aristos Krates**

Diez años transcurrieron ya desde el momento en que se desencadenó la disputa entre aqueos y troyanos. La reciente muerte de Héctor, guerrero y héroe emblemático del ejército troyano, a manos de Aquiles, el más fuerte de los griegos, parecería indicar que todo está llegando a su fin. Ambos pueblos así lo desean.

Haciendo un repaso de lo ocurrido en el último mes, deben mencionarse, en primer término, las bajas en el ejército aqueo, propiciadas en su momento por la partida de Aquiles. La ventaja que ello representó para los troyanos fue tal, que llegaron a incendiar una de las naves del ejército enemigo.

Aquiles, enemistado y en fuerte disputa con Agamenón, desistió de la lucha y abandonó el ejército. Se rumoró, en su momento, que la guerra se resolvería con un combate singular entre Paris y Menelao, situación que al final no se concretó. La victoria parcial de Menelao, con la huida y desaparición de Paris, habría significado el fin de la guerra y el triunfo de los Aqueos. Pero fue el troyano Pándaro, quien, violando lo dispuesto en los pactos, le disparó una flecha a Menelao. Los aqueos, ante se-

mejante traición, decidieron reemprender la batalla. Patroclo, uno de los mirmidones alejados del combate junto a Aquiles, al ver que la situación era desesperada, le pidió permiso a su amigo para tomar sus armas y reincorporarse a las filas argivas. Una vez que obtuvo la armadura del Pélida y se la colocó, ingresó a la batalla, provocando bajas importantes, entre ellas la de Sarpedón. Pero fue el destino, o la desmesura de Patroclo y su afán de gloria, lo que determinó su muerte a manos de Héctor.

Ya es conocido el vaticinio de Patroclo acerca de la futura muerte que Héctor tendría al combatir con Aquiles, hasta ese momento alejado de la lucha. De alguna manera, Héctor cometió la misma torpeza que Patroclo, cuando desoyó los consejos de Polidamante para volver a la ciudad con el ejército troyano. Ávido de gloria, la noche en que Aquiles oficializaba su vuelta al combate, se negó a escucharlo.

Murió finalmente Héctor a manos de Aquiles, tal como se lo anunciara Patroclo agonizante. Sólo resta saber si este es el fin de la guerra, o el principio del fin de Aquiles.



JUEGOS OLÍMPICOS: PATROCLO '84

Como cada cuatro años, se celebran los Juegos Olímpicos. Esta vez el honrado fue el recientemente fallecido Patroclo, de linaje aqueo.

Como en cada inauguración, ya es costumbre la alusión a Píndaro. Y se dio inicio a la competencia con una referencia a las palabras que en otro tiempo había pronunciado en homenaje a los deportistas que intervinieron en los juegos: "Cual un hombre rico vierte la copa donde centellea el rocío de la viña..., tal yo vierto a los héroes triunfantes el néctar de mis versos, presente de las musas, dulce fruto de mi ingenio; lleno de júbilo el corazón de aquellos que se han ceñido la corona de Olimpia y de Delfos."

Los premios para esta primera jornada, que se desarrolló con total normalidad y tuvo como anfitrión a Aquiles, fueron, entre otros, calderos, trípodas, caballos, mulas, bueyes de robusta cabeza, mujeres de hermosa cintura, y el luciente y tan anhelado hierro.



PRIMER JUEGO: Carrera de carros

Tabla de posiciones: 1. Diomedes Tidida
2. Antíloco
3. Menelao Atrida
4. Meriones
5. Eumeo

SEGUNDO JUEGO: Pugilato

Resultó ganador, en la única pelea desarrollada en la jornada, Epeo sobre Euríalo.

TERCER JUEGO: Lucha

Empate entre los únicos dos luchadores que se enfrentaron, Áyax y Odiseo.

CUARTO JUEGO: Lanzamiento de bola

Venció Polípetes en esta disciplina. Los restantes participantes, con dispar suerte, fueron Leonteo, Áyax y Epeo.

QUINTO JUEGO: Arco y flecha

Meriones se impuso ante Teucro.

SEXTO JUEGO: Lanza

Agamenón aventajó en suerte y destreza a su contendiente Meriones.

SÉPTIMO JUEGO: Lucha

Empate entre Áyax y Diomedes.



EL LABERINTO Y EL MINOTAURO



ACERTIJO: LA ESFINGE PREGUNTA



¿Cuál es la criatura que en la mañana camina en cuatro patas, al mediodía en dos y en la noche en tres?

Respuesta: _____

¿FIN DEL AMOR? HELENA Y PARIS EN CRISIS por Sor Kratos

Una relación tan famosa y a la vez controvertida, como la de Helena y Paris, parece estar llegando a su fin.

Los rumores de ruptura se acrecentaron, luego de algunas declaraciones de Helena respecto a su actual esposo, que dejaron, por cierto, muy mal parado al guerrero troiano.

Si bien el mismo Paris se encargó de desmentir todo en forma tajante, el momento crítico que atraviesa la pareja parece haberse profundizado el mismo día en que se batieron a duelo por la suerte de Helena, el “actual” y su “ex”, en combate singular.

El Argonauta pudo consultar fuentes privadas, según las cuales, en el momento previo al combate, Helena habría manifestado deseos por su anterior pareja, Menelao, añorando su patria y su linaje.

La “huida” de Paris acrecentó el descontento de su prometida. Desde el palacio mismo afirman haber escuchado los gritos y acusaciones de Helena hacia Paris, tildándolo de “cobarde”.



Pero el punto más álgido de la “batalla amorosa” se habría dado cuando, de boca de la misma Helena, salieron palabras críticas y agresivas hacia su marido: “Debió tocarme ser esposa de un varón más fuerte, a quien dolieran la indignación y los muchos baldones de los hombres. Tan desgraciada como yo ha resultado ser Alejandro. Aunque no lo culpo. Zeus nos dio mala suerte a fin de que a los venideros les sirvamos de asuntos para sus cantos”.

El otro protagonista de esta trama, un Paris reacio a las entrevistas, cuando fue consultado respecto a la crisis que atravesaría con su mujer –sobre la que se hablaba por todo el pueblo– le puso paños fríos a los rumores, adoptando una postura totalmente diferente a la de su –por ahora– esposa Helena: “Jamás la pasión se apoderó de mi espíritu como en este momento. Con tan ansia la amo, y tan dulce es el deseo que de mí se apodera”.

Hace no mucho, el recientemente fallecido Héctor, hermano de Paris, había pronunciado palabras no tan amistosas respecto a su hermano, después del combate con Menelao y de su ulterior desaparición de escena. Lo llamó “desgraciado” y “rencoroso”, acusándolo de haber sido el causante de la guerra por la que los hombres perecían combatiendo al pie de los altos muros de la ciudad.

Paris no ha manifestado palabra alguna con respecto a la muerte de Héctor. En cambio, Helena sí se refirió al deceso de su –hasta el momento– cuñado Héctor. Muy compungida y triste, dijo estas sentidas palabras: “Con el corazón afligido lloro a la vez por ti y por mí. Ya no habrá en la vasta Troya quien me sea benévolo ni amigo. Héctor fue el cuñado más querido de mi corazón”.



SCHLIEMANN Y EL ETERNO RETORNO

por F. S.

Fue aproximadamente en el año 1870 cuando el acaudalado arqueólogo prusiano Heinrich Schliemann ofrecía al mundo sus hallazgos.

Las excavaciones en la colina de Hisarlik y en Micenas dieron cuenta de la existencia de un centro histórico, así como también de otras tradiciones épicas. Descubrió los restos de una serie superpuesta de núcleos urbanos y fortalezas, de las cuales la más reciente era la Ilio de la época helénica y romana. Schliemann identificó ese asentamiento como la Troya homérica.

En 1874, sobre un círculo de tumbas excavadas en el interior de la muralla de Micenas, halló máscaras, copas, sellos y láminas de oro, puñales de bronce con ornamentación embutida de oro, plata y niel, utensilios y armas de bronce. Con estos datos, Schliemann aportó un cierto grado de verosimilitud a lo que se creía simbólico: el mito de Troya, que se transformó en realidad. Se cree que Homero, en su poema, estaba describiendo aspectos de su época, verbigracia, la "Micenas rica en oro" (*Iliada*, canto XI, 46).

En *Historia de la eternidad* (1936), Jorge Luis Borges nos habla del eterno retorno. En boca de Platón, si los períodos planetarios son cíclicos, también la historia universal lo será; al cabo de cada año platónico, renacerán los mis-

mos individuos y cumplirán el mismo destino. En 1616, escribió Lucilio Vanini: "De nuevo Aquiles irá a Troya; renacerán las ceremonias y religiones; la historia humana se repite; nada hay ahora que no fue; lo que ha sido será; pero todo ello en general, no en particular."

Bertrand Russell, sigue Borges, dice: "muchos escritores opinan que la historia es cíclica, que el presente estado del mundo, con sus pormenores más ínfimos, tarde o temprano volverá." Y finaliza, ahora con sus propias palabras, sentenciando el poeta y genio argentino: "Si los destinos de Edgar Allan Poe, de los Vikings, de Judas Iscariote... son el mismo destino, el único destino posible, la historia universal es la de un solo hombre."

Habiendo hecho esta alusión al carácter cíclico del tiempo, podríamos imaginarnos a un Schliemann, en tiempos ulteriores, hallando las ruinas de lo que podríamos llamar "La Guerra de los Mundos" (o II Guerra Mundial). Podemos pensar en el hallazgo de lo que alguna vez fue Hiroshima, que, a la manera de la mitología, un dios enojado con los ciudadanos nipones hizo desaparecer prácticamente del mapa, que es casi lo mismo que hablar de la bomba atómica.

Los escenarios son los mismos, pero los mecanismos e instrumentos son otros. La espada blanca de Aquiles y la dinamita furtiva del siglo XX. El Caballo de Troya y la astucia de Sinón, Robert Oppenheimer y el Japón.

El presente trabajo, que aquí finaliza, data aproximadamente del siglo XIII a.C., cuya fecha tentativa es 1284, el décimo año de la batalla de Troya. En el siglo XX tuvo lugar lo que yo llamo "La Guerra de los Mundos". Unos años antes, Borges escribía el mencionado libro, *Historia de la eternidad*. Pero fue en el siglo XIX, más precisamente en 1870, cuando Heinrich Schliemann iniciaba sus excavaciones en la colina Hisarlik, casi al mismo tiempo en que un caballo de madera era introducido en Troya, el Enola Gay sobrevolaba Hiroshima, y, en Coronel Dorrego, año 2015, escribía yo, Facundo Seguro.

STAFF

EDITORES RESPONSABLES

El Local S.R.L.

DIRECTOR

Juan Carlos Platón

JEFE DE REDACCIÓN

Esifí Hodo

FOTOGRAFÍAS

Man Ray

DISEÑO

Ana Zágoras

CORRECCIÓN

Likui Peiper

JEFE DE PRODUCCIÓN

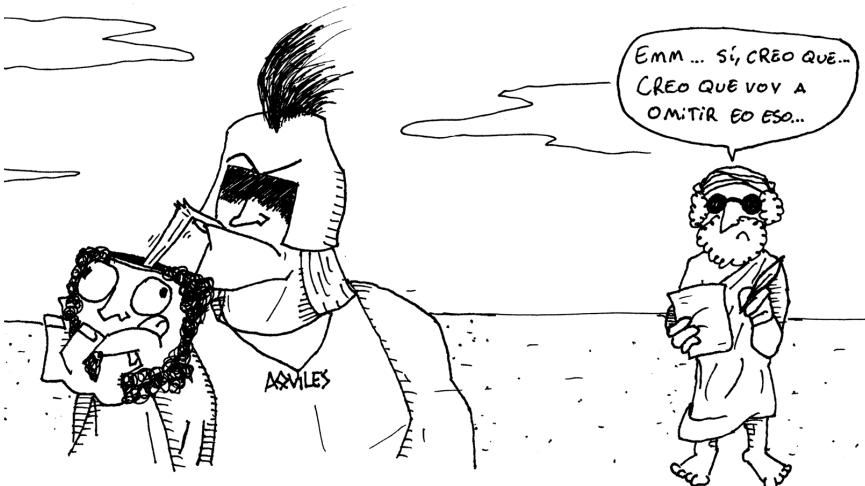
Ponzio Pilotes

AVISOS FÚNEBRES

Q.E.P.D. Falleció en Troya Licaón	Q.E.P.D. Falleció en Troya Asteropeo	Q.E.P.D. Falleció en Troya Tersíloco	Q.E.P.D. Falleció en Troya Midón
Q.E.P.D. Falleció en Troya Trasio	Q.E.P.D. Falleció en Troya Enio	Q.E.P.D. Falleció en Troya Ofelestes	Q.E.P.D. Falleció en Troya Demoleonte
Q.E.P.D. Falleció en Coronel Dorrego Élida Noemí Castiglioni de Segurola	Q.E.P.D. Falleció en Troya Equecio	Q.E.P.D. Falleció en Troya Héctor	Q.E.P.D. Falleció en Troya Areítou

HUMOR GRÁFICO

por Gabriel Carrasco



FRAGMENTO

GONZALO SIMONETTI

huecouno@gmail.com

Gonzalo Simonetti nació un 27 de abril del año 1996. Es oriundo de Bahía Blanca, cursa las carreras de Profesorado y de Licenciatura en Letras en la Universidad Nacional del Sur y, además, es estudiante de guitarra, especializado en tangos. Bajo el seudónimo artístico “Hueco Uno, 2017”, publicó en 2017 su primer LP solista titulado *Catalepsia* y el EP *Vol.1*, de la banda *Körper*, que integra como bajista. Participó, durante los años 2015-2016, en el proyecto de extensión de la UNS, titulado “Violencia y sexualidad en las escuelas”. Amante del nuevo tango y del surrealismo, actualmente trabaja en la creación de su primer libro de cuentos, que se llamará *Las memorias de Pill Lumba*.

JORGE LO PRESTI

jorge.lp.96@gmail.com

Jorge Pablo Lo Presti nació el 19 de mayo de 1996, en la ciudad autónoma de Buenos Aires. Es hijo de Ana María Sarmientos y de José Lo Presti. En 1997 se traslada a la localidad de Bahía Blanca. Ingresa en el Conservatorio de Música en el año 2005. Durante todo el secundario se interesa por la literatura y la música. Termina el nivel secundario en el año 2013, en la Escuela Media 13. Comienza a estudiar la carrera de Letras en la Universidad Nacional del Sur en 2014. También participó en el proyecto de extensión titulado “Violencia y sexualidad en las escuelas”. Actualmente, continúa sus estudios universitarios en la ciudad de Bahía Blanca.

Lo que leerán a continuación pertenece a un texto escrito durante el primer cuatrimestre del año 2015, cuando ambos cursaron la materia Cultura Clásica. En ese entonces, los trabajos se entregaban sólo impresos, y ahora aquellos archivos digitales no aparecen por ningún lado. Así que, a modo de fragmento papiráceo, conservamos sólo estas pocas palabras.

**Gabriela Marrón**

26 de mayo de 2015 ·

Patroclo: --Eh, ameo, dale, rescatate y ganá el juego, por los pibes.
 Aquiles: --No, Agamenón me re-bardeó, lo voy a reventar. Encima agita y no corre ni medio metro, el muy gato.
 Patroclo: --¡Entonces dejame jugar en tu lugar, papá! Me prestás la camiseta y la vincha, y los hago bosta, chabón.
 Aquiles: --Está bien. Tomá. Andá y ganá, por el equipo. Pero no te hagás el loco, porque los troyanos bosteros estos y su hinchada se van a ir de mambo y te van a tirar cualquier cosa con tal de sacarte de la cancha.
 Patroclo: --Les va a re-caber ahora, vos tomate un vino y aflojá, que yo voy a ganar el partido.
 Aquiles: --Suerte, voy a rezarle al Jesús para que vaya bien.

Listo, con este dialoguito que pertenece a la adaptación de la Patroclea que hicieron [Jorge Lo Presti](#) y [Gonzo Simonetti](#), bajo la persiana y me voy a dormir.

Me gusta

Comentar

Compartir

Jorge Lo Presti, Iara Graells y 34 personas más

1 vez compartido

6 comentarios

**Manu Danza** el "ameo" ~ "amigo", es muy bueno!

Me gusta · Responder · 2 años

4

**Antonela Enriqueta Dambrosio** "Los chicos no escriben", "los chicos no leen", "los chicos no tienen imaginación". Daaaaaa

Me gusta · Responder · 2 años · Editado

7

**Manu Danza** Ahí tené, tomá pa' vo!

Me gusta · Responder · 2 años

3

**Ariel Marconato** Posta que es medio gato Agamenon

Me gusta · Responder · 2 años

2

**Brian Sandoval** Aquiles hablando con Patroclo en un bondi, 22 hs llendo al conurbano.

Me gusta · Responder · 2 años

3

**Isa Blanco** vamoos lo pibe!

Me gusta · Responder · 2 años



Escribe un comentario...

HELENA SUBLIME

LORENA VALDERRAMA

lorefv@live.com

Mi nombre es Lorena Fernanda Valderrama, nací el 30 de Diciembre en la ciudad de Bahía Blanca, provincia de Buenos Aires. Egresé de la Escuela Superior de Comercio Prudencio Cornejo, y actualmente soy alumna de la Universidad Nacional del Sur, donde completo mis estudios en Profesorado y Licenciatura en Letras.

Utilizo mi carrera como excusa para leer demasiados libros y ver demasiadas películas mientras disfruto de un empleo de medio tiempo rodeada de macetas y elementos de jardinería.

El texto que leerán a continuación fue escrito durante el primer cuatrimestre del año 2017, cuando cursé la materia Cultura Clásica.

¿A dónde van las palabras que no decimos? Miles de ellas quieren escapar de mí desde hace mucho tiempo, y no soy capaz de dejarlas ir. Entonces pienso si existirá, acaso, un lugar donde sobreviven, algo que quizá conforme un espacio seguro, cuya función sea conservar esto que para mí es tan sagrado. Por otro lado, dentro de mi mente, cabe la posibilidad de que quizá este espacio forme una pequeña parte de un gran olvido, que a medida que transcurra el tiempo las palabras se vayan extinguiendo, y todo mi cuerpo las deseche, no exactamente de la manera en que yo quisiera.

Somos las palabras que decimos, aquellas que muy cautelosamente elegimos utilizar. Somos la manera en que las ensamblamos, la música que creamos a través de su poder. Todas y cada una de ellas son el poema que me forma, por ende me cuestiono si vale la pena arriesgarme a dejarlas en manos de un futuro certero y cruel. Quizá sea lo que debe hacerse. ¿Pero qué conforma al deber? ¿Qué se incluye en él? Tal vez no sea más que una elección, una decisión tan cotidianamente pasada por alto para algunos, tan sobrevalorada, que representa para mí la perseverancia. ¿Esculpir estos morfemas conllevaría a mi propia destrucción? ¿Conservarlos en mi mente no sería aún más trágico que perderme? ¿Acaso esto mismo haría también que muriese parte de mi alma?

Puedo quebrarme; es posible que ya no distinga entre mis pensamientos e irrite a la divina de las diosas. Tengo el poder de acusar de engaño a la risueña Afrodita y hago uso de ese poder. Qué más quisiera yo que fuese verdad mi pasado como deidad y adjudicar a ello y a mis palabras toda la osadía posible en situaciones que tan complicadas respecto a lo que, se supone, debe ser mi posición.

Ya son muchos los pesares que conturban mi corazón. Absorbiendo las palabras, restringiendo mi pensar, obnubilando todo aquello que puede llegar a tener el poder de liberarme, yo, necia, elijo día a día conservarlo en el interior. Borro todo tipo de oportunidades, me consumo a mí misma, no consigo respirar.

¿Debo arriesgarme hacia lo que nunca se me prometió? ¿Sería placentero adjudicar a mis acciones situaciones no decretadas por el destino? ¿Con qué fin podría explicarme acerca del ser que llevo dentro con aquellos a los que le resulta ajena toda esta revolución? Pienso demasiado en lo que necesito para sobrevivir en mi propio mundo de ideas, pero la verdad es que va mucho más allá de lo que puedo llegar advertir. Porque mis palabras, desde el preciso instante en el que salen de mi boca, dejan de ser parte de mi propiedad, y pasarán entonces a formar la conclusión de una percepción, quizá errónea, de lo que quiero decir. Por eso elijo, de ahora en más, guardármelas, porque sé que empezar y terminar en mi mente es el mejor destino que les puedo brindar.

Conozco una historia en la que se llega a la conclusión que planeo abarcar y utilizar de ahora en más:

Que otros practiquen –si les divierte– idiosincrasias. Que otros tengan para las cosas una sonrisa de serrucho, una mirada de charol.

Yo he optado, definitivamente, por lo sublime y sé, por experiencia propia, que en la vida no hay más solución que la de sublimar, que la de mirarlo y resolverlo todo, desde el punto de vista de la sublimidad.

(Oliverio Girondo).

HÉCTOR MUERDE EL POLVO

CARLA SOFÍA VAZQUEZ

carlasvazquez@hotmail.com

Carla Sofía Vazquez nació el 12 de julio de 1995, en Bahía Blanca, y se graduó en el Colegio Nacional de esa misma ciudad, en el año 2013. En 2015 se mudó a La Plata, donde vivió durante un año y, al volver, empezó a estudiar la carrera de Licenciatura en Letras en la Universidad Nacional del Sur. Tiene tres hermanas, una mayor y dos más chicas. Es del signo cáncer. Es vegetariana. En su tiempo libre disfruta de salir a andar en bici y asistir a clases de Pilates. Entre sus escritores favoritos se encuentran Jane Austen y John Ronald Reuel Tolkien.

El texto que leerán a continuación fue escrito durante el primer cuatrimestre del año 2016, cuando cursó la materia Cultura Clásica.

Apenas le chillaron que el gato de Héctor había sido quien lo volteó a Patroclo, el sacado de Aquiles quería ir de movida a aplicarle mafia. Él tenía claro cómo iba a terminar todo. Su vieja le había avisado que, si se empecinaba en correrlo a Héctor, no iba a poder vivir para contarle, porque el viejo de arriba ya lo había cantado así. No había vuelta que darle, pero igual al jefe ya nada ni nadie le movía un pelo: no podía soportar seguir pateando por la vida sin su cumpa, Patroclo.

Al trote, para ayudarlo un poco más, su vieja –la Tetis– mandó a hacer para él unos nuevos trapos, que iban como piña para salir de caño. Y el jefe, antes de tomarse el palo, les dijo a todos los pibes del barrio que no se hicieran más los sotas, porque ya no estaba caliente con ninguno de ellos, ni siquiera con Agamenón (que, como de costumbre, se había lavado las manos y ahora pretendía nunca haber boqueado a Aquiles, ni haberle querido quitar a su jermu, Briseida).

Tras cartón, apenas Aquiles empezó a patear para la casa de Héctor con los pibes, que querían acompañarlo al quilombo como siempre, resultó ser que los troyanos seguían contando con el aguante del dios Apolo, el que te la emboca de lejos. Entonces este los engatusó, haciéndose pasar por Agenor, y así logró hacer tiempo para que todos los troyanos se refugiaran tras las murallas de Ilión; todos menos Héctor, que se quedó afuera.

Príamo fue el primero en fichar a Aquiles sobre la llanura, desde lo alto del muro, porque el Pélida resaltaba a causa de sus altos trapos. Entonces gimió el viejo rey, pidiéndole a su hijo, el más capo de los troyanos, que no se entregara a la muerte a manos de Aquiles, para no terminar igual que el resto de sus hermanos. El carnaza de Príamo insistía: “Ven dentro del muro, hijo querido, para salvar a tu ranchada; no quieras fantasmear dándole inmensa cabida al Pélida, porque el viejo de arriba nos la va a agitar.” A su vez, su madre, Hécuba, le gritaba: “Ni tu esposa ni yo nos vamos a poder siquiera bajonear tranquilas a causa de tu muerte, porque los perros van a terminar calmando su gula con tu cadáver.” Pero Héctor seguía plantado frente a la muralla, esperando a Aquiles, que ya asomaba, listo para dársela. Lo esperaba re duro y liso, carburando sobre su fin y el de su pueblo. Se había metido en ese lío sólo por no quedarse piola cuando Aquiles había decidido volver al quilombo. Y si bien ahora flashea con ir a chuparle las medias al Pélida, sabe que se la va a agitar y no le va a dar cabida a ningún chantaje que a cambio le pueda ofrecer.

Después de todo, el que tiene la última palabra acerca de a quién le corresponde mostrar más aguante es el viejo de arriba. Pero apenas Héctor ve a Aquiles, arruga y se las toma. El jefe lo sigue piola, con sus altos pies, persiguiéndolo sin parar. Uno, piola, huía; y el otro, más piola, lo corría. La cabida era por Héctor, el amansador de caballos.

Mientras el viejo de arriba miraba el tremendo bardo con sus compas, sintió lástima por Héctor, porque al fin y al cabo que era buen tipo, y siempre había cumplido con la cuota alimentaria. Entonces dudaba si hacerlo zafar de Aquiles o no, hasta que Atenea, boqueándose, le dice: “Mirá, viejo, si te pinta, vos salvalo, pero ya sabés que su destino es estirar la pata. Y que te quede claro que no todos tus compas te bancamos en esta.” El viejo, fastidiado, le retruca: “Terminala, Atenea. Ya fue, no te enrosqués de gusto, porque no pienso meterme. Mirá, andá, bajá vos y hacé lo que se te cante.”

Justo entonces Apolo, el que te la emboca de lejos, le daba una mano a Héctor por última vez, volviendo rápidas sus rodillas, para que así pudiera escapar del Périda. Aquiles le insistía a los pibes en que no quería que ellos se metieran en el bardo. Decía que él se la bancaba solo, sin necesidad de segundos, no fuera a ser que alguien le afanara la fama. Y cuando iban ya como por la cuarta vuelta alrededor de las murallas de Ilión, el viejo de arriba tomó la balanza de oro, pesó la suerte de los dos guerreros, y vio que ya era hora de que Héctor mordiera el polvo.

Cuestión que Atenea se aparece adelante de Aquiles, diciéndole que él se prepare para aplicar mafia y que ella va a chamuyarse a Héctor, para que por fin pueda encararlo de una buena vez. El Périda le hizo caso a la diosa guerrera y se quedó pillito. Entonces Atenea, la que la tiene más clara, se acercó al capo de Héctor adoptando la figura de Deífobo, para darle un empujón y endulzarle el oído: “¡Mi hermano, el más copado! Mirá, parece que el rápido Aquiles se la banca más que vos, persiguiéndote alrededor de Ilión, pero igual encarémoslo juntos. Que no decaiga, vayamos al choque. A ver si el Périda nos mata, llevándose nuestros sangrientos despojos, o si logramos hacerlo caer, vencido por nuestros brazos. ”

Héctor, re-confiado, avanza y sale a enfrentarse a Aquiles, pero tira el primer golpe y falla. Entonces, cuando se da vuelta para pedirle ayuda a su hermano, recién cae y se da cuenta de que fue descansado por Atenea, la que la tiene más clara. Héctor está al horno. Sabe que le llegó la hora y por eso le dice al Périda: “Eh... mirá... si vamos a pelear, que el que gana devuelva el cuerpo, ¿te va?”

Aquiles, sobrador, responde: “Nah, a la gilada ni cabida, yo la miro desde arriba.” Héctor, un poco hartito, le retruca: “Cualquiera se hace el copado si tiene a Atenea de su lado.... Vamo a calmarno un toque...” Pero Aquiles lo interrumpe, sin dejarlo terminar: “No me calmo nada. Bien sabías que se te iba a armar el bondi, toga.” Entonces el Périda se le tira encima, sin falla con un solo golpe. Héctor, moribundo, le suplica una vez más que, una vez muerto, le sea entregado a sus familiares el cuerpo. Pero Aquiles no cede en su ataque, mofándose de cómo sus restos serán comidos por los perros. Héctor, ya en las últimas, le boquea que su propio final tampoco está lejos, porque en cualquier momento lo van a voltear Apolo y Paris en Ilión. Entonces el Périda, al hundirle la espada, responde: “Estoy dispuesto a morir, cuando el viejo de arriba mande.”

CHATS CLÁSICOS: ODISEO Y PENÉLOPE

STEFANÍA ZICKERT

stefaniazickert@gmail.com

Mi nombre es Stefanía Zickert. Nací el 24 de septiembre de 1992 en la ciudad de Bahía Blanca, donde actualmente vivo.

Completé mis estudios secundarios en la Escuela Técnica N° 3, de donde egresé como técnica en gestión organizacional.

Al entrar en la universidad mi primera elección fue la carrera de Abogacía, pero años más tarde decidí cambiarme a Letras.

Actualmente soy estudiante de la carrera Licenciatura en Letras de la Universidad Nacional del Sur.

Me interesa especialmente el estudio de los idiomas, entre ellos el inglés, el japonés, y por supuesto, el español. En el futuro me gustaría desarrollarme en traducción e interpretación.

El texto que leerán a continuación fue escrito durante el primer cuatrimestre del año 2016, cuando cursé la materia Cultura Clásica.



Odiseo
en línea



¿Te olvidaste que tenés una mujer, vos? ¡Hace días que no me escribís! ¿Cómo va todo?

02:31 ✓✓

Disculpá, no tuve tiempo. No sabés la que se armó. Ahí te cuento.

02:31

What pass?

02:31 ✓✓

Nada, viste que Agamenón andaba contento porque tenía a la Cris... Bueno, ahora el padre, el sacerdote Crises, anda buscándola, ya dijo que no la quiere ni ver con Agamenón.

02:32

Este Agamenón... ¡Es un loquillo!

02:32 ✓✓



Escribir mensaje





Odiseo
en línea



Y, no es para menos, Criseida está bastante linda.

02:33

No tanto como vos, obvio. 😏



02:33

Jaja, ¡qué gracioso! 😏

02:34 ✓✓

¿Estás cegado por hybris o qué te pasa? Bueno, ¿era eso o pasó algo más?

02:34 ✓✓

Pff, ojalá fuera eso nomás. Resulta que el viejo la vino a buscar, y Agamenón, viste cómo es, lo sacó matando. Le dijo que no largaba a la Cris por nada, y que mejor ni lo viera rondando de nuevo por acá.

02:34



Escribir mensaje





Odiseo
en línea



Justo ahora está hablando con Aquiles sobre eso. Después te cuento bien.

02:40

Ok, no cuelgues.

02:40 ✓✓

Sonamossss. ¡¡¡Se encabronó Aquiles!!! Y todo por culpa del atrida, ya veía yo que le andaba echando el ojo al botín ajeno, y no se salvaba nadie.

03:20

¿Eh? ¿¿Por qué??

03:21 ✓✓

Y... viste, después de la que se armó, ya había avisado que si resultaba que él era el único que se quedaba sin botín, no le iba a temblar la mano en sacarle algo a alguno de nosotros. ¡Mirá si es atrevido!

03:22



Escribir mensaje





Odiseo
en línea



Y... es que por consejo de Aquiles hubo reunión y se decidió consultar al adivino. Ahí saltó la posta. Apparently, Apolo no va a cesar hasta que se haya restituido a la Cris, y encima tenemos que llevarle una sagrada hecatombe a Crisa.

02:38

¡Já! Me imagino la bronca de Agamenón.

02:39 ✓✓

Sí, ahora parece que por fin se decide a mandar a la Cris con el padre. No es gil, sabe que con Apolo no se juega. Pero ya anda relojeando a ver qué se puede agarrar para él. No sea cosa que sea el único infeliz que se queda sin la torta, viste.

02:39



Escribir mensaje





Odiseo
en línea



Pero eso no es todo, aparentemente Crises le fue a llorar a Apolo, porque ahora no para de llover la peste por estos lados. Ya varios cayeron.

02:36

Vos cuidate, por favor. No quiero pensar que estoy todo este tiempo teniéndote la vela para nada...

02:36 ✓✓

¿Tenerme la vela? ¿No era que estabas tejiendo? 🤔

02:36

😬 ¿Y cómo saben que le fue a pedir a Apolo que los castigara?

02:37 ✓✓

¿Quién pasó el chisme?

02:38 ✓✓



Escribir mensaje





Odiseo
en línea



Acto seguido se pusieron a discutir Aquiles y Agamenón. ¡¡Aquiles le dijo de todo menos lindo!!

03:22

¡¡Y tiene razón!! Ya se ve venir que le va a sacar a Briseida, aunque todos sabemos que Aquiles es más valiente, y en un mano a mano le gana a cualquiera.

¡Tiene más aguante que Agamenón, pero seguro!

03:24 ✓✓

Sí, por eso tenía una bronca bárbara. Dijo que mejor se volvía para Ftía, que él no iba a quedarse sin su honra y sin ganancia, para dársela a él.

03:25



Escribir mensaje





Odiseo
en línea



Al toque se puso a desenvainar la espada, el muy loco, y de la nada no se qué pasó que se frenó a sí mismo.

03:26

¡OMG! ¡Intervención divina! No lo quisieron los dioses.

03:26 ✓✓

La cosa es que iba envalentonándose cada vez mas. Tanto que le juró que se las iba a ver negras en el futuro y que ahí se iba a acordar de él. Yo nunca lo vi tan sacado. Se escuchaba: "Ea" de acá, "Ea" de allá. Ahora le decimos "Aquiles, el rápido y furioso".

03:28

¡Ay, no! ¡Qué bardo che!

03:28 ✓✓



Escribir mensaje





Odiseo
en línea



¿Qué van a hacer si se enojó
posta?

03:29 ✓✓

No sé, pero por ahora...

03:29



Menos mal que saltó Nestor, el
de buen chamuyo, para calmar
las aguas.

03:30



Escribir mensaje



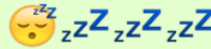


Odiseo
en línea



Y... Ese Néstor... ya las pasó todas. Me imagino. Se habrá puesto a contar sus hazañas y vivencias como siempre.

03:31 ✓✓



zzz zzz zzz

03:31 ✓✓

Así fue. No te puedo contar todo en detalle porque tardaría mucho. Y viste que acá estoy en el medio de la nada, casi sin señal. La cosa es que al final no se resolvió nada, y se fueron cada uno por su lado, más enojados de lo que ya estaban.

03:33

Con esa excusa, no me contestás nunca, y yo veo que me clavás el visto, eh. 🙅

03:34 ✓✓



Escribir mensaje





Odiseo
en línea



Pero, cheeee... vos, también, pretendés que te cuente todo. Acá me dicen “muy astuto, pero pollerudo”.

03:35

Mirá, con el tiempo que hace que te fuiste, es lo mínimo que podés hacer.

03:36 ✓✓

Ahí me avisan que ya salimos a llevar a la Cris, y las hecatombes para Apolo. Soy el capitán. Hablamos beibi.

03:37

Ok. Cuando vuelvas escribí. ¿Cuánto falta para que estés de nuevo acá?

03:38 ✓✓

Na... calculale un tiempito más, no mucho.

03:39



Escribir mensaje



TODO PRESO ES POLÍTICO (Y ESTE LIBRO TAMBIÉN)

Siempre la consigna tiene algo de valla y algo de trampolín, algo de punto de llegada y algo de punto de partida. Es esas cosas, sin duda, y otras. Pero sobre todo es un pretexto, un texto capaz, como todos, de producir otros. O de producir el espacio donde se producen otros.

Mario TOBELEM, *El libro de Grafein*, 1994

La percepción de las comunidades educativas universitarias en relación con las cátedras de estudios clásicos siempre está sujeta a ciertas simplificaciones hiperbólicas por parte de los dos colectivos involucrados: no faltan clasicistas temerosos de que la materia a su cargo sea inminentemente sustituida por una asignatura pedagógica de nombre incomprensible, bibliografía nula y amasado creativo de plastilina como mayor dificultad; ni tampoco colegas de otra áreas, que nos vislumbren como milenarios saurios arcaicos, conservadores y de derechas, bregando por la enseñanza curricular del griego y del latín desde la salita rosa del nivel inicial. Ni tanto, ni tan poco.

Basta con alzar la vista en alguna dependencia de la Universidad Nacional del Sur, para que desde el entorno circundante el viejo escudo nos advierta –seamos o no versados en la lengua del Lacio– que nuestro lema institucional fue y sigue siendo: *ardua veritatem* (“la verdad no es cosa fácil”). La comisión que estudió y sugirió ese sintagma, adoptado por el Consejo Superior Universitario en julio de 1965, estaba integrada por Héctor Ciochini, Antonio Camarero, Francisco Maffei, Elva Pino y Nicolás Matijevic; es decir, por cinco clasicistas. El último de los mencionados era, además, el director de nuestra biblioteca central, que desde hace años lleva su nombre como homenaje.

Basta con leer *Al pie de la letra*, de Mario Ortiz, poeta, egresado y docente de la UNS, para encontrarnos de repente con el VOX de tapas verdes¹:

Tipo. Del griego *typos*. Voy a nuestro viejo diccionario de griego. τύπος, οὔ, ὁ: golpe; marca del golpe, señal, cicatriz, hendidura [...] A continuación viene τύπτω: pegar, golpear, herir. [...] ¿Quién deriva de quién en esta familia? ¿El verbo del sustantivo o a la inversa? En una crítica a un libro de Arturo Carrera, Helder recordaba que la tipología es el arte de convocar a los muertos mediante movimientos rítmicos. En algunas familias, posiblemente, no haya un origen sino una nube de relaciones.

Basta con leer la última edición del *Catulito* de Sergio Raimondi, poeta, egresado y docente de la UNS, para saber que²:

Con matices y diferencias, la colección que se privilegiaba todavía a fines de los ochenta [en nuestro departamento] era la de las grandes obras de la tradición humanista occidental y monumental, destinada a formar en esa *paideia* más que doblemente secular un ciudadano cabal a metros del arroyo Napostá: ahí estaba el gran [Antonio] Camarero en sus últimos años –antes de recluirse en un silencio casi absoluto– escribiendo en el pizarrón las proyecciones semánticas de *lógos*, *kátharsis* o, inclusive mejor: *humanitas*.

Basta con leer estos versos del poemario *Tonos de Verde*, de Helen Turpaud Barnes, poeta y docente egresada de la UNS³:

todos los martes en la clase de griego
los loros volvían sobre nuestras cabezas a los eucalyptus del parque
embarrando la tradición literaria académica
cubriendo el cielo de negro verde
y chillando en su idioma local;

o bien estos otros, de la misma obra:

de las clases de latín
retengo un solo verso cuyo ritmo persiste tanto como su traducción
hay días en que se me pega falderamente cuando salgo a correr
bajo los eucalyptus del parque de mayo entre los loros barranqueros:
tityre tu patulae recubans sub tegmine fagi [...]
mientras voy alejándome cada vez más de mi idioma materno
siguiendo al trote la corriente del arroyo napostá.

Basta, por mencionar tan sólo un último ejemplo, con abrir *a-letheia / ramalaje*, libro de Ignacio Uranga, poeta y licenciado en Letras egresado de la UNS, para encontrar la noción misma de lo fragmentario devenida poema⁴:

aquel me parece ser igual a un dios, y sin embargo
no soy más que yo en otro tiempo, justo frente a vos:
de cerca mira y te escucha susurrar amigable: reís leve-
mente, lo que hace que en mi pecho el corazón eche
a volar: pero eso que ahora veo es ella contra el cáncer:
la miro y las palabras se me agolpan: no es por causa
del amor que la voz esté quebrada, sino que el linfoma
disipado va tomando el organismo: también se agita
debajo de su piel ese como fuego, la droga intravenosa:
una doble noche irá ocultándole los ojos: ahora un tem-
blor la invade toda: blanco como el nácar su color, débil
cercana a morir parece estar: pero todo se soporta cuando

Los estudios clásicos parecen haberle conferido a nuestros egresados y egresadas un perfil no sólo académico, sino también político y poético. El espacio se ocupa siempre de muchas y diversas maneras; la dimensión curricular de los planes de estudios no es la única.

Si algo sabemos quienes nos dedicamos a los estudios clásicos, es que en materia de políticas –académicas, o de cualquier otra índole– el que se enoja pierde; si algo tenemos, son recursos; y si algo nos sobra, son argumentos. Creemos que conocer las obras de la Antigüedad grecolatina sirve, importa, vale la pena, y constituye un capital cultural simbólico del que la educación pública no puede desentenderse. Y si no lo creyéramos, mejor sería que nos dedicásemos a alguna otra cosa que resultara, al menos, económicamente más redituable; porque está claro que si algo no nos mueve en este campo es afán de lucro ni de gloria. Enfrentamos, no obstante, una gran desventaja, porque como nuestra disciplina no requirió legitimación alguna durante muchísimo tiempo, de repente nos parece increíble tener que justificar, fundamentar o explicar ciertas cosas, hasta hace poco incuestionables, que por fin se han revelado –y en buena hora– como construcciones pasibles de revisión

El panorama ofrece dos posibles opciones: o nos lamentamos entre *nosotros*, o interpelamos a los *otros* y reivindicamos la valía de nuestros argumentos, no sólo con palabras en todos los ámbitos formales de discusión y debate que se presenten, sino también –y fundamentalmente– con acciones y estrategias concretas en las aulas. Necesitamos profesionales que enseñen lo que investigan e investiguen lo que enseñan. Después de todo, investigar no es otra cosa que estudiar con una mirada crítica. Y nadie puede enseñar bien algo que no ha estudiado, ni se ha cuestionado profundamente primero.

Gabriela Andrea Marrón
Bahía Blanca, abril de 2018

OBRAS LITERARIAS REFERIDAS

- 1) ORTIZ, Mario (2010) *Al pie de la letra. Cuadernos de Lengua y Literatura, Vol. 5*, Bahía Blanca, 17 grises editora.
- 2) RAIMONDI, Sergio (2017) *Catulito. 23 Endecasílabos y el Talo Maricón*, Bahía Blanca / Santa Fe, Vox Senda/ Neutrinos.
- 3) TURPAUD BARNES, Helen (2017) *Tonos de Verde*, Bahía Blanca, Hemisferio Derecho.
- 4) URANGA, Ignacio (2012) *a-letheia / ramalaje*, Buenos Aires, Ediciones en Danza.

